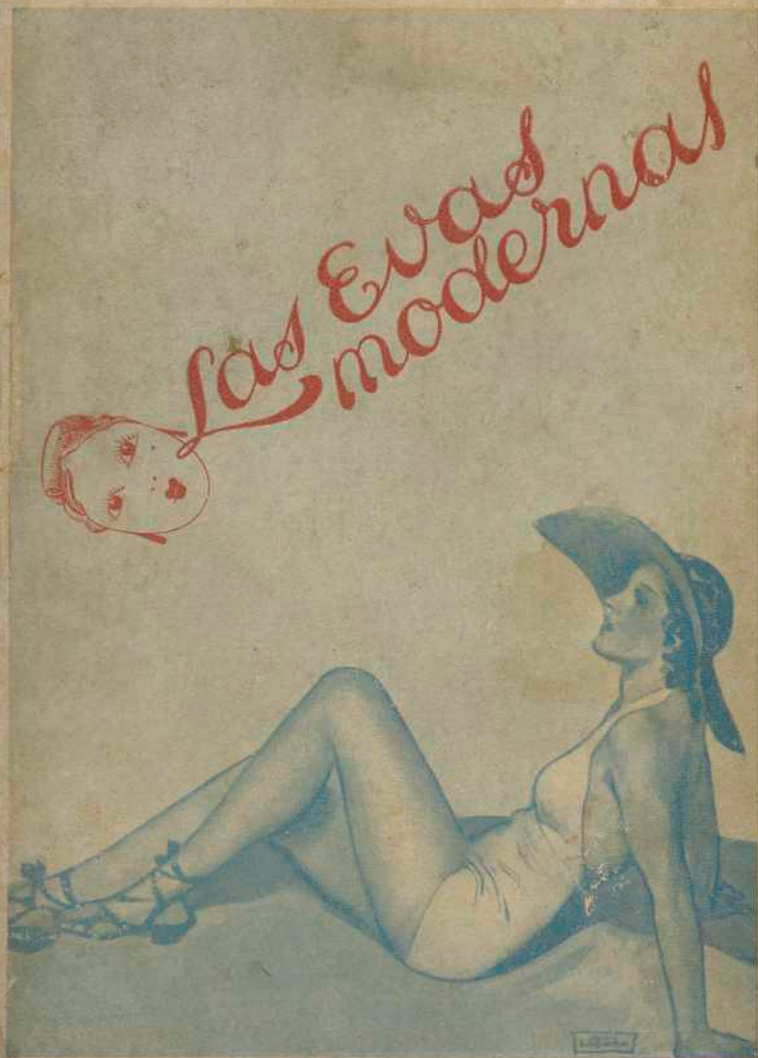


IBO ALFARO

autor de

Las hijas del champagne



BIBLIOTECA DEL AMOR



SP/1820

LAS EVAS MODERNAS

Imp.Imperio.—Eduardo Solá Valencia 200.-Tel. 1282.-Barcelona.

Las Evas Modernas

NOVELA ORIGINAL

POR

I. A.



PROPIEDAD EXCLUSIVA

DE LA

CASA EDITORIAL IEZCANO

Jesús, 10.—BARCELONA

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.



LAS EVAS MODERNAS

La mujer es un animal de
largos cabellos e ideas cortas.
Schopenhauer.

Las sesiones de confianza de los barones de San Justo eran verdaderamente especiales.

Constituían una especie de cátedra libre, donde podían tratarse toda clase de cuestiones, se discutía sin apasionamiento, se reconocía con entera ingenuidad el error, y los adversarios firmaban la paz a las diez de la noche en punto, al servirse el te, con el cual terminaba la reunión.

Corto era el número de contertulios y todos de edad provecta, todos probados en las diversas luchas de la vida y todos con la experiencia adquirida en el trato social.

Apenas llegaban a veinte los cotidianos asistentes a aquellas reuniones, y entre ellos había

algunas señoras, esposas de los caballeros o hermanas, contándose en el sexo masculino, representación de todas las clases y categorías sociales.

Uno o dos magistrados, un general, dos títulos nobiliarios, dos altos empleados de Hacienda, un propietario, un banquero, un marino y un ex director de Beneficencia.

La mayoría habían viajado mucho y aprendido como cuando se viaja para aprender, y todos amigos de muchos años, se encontraban en casa de los barones de San Justo como si estuvieran en su propia casa.

El que esto escribe frecuentaba la casa hacía ya dos o tres años, y había merecido repetidas muestras de deferencia así de parte de los dueños de ella como de todos sus contertulios.

Una noche, una de las señoras, la viuda de un cónsul, que había residido muchos años en Nueva York, manifestó su disgusto por haber leído un artículo en un periódico, con el epígrafe de *Las Evas modernas*, en el cual parecía que el autor, en la descendencia de aquella Eva del paraíso, no encontraba sino la parte pecaminosa de la famosa manzanita.

—Y no le falta razón al articulista, amiga mía—le dijo Pérez de la Mata, anciano magistrado—porque si lo consideramos sin aapsiona-

miento de ningún genero, encontraremos que en la mayoría de los actos cometidos por el hombre, ya sean hijos de la desesperación, ya conduzcan al crimen, ya impliquen una falta, ya encierren un drama pasional, ya se trate de un abuso de confianza o de un descuido, en todo, en fin, cuanto produzca sensación, en todo encuentra usted la influencia de la mujer.

—¿Quién es ella?—preguntaba siempre cierto to alcalde cuando se le anunciaba algún suceso criminal—añadió el general García.

—¿Es decir, que la influencia de la mujer en los actos de la vida del hombre no la comprenden ustedes sino para el mal?—dijo la viuda.

—No en el sentido tan absoluto que supones, querida Paca—dijo la baronesa.

—Quizás, sí. En el sentido absoluto—contestó el ex director de Beneficencia.—He tenido ocasión de apreciar ciertos hechos, y crean ustedes que esas Evas modernas son mucho peores que la primitiva madre Eva, porque a ella al menos le debemos la vida, pero éstas otras nos la quitan, o cuando menos contribuyen a quitárnosla.

—De modo que usted, amigo Mendoza, cree de buena fe que la Eva moderna no es más que la mujer que por vicio, por interés, por lujo, por ambición, por envidia, y por maldad, se

entrega a un hombre, se apodera lentamente de él, como un vampiro, con faldas, extrayéndole del pecho sentimientos, virtudes, afectos y ternuras, inoculándole, en cambio, el miserable virus de sus vergonzosas pasiones, empujándole por la senda de la perdición, donde por fin encuentra la deshonra, el suicidio, el parricidio o la miseria. ¿No es eso?

—Algo parecido es, Paquita—repuso Mendoza.—¿No cree usted lo mismo?—me preguntó.—Usted que tanto ha escrito y que tantas mujeres malas ha descrito en sus obras, bien habrá tomdo esos tipos del natural.

—Es que los escritores, lo mismo que los pintores—dijo otra señora—necesitan para que resulte la tonalidad de un cuadro, recargar las tintas en determinadas figuras, para que aparezcan más claras otras.

—Y siempre recargan con esas tintas a las pobres mujeres.

—No tan pobres, Paca, que muchas de esas Evas modernas han dejado hechos verdaderos Adanes a gran número de hombres—contestó sonriendo el marino López.

—Culpa ha sido de ellos si no han sabido distinguir el oro fino del *doublé*.

—¡Ay, amiga mía! Es que esas mujeres son

artistas tan consumadas, que no es fácil hacer esa distinción que usted dice.

—En resumen, señores—repuso la viuda del cónsul algo mortificada.—Ustedes creen que todas las mujeres son...

—No continúes, Paca—le interrumpió una de sus amigas.—Creo que ninguno de estos señores puede asentir a un plural tan absoluto.

—Desde luego—añadió la baronesa—toda vez que todos han tenido madre, muchos tienen esposa y hermanas y no han de llevar su rigorismo hasta un extremo que... no me atrevo a calificar.

—Sin embargo, baronesa—dijo el banquero Romagosa—ha de concedernos usted que sea por la razón que quiera, las Evas de nuestros días son fatales. Recuerde usted lo que le ha sucedido a Pepito Flores.

—Y del suicidio del conde de Arce, ¿quién tuvo la culpa?—preguntó el marino.

—Y de la desgracia de María de los Angeles, ¿quién fué la culpable?—añadió el ex director de Beneficencia.

—Pero todo eso—contestó Paca—no constituyen más que excepciones.

—Son tantas, amiga mía, que contrabalancean la regla general—añadió el barón.

—Pues vamos, amigos míos, yo no creo, no

puedo creer, que nuestro sexo sea tan malo como dicen muchos, y creo que ustedes también se inclinan del lado de la mayoría. No les negaré que haya mujeres muy malas, pero por cada una de esta clase, yo me atrevo a citarles ciento que son buenas, dignas de toda consideración y respeto. Es más—prosiguió Paca con energía,—aun en esas mismas malas, si pudiéramos conocer verdaderamente su historia, tal vez encontraríamos en ellas que el origen de su maldad había sido el desengaño, el abandono, el abuso de algún hombre.

—Eso ya es distinto, Paquita—dijo el general.—Así como antes dije que cuando se trataba de algún hecho criminal, fuese la causa aparente la que quisiera, había que preguntar siempre: ¿quién es ella?, al hablar de cierta clase de maldades femeninas sería muy fácil que encontrásemos como causa primordial el hombre. La única diferencia que hay, y es diferencia muy importante, que el hombre, por lo general, no es vengativo como la mujer. Puede ser víctima de la falsedad, del vicio, del engaño de una mujer; puede quedar arruinado por ella, deshonrado, pero no se le ocurre vengarse en las demás del daño que una le hizo. Podrá matarla en un momento de locura, pero no hace víctimas a otras mujeres.

—Vamos, querido general, que también hay hombres que...

—Que son malos, sí, señora. Si no lo niego, pero esa maldad es diferente.

Y la discusión, en la noche a que me voy refiriendo, fué revistiendo caracteres un tanto apasionados, a los que puso término la baronesa con su conciliadora afabilidad, diciendo:

—Puesto que unos y otros están ustedes conformes en principio en que hay mujeres malas y buenas, lo mismo que hombres, sin que ni unos ni otros cedan en la cuestión de quiénes son más perjudiciales a la sociedad, que los dos bandos citen hechos concretos, historias cuyos detalles conozcan, para poder apreciarlas debidamente, y de esta manera se podrá juzgar con más imparcialidad respecto a la influencia de ciertas mujeres en la vida de algunos hombres, o las causas que pudieron determinar la evolución en el carácter de aquéllas, si esta evolución se verificó por efecto de una impresión inesperada o si siendo la maldad ingénita, por decirlo así, aquella evolución fué consecuencia lógica de su manera de ser, y quizás después de conocer algunos de esos relatos encontremos el medio de conciliar las dos opiniones que ustedes sustentan.

La proposición de la baronesa fué acogida

perfectamente, y durante dos o tres noches, unos y otros refirieron sucesos conocidos de la mayoría, a los cuales la persona que los refería añadía datos que no habían llegado a ser del dominio público, y así pudo apreciarse la verdadera influencia de las Evas modernas en la sociedad, tanto en el sentido de lo malo como en el de lo bueno, toda vez que en la Eva del Paraíso hay dos fases, la primera antes de probar la manzana, y la segunda, después.

El que esto escribe, que escuchó atentamente todos aquellos episodios, muchos de los cuales conservó en la memoria, al cabo de algunos años, y muertos los más importantes personajes que en ellos tuvieron activa representación, evocó aquellos recuerdos y con ellos ha escrito el libro que ofrece hoy al lector.

CAPITULO PRIMERO

Tentativa inútil

—De modo que estás decidida a casarte con mi sobrino Diego...

—Ya se lo he dicho. Lo mismo me da uno que otro. Usted dice que debo casarme, y me casaré.

—Cuidado, Elena, hija mía, que si yo te he indicado la necesidad en que estás de tomar estado, ha sido, más que todo, como medida de previsión. Ya ves que tengo muchos años, que estoy lleno de achaques, y sentiría morir-me sin haberte dejado establecida. Te he indicado como esposo a mi sobrino Diego, porque es él que juzgó más a propósito para conservar y aumentar tu capital, porque su hermano Ricardo, aun cuando bueno y aplicado

e inteligente, le veo muy distraído y no sé qué diablos le pasa de algún tiempo a esta parte.

—No sería difícil saberlo, si usted hubiera querido averiguarlo—repuso secamente Elena.

—Locuras de la juventud, de las que no debe uno ocuparse siquiera.

—Sin embargo, no me negará usted, mi querido tutor, que hay locuras y locuras, y éstas no deben tolerarse.

—¿Acaso sabes algo?

—Me parece que a usted es a quien toca saberlo—repuso con aspereza Elena.

—Bien, bien, ya nos ocuparemos de ello.

Este diálogo tenía lugar a la caída de la tarde, en las habitaciones del anciano marqués de Jaraicejo, entre éste y su pupila Elena de Azara, hermosa joven de veintitrés años, y que hubiera podido ser simpática a no reflejarse en la expresión de su mirada, en la desdeñosa sonrisa que generalmente se dibujaba en sus labios y en la brusca entonación que daba a sus palabras, algo que la hacía repulsiva y desagradable.



El marqués de Jaraicejo, Francisco de Quirós, solterón recalcitrante, después de una juventud sobradamente agitada, al fallecer su hermano Lorenzo, nombrado por éste tutor de sus dos hijos, Ricardo y Diego, tomó con tal empeño la tutoría, que en su existencia se verificó un cambio completo.

Sus sobrinos eran pobres, y por lo tanto, el marqués procuró darles una carrera, facilitarles el medio de ganarse la vida, procurando siempre inculcarles la idea de que no esperasen nada de su herencia, pues como dueño de su fortuna podría hacer de ella el uso que quisiera.

Más a pesar de esto, la verdad era que el marqués tenía hecho ya su testamento, y su sobrino Ricardo, en virtud de él, quedaba inmensamente rico.

Porque el marqués, aun cuando no lo demostraba, sentía una predilección marcada por el mayor de sus sobrinos.

Y había razón para ello.

Ricardo era franco, inteligente, honrado, incapaz de cometer una mala acción, y, sobre todo, profesaba a su tío un verdadero cariño.

Diego, por el contrario, hipócrita, astuto, interesado, no tenía otra aspiración que el dinero, envidiaba a su hermano por su primogénitura, le mortificaban los elogios que todos le tributaban, y cada adelanto que en su carrera de ingeniero iba haciendo Ricardo, le producía un efecto deplorable.

Sin embargo, con una habilidad extraordinaria, sabía ocultar todos estos defectos.

Pero su tío, que tenía sobrado conocimiento de las personas, había llegado a leer en el fondo de aquel corazón de cieno, y muchas veces decía:

—Diego llegará a ser más rico que Ricardo, porque no reparará en medios para conseguirlo, pero Ricardo será más dichoso que él, aun teniendo menos, y ser más querido que Diego de todo el mundo.

La muerte de su amigo íntimo Carlos Azara llevó a su casa una nueva complicación.

Azara, al morir, dejó una hija, que era Elena, y el marqués de Jaraicejo fué nombrado por su amigo tutor de su hija y administrador de su fortuna.

Cuando Elena salió del colegio, a los diez y siete años, el marqués se la llevó a casa, y tanto ella como sus sobrinos constituyeron toda su familia.

Desde el momento que Diego vió a Elena, sabiendo como sabía que era inmensamente rica, pensó en todas las ventajas que para él tendría poderse casar con ella.

Pero Elena prefirió, también desde el primer momento, a Ricardo, por más que éste ni se dió por entendido de aquella preferencia ni nada hizo para conseguirla.

Afable con la joven, cariñoso con ella como con todo el mundo, o no se percató o no quiso percatarse de lo que pasaba en el corazón de Elena.

El marqués procuró inclinar a Ricardo en favor de su pupila; pero el joven le contestaba siempre:

—Querido tío, Elena es demasiado rica y yo no tengo más que mi carrera. No pienso buscar esposa que, materialmente hablando, valga más que yo. Además, me encuentro muy bien al lado de usted y juzgo de mi deber no abandonarle.

El marqués, aun cuando gustaba de escuchar el franco y noble modo de pensar de su

sobrino, insistía en su proposición, que el joven la rechazaba siempre.

Elena no podía menos de experimentar una contrariedad grande por la frialdad de Ricardo.

Poco a poco fué naciendo el despecho.

Más tarde, el despecho se trocó en ira y cuando por ciertas observaciones que hizo, empezó a sospechar que la razón de la indiferencia de Ricardo nacía sin duda de que amaba a otra, la ira se cambió en deseo de venganza.

Pero para satisfacerla era necesario, antes de todo, conocer a la mujer amada.

Y al llegar a este punto, ya no pudo saber nada positivo.

Ricardo era sin duda muy reservado en este particular, puesto que ella, a pesar de toda su perspicacia y sutileza aguijoneada por la cólera que sentía, no pudo descubrir dónde iba Ricardo todos los días después de comer.

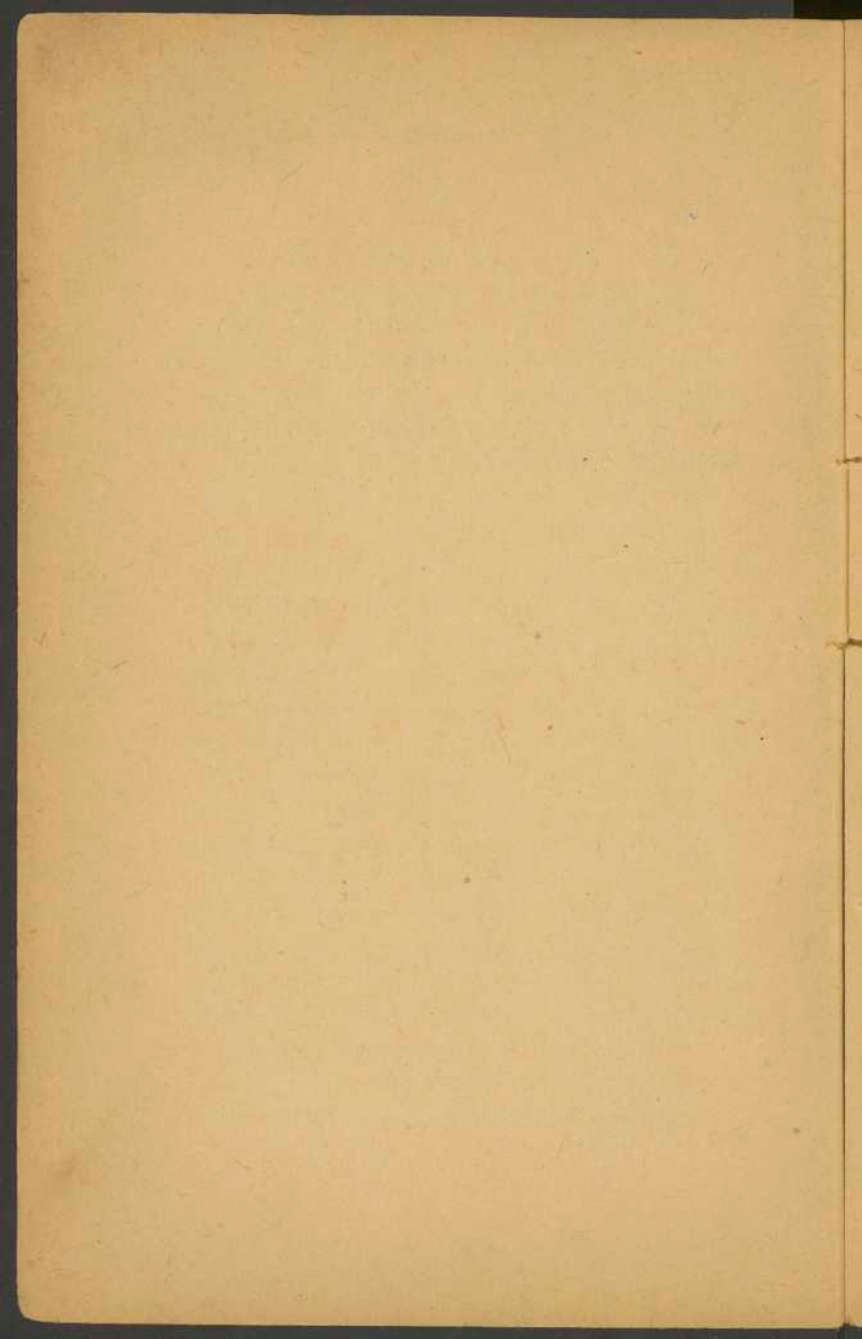
Y el marqués, que cada año iba sintiéndose más viejo y más achacoso, y que quería antes de morir dejar casada a su pupila, no cesaba de excitarla a que se decidiera por uno de los dos hermanos, o bien por cualquier otro de sus pretendientes que la agradase.

Según hemos indicado, el marqués habló diversas veces con Ricardo sobre el particular, y

ya sabemos cuál fué siempre su contestación ; por lo tanto, con gran sentimiento de su parte, se decidió por otorgar la mano de su pupila a Diego, que hacía tiempo aspiraba a ella.

—No casándome con Ricardo—dijo Elena al hablarla su tutor de Diego— me casaré con quien usted quiera.

Y en esta situación estaban cuando hemos empezado nuestro relato.



II

*Donde se acentúa completamente
el carácter de Elena*

Después de haber escuchado en el capítulo anterior los cargos que la pupila del marqués hizo a éste porque no se ocupaba como debía de lo que su sobrino Ricardo estaba haciendo, la joven se dispuso a salir de las habitaciones del marqués.

El anciano la dijo:

—Con que al fin, ¿en qué quedamos, hija mía? ¿Puedo decir a Diego que...?

—Sí, señor—le interrumpió la joven.—Puede usted decirle cuanto quiera y disponer la boda y dar parte a los amigos. Ya le he dicho que todo me es indiferente.

—Pero si estás disgustada, si comprendes que no has de ser feliz...

—Acabemos, querido tutor—repuso la joven con mayor desabrimiento.—Si no soy feliz de un modo... puede que lo sea de otro.

Y salió fuera del aposento añadiendo:

—Si supiera quién es la mujer a quien ama Ricardo...

Y su rostro adquirió tal expresión de ferocidad, que de poderla ver su tutor no habría podido menos de estremecerse.

Al cruzar una de las habitaciones, tropezó con Ricardo, que se dirigía al despacho de su tío.

—¿Sabes lo que acaba de decirme tu tío?—le preguntó Elena mirándole fijamente.

—¿Qué?—preguntó Ricardo.

—Que debo casarme con Diego.

—Mi hermano te ama, y puedes ser dichosa con él.

—¿Y eres tú quien me dice eso?—preguntó la joven con voz temblorosa de ira.

—¿Qué otra cosa quieres que te diga?—repuso afablemente Ricardo.

—Es que no le amo—contestó Elena.

—Diego es digno de ser amado.

—Es que amo a otro, Ricardo.

—No seas niña, Elena. Diego puede hacerte feliz.

—De modo que tú me aconsejas...

—Que sigas el consejo de mi tío.

—Está bien —repuso Elena después de un momento de silencio, y pronunciando lentamente cada una de sus palabras.—Haré lo que dices; pero puede que algún día te arrepientas de lo que me has dicho.

Y tras estas palabras, Elena se alejó precipitadamente de Ricardo.

Este se la quedó mirando, y encogiéndose de hombros murmuró:

—No sé qué ha querido decirme, ni por qué me he de arrepentir.

Y se dirigió hacia las habitaciones de su tío.



El marqués no estaba satisfecho.

Las palabras de su pupila le habían demostrado que la unión de ésta con Diego no era de su agrado, y en parte disculpaba la antipa-

tía de la joven, porque nadie mejor que él apreciaba la diferencia que existía entre los dos hermanos.

—No sé—murmuraba—por qué Ricardo no ha querido casarse con Elena, Forzoso será que yo conozca los secretos que guarda este chico, cuya conducta me parece algo sospechosa. Con tal de que no me lo haya cogido alguna de esas vividoras que tanto daño me causaron en otro tiempo...

Y no tuvo tiempo para continuar su monólogo, porque Ricardo entró en el aposento.

Al verle, le dijo el marqués.

—A tiempo llegas, sobrino.

—Me alegro, si para algo puedo serle útil.

—¿Sabes que Diego parece que al fin se casará con Elena?

—Es lo mejor que puede hacer—repuso Ricardo con indiferencia.

—Sin embargo, ella hubiera preferido...

—Diego la hará feliz, tío.

—Diego—repuso el marqués con sequedad—sólo apetece el dinero. Eso ya lo conoce Elena, y contribuye para su disgusto.

—Pero usted sabe, querido tío, que los caracteres se modifican, y si Diego quiere a Elena...

—Ya te he dicho que tu hermano sólo busca el dinero. Su carácter no se modificará. No

sé por qué no has querido ocupar el lugar de tu hermano respecto a mi pupila.

—Ya lo sabe usted, tío. En primer lugar, que yo quiero a Elena como a una hermana, pero no como debe quererse a una esposa. En segundo, ella es muy rica y yo no lo soy.

—¿Qué sabes tú si eres rico o no?—le interrumpio el marqués de mal talante.

—Vaya si lo sé. Tengo una carrera, ocupo en el Ministerio, gracias a los amigos de usted, un buen destino...

—Mis amigos no han hecho más que justicia a tu mérito.

—Como usted quiera. Pero mi posición no me permite aspirar a la mano de Elena.

—Lo que has de decir es que amas a otra mujer, que tal vez te encuentres comprometido en alguna de esas intrigas que...

—Siento decirle que se equivoca, tío—repuso Ricardo, que no pudo menos de turbarse un poco al escuchar al marqués.—Antes que comprometerme en intrigas del género que usted supone, he de crearme una posición.

—¿Acaso no la tienes? Entre tu sueldo y los trabajos particulares que realizas, tú mismo confiesas que ganas anualmente sobre cuarenta mil pesetas. Tú no tienes querida, que se te conozca al menos, no juegas, no tienes ninguno de esos

vicios que suelen absorber una fortuna. Vives, porque tú lo has querido, en un lindo entresuelo, que cuesta tres mil pesetas anuales; tienes un criado que es el prototipo de todos los de su especie por su horandez, su lealtad y su ciego cariño por ti; es decir, que todos tus gastos, aun tirando de largo, están reducidos a dos mil o dos mil quinientos duros, y ganas seis u ocho mil; pues me parece que no debes estar tan mal de fortuna que no puedas aspirar a la mano de una mujer como Elena.

—Tío—dijo Ricardo con sequedad.—El carácter de Elena no se aviene con el mío. Seríamos desgraciados los dos.

—En fin, tú te las entenderás, sobrino, pero me parece que has hecho mal rechazándola.

Ricardo no contestó, y la conversación cambió de rumbo.

Más de una hora permaneció el joven en casa de su tío, y cuando se marchó murmuró el anciano:

—Tiene razón. Ricardo no hubiera podido ser feliz con Elena. Pero ésta es un enemigo que le ha de causar muchos disgustos.

Cuando el joven llegó al portal de la casa de su tío, Elena, que había estado espiondo el momento de su marcha, dijo a Joaquina, su camarera favorita:

—¡Ahora sale! Vete siguiéndole, y procura que no se te escape como siempre:

La camarera bajó la escalera precipitadamente, pero cuando llegó a la calle, por más que miró a uno y otro lado, no vió a Rivardo.

—¿Y qué digo ahora a la señorita?—murmuró.—¿Por dónde se ha marchado?

Y a la ventura siguió la calle adelante.

Apenas se hubo alejado, Ricardo salió de un portal inmediato, sonriendo.

—Vaya un empeño ridículo que tiene Elena —decía.—Me ha dejado ver demasiado su juego para que esté prevenido siempre. Se ha empeñado en querer saber dónde voy y yo no quiero que lo sepa. ¡Pobre Lorenza mía, si esa mujer conociera nuestro secreto! Ya puede correr Joaquina por ese lado; yo me voy por aquí, donde me espera la feliciadd.

Y tomando dirección opuesta a la que llevaba Joaquina, cruzó dos o tres calles, y subiendo al primer coche que encontró, se hizo conducir a Carabanchel.

III

Diego

Reverso de la medalla de Ricardo era, como hemos dicho, su hermano Diego.

Tanto en lo físico como en lo moral, la distancia que entre los dos mediaba era inmensa.

En Diego no había más que una sola pasión, la del dinero.

Así como Ricardo, desde sus primeros años, había mostrado gran afición al estudio, Diego, al contrario, sin mostrar preferencia por ninguna carrera, sólo pensaba en buscar un medio de poder ganar mucho sin gran trabajo.

Envidioso de su hermano por ser el mayor y por el afecto que su tío le demostraba, habría visto su muerte con satisfacción, si de ella podía obtener alguna utilidad

Se dedicó a la Bolsa y consiguió llegar a ser corredor, gracias a la protección de su tío

Sin aventurarse a hacer operación alguna por su cuenta, veía, sin preocuparse por ello, la ruina de alguno de sus clientes por efecto de alguna jugada desgraciada, toda vez que él había asegurado su comisión.

Todo en él era cálculo. No tenía una relación, no daba un paso que no le produjera utilidad.

Sus conocidos, porque no tenía amigos, todos eran peones que él hacía jugar con habilidad extraordinaria para que le diesen el mejor fruto posible.

Tuvo una querida, porque ésta en su vida aventurera había realizado una fortuna, y él se la hizo perder con tal de asegurar comisiones; pero como que a pesar de su apariencia de hombre formal y superior a ciertas debilidades era en el fondo cínico y crapuloso, Luisa Barrera, apellidada la Baronesa entre el círculo en que vivía, de tal modo se apoderó de él, que cuando quiso hacerlo, no pudo romper el yugo que él mismo se había impuesto.

La Baronesa era la verdadera personificación del vicio en toda su cínica hediondez, y dotada de gran penetración y conociendo como conocía prácticamente todos los vicios del hombre, desde sus primeros años, ya que fué vendida por su madre a un viejo barón, que acabó de perfeccionarla en toda clase de perversidades, sólo tuvo un objetivo, que era el dinero.

Tal vez en el fondo de su pecho había alguna fibra que no se le había gastado todavía, pero ni ella la conocía, ni quizás se le presentó ocasión para que pudiera vibrar.

Como hemos dicho, había sabido elegir sus amantes, y cuando conoció a Diego estaba en posesión de una regular fortuna.

El hermano de Ricardo entró en su casa con el carácter de corredor de Bolsa, y ya manifestamos que hizo perder a la pecadora con aquel

nuevo pecado todo lo que con los pecados anteriores consiguió reunir.

Pero en cambio se reunieron dos perversidades, que no dejaron de entenderse admirablemente.

Diego conoció perfectamente a la Baronesa, y ésta a su vez se percató bien pronto de lo que era Diego. Y como es consiguiente, se entendieron, y desde aquel momento trabajaron juntos, explotando las relaciones de aquella mujer cuyo amor poseía Diego en comandita con el de muchos de aquellos mismos a quienes entre ambos estaban desplumando.

Pero Diego, a pesar de toda su perspicacia y de toda su maldad, encontró en su querida una maldad mayor que la suya, y quedó encadenado para siempre en las redes de aquella mujer.

Luisa, puesto que así sabemos que se llamaba la Baronesa, se enteró perfectamente de la familia a que pertenecía el agente de Bolsa, y más de una vez le dijo:

—Qué poco te pareces a tu hermano. Porque sin que sea alabarte, eres muy malo, hijo.

—Pues si tú me has conocido—le contestaba Diego—me parece que no debes ser muy buena.

—Y no lo niego—contestaba Luisa con su natural desparpajo. Tengo esa gran ventaja sobre ti. Ni oculto lo que soy ni pretendo engañar a

nádie con falsos alardes de una virtud que desconozco. Tú, en cambio, eres un hipócrita redomado, que no tienes para el mundo ni palabra mala ni obra buena.

—Pero contigo...

—Conmigo porque te he conocido más que tú a mí, y por lo tanto, mientras que yo te tengo sujeto, puedo hacer uso de mi libertad el día que mejor me parezca.

—Pero ese día no llegará—decía el miserable abrazándola.

—Llegará, el día en que me dejes por otra. Pero ese día guárdate, porque quizás te costase caro.



Sin embargo, Diego soñó con la realización de su casamiento con Elena, pero como ésta manifestaba preferencias por Ricardo, que su mismo tío alentaba, no quiso decir nada hasta que no se convenciera de que la frialdad de su her-

mano obedecía a algo más que lo que el ingeniero había manifestado a su tío.

Y para esto le sirvió admirablemente su querida.

Diestramente y sin dejarle que pudiera presumir con qué objeto lo hacía, la puso sobre la pista de Ricardo y un día le dijo Luisa :

—¿Sabes que tu hermano ha hecho una elección admirable?

—¿En qué sentido me lo dices?—preguntó Diego aparentando que aquello le importaba muy poco.

—En el del amor.

—Calla, mujer ; mi hermano no se preocupa de semejantes cosas. Es un necio que se ha propuesto sentar plaza de sabio, y a ese fin dirige todos sus esfuerzos.

—Lo que yo te digo es que tu hermano tiene una querida que vive en Carabanchel, en una linda casita por cierto ; un verdadero nido de amor. Ella es preciosa y tiene dos hijos, que son una delicia. Se conoce que en aquella casa reina la felicidad.

—Ricardo es incapaz de tener una querida, hijos, y todo eso que estás diciendo.

—Bueno ; como quieras, pero si alguna vez quieres asegurarte, no tienes más que ir al sitio

que te diré, y a la hora que él acostumbra a ir allí y te convencerás.

—Pues mira, que haga lo que quiera ; no llega mi curiosidad hasta ese extremo.

Sin embargo, la curiosidad de Diego le hizo seguir las indicaciones de Luisa ; indagó, observó, y cuando se hubo convencido de que el descubrimiento de su querida era una verdad, fué cuando se decidió por hacer alguna indicación a Elena y buscar el apoyo de su tío para obtener su mano.

Ya hemos visto que Elena, despechada, accedió por fin, y al participárselo el marqués, no pudo menos de pensar en que su situación respecto a Ricardo tenía que sufrir una gran modificación.



Como que dada la posición social del marqués, la noticia tenía que extenderse en breve espacio, llegó a oídos de la Baronesa, que dijo a Diego cuando por la noche fué a verla :

—¿ Con que vas a casarte con la pupila de tu tío ?

—¡A casarme!—exclamó el corredor de Bolsa.

—Sí, a casarte con los millones de Elena; ésta para ti, no es más que el medio para que te apoderes de aquéllos.

—Como que he supuesto que no te vendría mal uno de los millones que posee Elena—repuso Diego afrontando ya resueltamente la situación y queriendo ganarse la benevolencia de su querida con aquella oferta,—he aceptado ese casamiento, que era uno de los deseos de mi tío.

—¿Y si yo no quisiera que te casases?—dijo friamente Luisa.

—¿Cómo podrías impedirlo?

—Ya sabes que tengo medios para hacerlo. Solamente con dar publicidad a los vínculos que nos unen sobrevendría el escándalo, y ni Elena consentiría en dar su mano al socio y amante de una mujer como yo, ni tu tío querría proteger a quien ha hecho negocios tan sucios como los que hemos realizado en el tiempo que dura nuestro trato social.

—Pero tú no harás eso—repuso Diego verdaderamente inquieto.

—No lo haré, pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál?

—Que nuestro contrato no ha de sufrir menoscabo con tu matrimonio, que de la dote de tu mujer me has de reconocer una renta que yo misma te fijaré cuando hagáis el contrato de bodas y finalmente, que quiero tener una intervención directa en todos los actos que realices una vez que te hayas casado

—Pero...

—Si no te conviene, separémonos, y en ese caso prepárate para devolver al conde de Colmenar los treinta mil duros de aquella jugada...

—¡Calla, Luisa, calla!—le interrumpió palideciendo Diego.

—Y a Cosme Laguardia, la dehesa que tuvo que vender y que entre tú y yo la compramos, para pagar las resultas de aquella operación en que tan indignamente le envolviste. Y por este mismo estilo todo lo demás que tú conoces tan bien como yo.

—Basta, Luisa, basta—dijo Diego con voz alterada.—No hablemos más del asunto. Comprende que para todos es bueno mi casamiento con Elena.

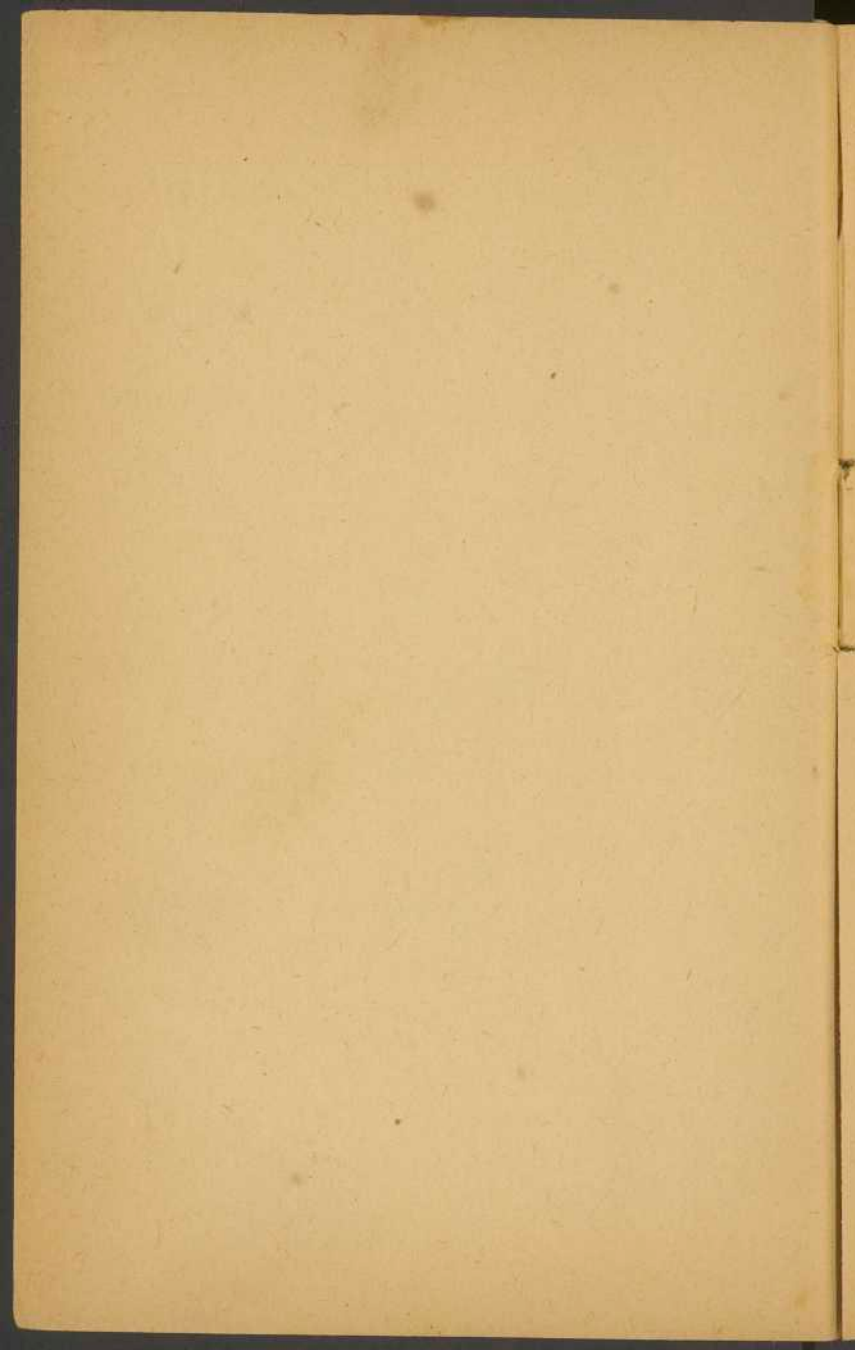
—Pero no para ella. No sabe positivamente lo que eres. En fin, si ella quiere, que se lo pase. Yo consentiré, si haces lo que te he di-

cho. Te quiero demasiado para perderte. ¿No lo crees acaso?

—Déjate de bromas y comprende que lo que pides...

—Es lo justo—dijo secamente la Baronesa.

Diego comprendió que no tenía otro remedio que transigir, y transigió.



IV

Entre ambos contrayentes

Alentado por lo que el marqués le dijo, Diego habló con Elena, la que le cortó la palabra desde el primer momento, diciéndole:

—Mira, Diego, es inútil que pretendas hacerme creer que me amas. Tú sólo buscas mi fortuna, y esa desde luego te la abandono, con tal de que no pretendas contrariar mi voluntad.

—Es que tú me has juzgado mal, Elena—repuso el hermano de Ricardo algo desconcertado por la interrupción de la joven.—¿Acaso no reúnes condiciones para ser amada? ¿Acaso no tengo yo corazón para sentir lo mismo que los demás hombres?

—Te he dicho que no hablemos de eso. Te

conozco perfectamente y sé el crédito que debo dar a tus palabras.

—Me ofendes...

—Calla, Diego, calla—replicó Elena con desdeñosa sonrisa.—No cabe ofensa donde sólo existe la verdad. Ni tú me amas, porque eres incapaz de amar a nadie, ni yo te amo tampoco. Ya ves si te soy franca.

—Pues si no me amas, ¿por qué te casas conmigo?

—Por despecho; lo mismo que tú te casas conmigo por ambición.

Diego se mordió los labios y no contestó.

—Comprendo que te disguste—repuso Elena—el que te conozca tanto. Pero créeme que vale más que sea así. Nuestro casamiento no es como la generalidad. Más que casamiento es una alianza formada para combatir a un enemigo.

—¡A un enemigo!—exclamó Diego sorprendido.

—Justo. Un enemigo a quien tú quieres muy poco...

—Y a quien tú sin duda has querido mucho—la interrumpió Diego.

—Veo que vamos entendiéndonos.

—Lo cual prueba el cariño que te profeso.

—No—repuso secamente Elena—no prueba

más sino la perversidad que nos une. No tenemos que hacernos ilusiones, Diego. Tú y yo somos dos malvados que se unen para un fin determinado.

—No te comprendo.

—Sí, hombre, sí. Demasiado sabes que el enemigo que tenemos tú y yo es tu hermano Ricardo.

—A quién tú amas—repuso Diego mirando fijamente a la joven.

—No ; a quien he amado. Hoy le detesto.

* * *

A estas palabras siguieron algunos segundos de silencio.

Después dijo Elena :

Ya que has buscado esta entrevista, que de todas maneras habría tenido contigo antes de nuestro casamiento, sentemos las bases de nuestra alianza.

—Pero...

—Déjame concluir. Tu tío, por más que aparente cierta severidad respecto a tu hermano, le quiere, le admira, le protege y quizás le nombre su heredero.

—Dueño es de hacerlo—dijo hipócritamente Diego.—Al fin y al cabo el marqués es dueño de su fortuna, y puede hacer de ella el uso que quiera.

—No sientes lo que estás diciendo. Conmigo es inútil que pretendas encubrirte con esa máscara con que engañas a todos los demás. Te conozco, Diego, y sé que tienes envidia de tu hermano, que le verías con gusto reducido a la última miseria, que te recrearías con su desgracia y con la de todos los suyos. Confiesa eso y dirás la verdad, si es que alguna vez la puedes decir. Yo soy, por el contrario, franca y leal. Le he dicho a tu hermano que le haré todo el daño que pueda. ¿Y sabes por qué? Porque ha desdeñado mi amor, porque no ha querido comprenderme, porque si me hubiera amado, habría hecho de mí una mujer buena, una esposa feliz y cariñosa. Su desamor me ha hecho lo que soy. Le aborrezco, quiero vengarme de él y por eso me caso contigo. Los dos tenemos un mismo objetivo para nuestro porvenir: la desgracia de Ricardo. Es menester que tu tío le desherede, es necesario que la mujer que ama

sufra lo que yo he sufrido, hay que envenenar su existencia del modo que él ha envenenado la mía; bajo esta condición te entrego mi fortuna. No me pidas nada más que eso. Es verdad que tú tampoco puedes pedirme otra cosa, porque no tienes más ambición que la del dinero. Sé que tienes una querida; me importa muy poco, porque como no quiero que me pidas cuenta de mis actos, no pretendo pedirte cuenta de los tuyos. Yo necesito para obrar la independencia de la mujer casada; es decir, necesito el escudo de tu nombre, y por eso acepto el casamiento propuesto por tu tío. Ahora ya estás enterado de lo que pretendo.

—¡Y si yo no quisiera aceptar esa situación que me propones?—dijo Diego mirando fijamente a Elena.

—El mal será para ti—repuso ésta.—Perderías mi fortuna, que es lo que pretendes, y yo en cambio, encontraría otro que valiera más que tú. Cuando se tiene dinero, si no se encuentra marido, se compra.

—¿De modo que pretendes comprarme?

—¿Acaso no eres mercancía dispuesta a venderse a quien la pague mejor?—repuso Elena con acento desdeñoso.

Diego se mordió los labios lleno de ira, y hubo un momento en que su propia dignidad

trató de sublevarse contra el cinismo de Elena.

Pero esto duró muy poco.

Trató de sonreirse, y dijo:

—De modo que tus condiciones para nuestra boda son...

—Las de una alianza, como te he dicho, para un fin determinado, alianza por la cual te abandono todo el capital y me quedo con el usufructo.

—De modo que tú sabes que mi hermano...

—Tiene una querida. Lo presumo, y mis presunciones no me engañan.

—¿Pero no sabes quién es?

—¿Lo sabes tú acaso?

—Puedo saberlo.

—Pues averígualo, porque me conviene mucho conocerla.

—La conocerás. Ya ves cómo procuro complacerte.

—Obligados estamos uno y otro a facilitar-nos recíprocamente cuantos medios puedan conducirnos al fin que nos proponemos. Eso es decir que estás conforme con mis condiciones.

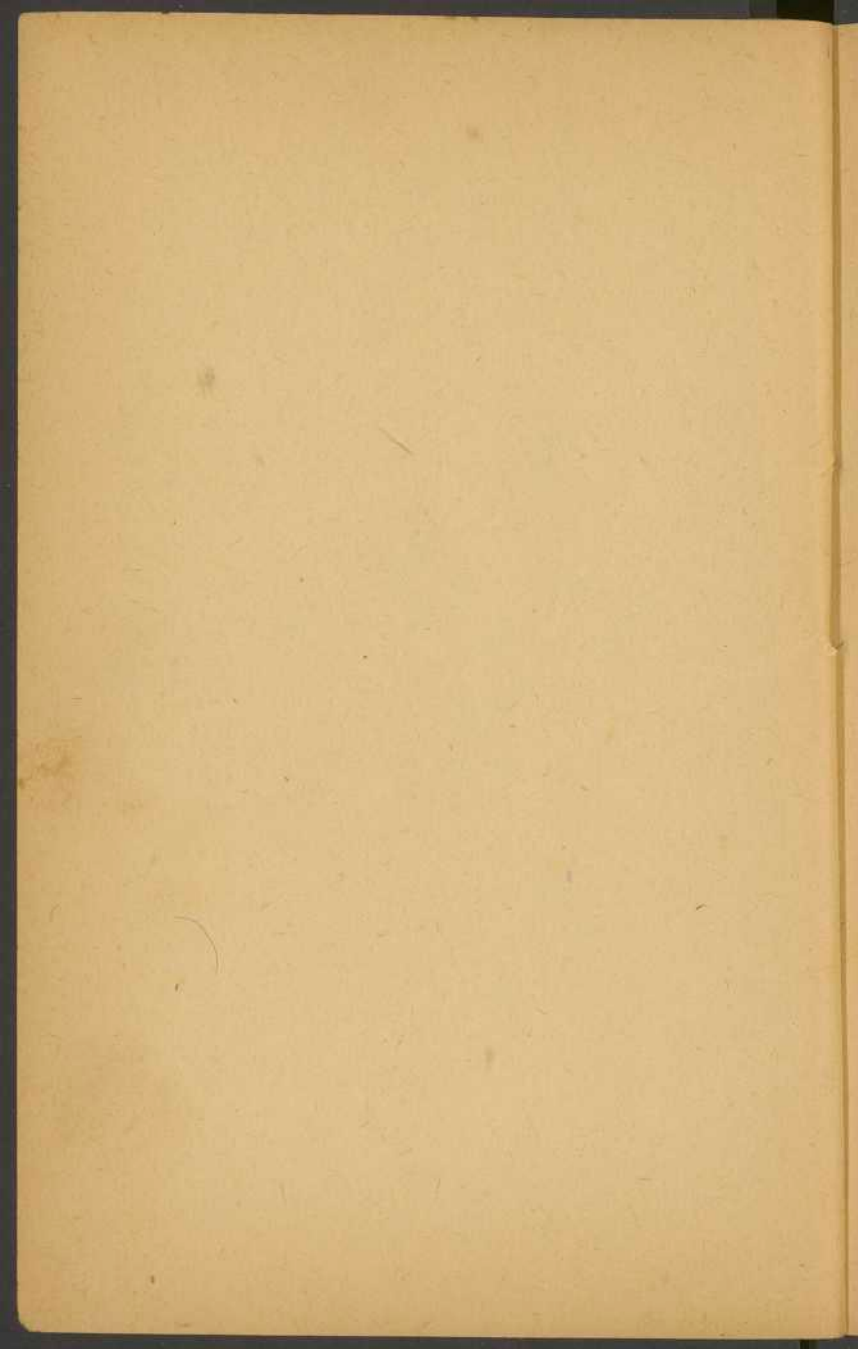
Desde luego, pues aunque lo dudes, te quiero.

—Ya lo creo que lo dudo, y lo dudaré siempre. Es más; si fuera cierto, sería una desgra-

cia para ti, porque yo no te querré nunca. Ya te lo he dicho. Seremos aliados, y nada más.

... ..

Dos meses después de esta entrevista, Diego de Quirós era el esposo de Elena de Azara.



V

Nido de amor

Como había dicho muy bien Luisa, la querida de Diego, en el vecino pueblo de Carabanchel ocupaba un lindo hotel recién construído, no la querida de Ricardo, como aquélla aseguraba, sino su esposa legítima, Lorenza Ardieta.

Cinco años antes de la época donde ha dado comienzo nuestro relato, Ricardo había conocido a la joven, hija de un ingeniero que trabajaba con Ricardo.

Desde el primer momento que la vió prendóse de ella; la joven correspondió a su cariño, pero teniendo en cuenta la oposición que el marqués de Jaraicejo tenía a que su sobrino contrajera un enlace desigual, según decía, le obligó a no decirle una palabra respecto a la

mujer que tan grande impresión le había causado.

El padre de Lorenza, encargado de unas obras cerca de Madrid, tuvo la desgracia de que un día, en ocasión que estaban elevando un gran bloque de piedra, fallase una de las cadenas que le sujetaban, y aun cuando no desde mucha altura, desprendióse el bloque, cayendo sobre el ingeniero que llegaba en aquellos momentos y dos operarios que estaban elevando la piedra.

El ingeniero perdió la vida y otro de los operarios, y Lorenza, que algunos años antes había perdido a su madre, quedó huérfana y sola en Madrid, pues aun cuando tenía algunos parientes lejanos, éstos residían en las provincias Vascongadas.

Por espacio de algunos meses Ricardo estuvo pensando en la resolución que tomaría, y aun cuando varias veces intentó explorar el ánimo de su tío, éste, a las primeras insinuaciones, le contestó:

—Mira, Ricardo, no me vengas con tonterías, porque yo no quiero apadrinar locuras. Quieres tener una querida, tenla en buen hora, pero no pretendas casarte hasta que yo comprenda que debes hacerlo y te haya elegido la mujer que pueda hacerte feliz. Sin embargo, como no ten-

go el propósito de tiranizarte si tú quieres cometer esa locura, hazla, pero no cuentes conmigo para nada. Tenlo entendido así.

Y como que todas las esperanzas de los dos hermanos estaban cifradas en su tío, que para ellos había hecho las veces de padre, Ricardo ocultó sus amores y decidió esperar una ocasión más favorable para intentar convencer a su tío.

• • •

Lorenza, por la muerte de su padre, había concentrado todo su afecto, todas sus esperanzas, todo su cariño, su existencia entera, en el amor de Ricardo, y sucedió lo que lógicamente tenía que suceder, dada la situación excepcional en que se encontraba la huérfana. Hubo un momento de olvido, las consecuencias se hicieron visibles muy pronto, y Ricardo no tuvo más remedio que tomar una determinación.

Precisamente, el cura de un pueblecillo de escasa importancia, de la provincia de Toledo,

era amigo suyo, y a él se dirigió, verificándose en su iglesia su casamiento secreto, por medio del cual quedaba legalizada la situación de la joven y legitimado el ser que llevaba en su seno.

Buscando un lugar a propósito cerca de Madrid para que residiese la mujer que amaba y poderla ver diariamente, encontró en Carabanchel aquel hotel recién construido, que era una monada, y a él trasladó a Lorenza, en compañía de una antigua criada de la joven.

En aquel delicioso nido iba a pasar todos los días algunas horas Ricardo, horas que robaba a sus ocupaciones, y que en más de una ocasión llamaron la atención de su tío y de Elena, a quien intrigaban de un modo extraordinario aquellas ausencias cuya verdadera causa desconocían.

Así pasaron cinco años. En este espacio, Lorenza le hizo padre de dos hijos, un niño y una niña, y el amor que unió a los dos esposos quedó doblemente afirmado con aquellos nuevos lazos que les unían.

Cielo sin nubes era la existencia de aquella familia, esperando Lorenza con impaciencia la hora en que sabía que había de llegar su marido y deseando éste terminar sus ocupaciones para marchar a Carabanchel.

Con el pretexto de ocuparse en los trabajos

de su carrera, Ricardo había alquilado un entresuelo en el barrio de Salamanca, cerca de la casa de su tío; allí tenía instalado su taller, tenía un auxiliar para que le ayudase en los planos de las diferentes obras que tenía a su cargo, y vivía solo con su criado Ramón González, que había entrado a su servicio desde niño, cuando estaba en casa de su tío, que le profesaba un cariño extraordinario, que era dueño de su confianza, y que no ignoraba los vínculos que le unían con Lorenza.

Ricardo almorzaba y comía en casa de su tío. Generalmente después de la comida pasaba un gran rato al lado del marqués, y a las diez, con pretexto de ocuparse de sus trabajos, de los compromisos contraídos con algunos de sus compañeros, abandonaba la residencia de su tío; Ramón le esperaba ya con el automóvil dispuesto, y en poco tiempo se trasladaba a Carabanchel.

Aquellas eran las horas más deliciosas que pasaba Ricardo.

Entre su mujer y sus hijos, que le esperaban ansiosos, permanecía la mayor parte de la noche.

Ramón regresaba a Madrid con el automóvil, llevando las instrucciones de su dueño por si

acaso el marqués le enviaba a buscar, curioso por saber en qué pasaba la noche.

Y efectivamente, el anciano, instigado por Elena, había tratado de inquirir qué hacía su sobrino cuando se retiraba de su casa; pero Ramón había sabido siempre guardar el secreto de su señor, y la verdad era que aquel secreto no había llegado a traslucirle nadie.

Y cuidado que, como hemos dicho, Elena había procurado descubrirle; adivinaba que aquella indiferencia con que Ricardo la miraba, aquella ignorancia en que afectaba estar respecto a lo que ella sentía por él, reconocía por causa, indudablemente, la existencia de algún otro amor que llenaba por completo su corazón.

—Pero, ¿quién era la mujer que había hecho nacer el amor en el corazón de Ricardo? ¿Dónde estaba? ¿Qué clase de persona era?

■ 索 變

Aquí se habían estrellado todas sus gestiones.

Había encargado muchas veces a su camarera

favorita, Joaquina, que cuando se marchara Ricardo le siguiese y no regresara hasta saber dónde iba. Pero Ricardo, que apreciaba a Elena en lo que verdaderamente valía; a quien no se le había obscurecido la pasión que la pupila de su tío sentía por él, y que no pudiendo corresponderla, dada la violencia de su carácter, éste la conduciría a extremos violentos quizás, adoptaba toda clase de precauciones para evitar que Elena averiguase lo que a él no le convenía.

Al principio, inconscientemente, con el afán de llegar más pronto a su casa para marchar a Carabanchel, subía al primer coche que encontraba al salir de casa de su tío; pero una noche, después de una escena en que Elena por efecto de la misma impetuosidad de su carácter se descubrió demasiado, al marcharse el joven se detuvo a los pocos pasos de haber salido de la casa para encender un cigarro, y la casualidad hizo que en aquel momento, Joaquina, creyendo que Ricardo seguía tranquilamente su camino, salió del portal.

Como la hora era un tanto intempestiva para que saliese a la calle la camarera de Elena, llamó la atención de Ricardo, le hizo entrar en sospechas, y, para asegurarse, fingió no ha-

berla visto, y empezó a andar mirando disimuladamente si era seguido.

Y efectivamente, a las tres o cuatro calles que cruzó, pudo observar que Joaquina le iba siguiendo, aun cuando a alguna distancia.

Entonces, para desorientarla, se subió a un coche de punto, dando orden al cochero para que le condujese al teatro de Apolo.

Una vez allí, se consideró ya seguro, salió al poco rato, tomó otro coche y llegó a su casa.

Desde aquel momento comprendió que era necesario vivir más prevenido, y como dos o tres veces sorprendió a Joaquina espiando, acabó de convencerse del interés que había en descubrir su secreto, y, como es consiguiente, él a su vez procuró que no se saliesen con la suya los que tal pretendían.

Y así pasó el tiempo, y la ira de Elena por no saber la verdad fué en aumento, y esta ira se trocó en odio, cuando, como hemos visto desde el principio de nuestro relato, Ricardo le aconsejó que se casara con su hermano.

* * *

La noche que vamos hablando, Ricardo salió de casa de su tío como de costumbre, donde había comido en compañía de Diego y de su mujer, que habían regresado el día anterior del viaje de bodas, y que seguían viviendo en el palacio del marqués.

Al preguntarle aquel día Ricardo a Elena si se había divertido durante su permanencia en Suiza, donde el matrimonio había pasado aquella temporada, le contestó con aquel acento que ella solía emplear:

—Ya sabes que no puedo divertirme más que de un modo. Cuando haya realizado tu desgracia.

Ricardo se encogió de hombros y sonrió desdenosamente diciendo:

—No seas loca, Elena. Tienes condiciones para ser feliz, y debes serlo.

—¡Feliz con tu hermano! ¿Y eres tú quién me lo dice?

—¿Qué de particular tiene?

—Te aborrezco, Ricardo.

—Haces mal—contestó friamente el joven— porque yo no tengo motivos para corresponderte de igual manera.

—Me has hecho desgraciada, y me vengaré—repuso la joven con voz sorda.

—¡Adiós, Elena!—repuso Ricardo alejándose de ella.

Apenas el joven había desaparecido, Elena, que fué siguiéndole con la mirada, murmuró:

—No sabes que ahora conozco tu secreto, y yo te aseguro que con lágrimas de sangre has de pagarme las que yo he vertido.

VI

Carmen Rovira

Por más que Ricardo no hiciera caso de las amenazas de Elena, al dirigirse a su casa de Carabanchel aquella noche, no dejaba de estar un poco impresionado.

Si era verdad que Elena conocía la existencia de Lorenza y de sus hijos sería necesario abandonar aquella linda residencia de Carabanchel, para trasladarse a otro lugar ignorado por Elena.

Pero de todos modos, más tarde o más temprano, ésta llegaría a conocerla, y, o bien sería menester hacer otra mudanza, o bien tendría que jugarse el todo por el todo, y esperar a cara descubierta. ¿Y acaso no había otro remedio para evitar aquellas continuas zozobras y

aquel ocultar, como si fuera un crimen, un acto que nada de criminal tenía?

Desde luego que lo había, y pensando en ello, Ricardo resolvió llevarlo a cabo.

¿Por qué no hacer público su matrimonio? ¿Acaso Ricardo no era ya mayor de edad, no tenía una carrera y con ella los medios para dar a su mujer una posición decorosa en el mundo, sin necesitar para nada los favores de su tío?

Muy posible era que éste se incomodase, que pusiera el grito en el cielo como vulgarmente se dice, y hasta que le retirase su protección.

Si tal hacía, lo sentiría Ricardo, porque realmente quería mucho a su tío, mas no por esto debía ceder ante aquella ridiculez, consistente en querer monopolizar, por decirlo así, hasta su misma felicidad. Cuando llegó a Carabanchel, esaba resuelto a hacer público su matrimonio, noticiándole previamente a su tío.

Lorenza le esperaba como de costumbre, y sus hijos estaban ya deseando que llegase, porque apenas si podían sostenerse de sueño.

Ricardo se había retrasado aquella noche un poco más que de costumbre, y de aquí la impaciencia de la una y el sueño de los otros.

Ricardo cogió a sus hijos en brazos, sentóse

cada uno sobre una pierna, y mirando cariñosamente a su mujer, la dijo :

—Hija mía, creí que mi tío no me dejaba en toda la noche, refiriéndome la batalla que ha tenido estarde en el Senado.

—¿Pero estabas tú sólo con él?

—Sí.

—Pues qué, ¿no han estado tu hermano y su mujer?

—¿Cómo sabes que ha llegado Diego?—preguntó Ricardo sorprendido, mirando a su mujer.

—Vaya si lo sé—replicó Lorenza sonriendo.

—Aunque tú no me digas las cosas, tengo yo un pajarito que viene y me lo cuenta todo.

—¿Has ido a Madrid, acaso?

—No.

—¿Pues entonces...?

—Vamos, hombre, no quiero que te devanes los sesos pensando quién me ha dado esta noticia. Ha sido la pobre Carmencita.

—¿Carmen? ¿Y cómo lo ha sabido ella?

—Pero hijo mío, ¿no sabes que Carmen va a coser a casa de esa Luisa que llaman la Baronesa, y que creo que es la querida de tu hermano?

—Es verdad. Ahora recuerdo que me has dicho alguna vez algo sobre el particular. Y

por cierto que me extraña que siendo la pobre Carmen tan buena como es, a pesar de su desgracia, tenga relaciones con una mujer como la Baronesa. Porque tú no sabes lo que cuentan de ella.

—Todo lo que tú me digas lo creeré. Pero vamos, después de todo, hemos de confesar una cosa, querido Ricardo, que Luisa, según me ha contado Carmen, tiene motivos de sobra para hacer pagar a los hombres lo que ella ha sufrido también.

-- No, no, Lorenza. La Baronesa ha nacido ya viciosa se puede decir, y en su existencia no hay circunstancia atenuante ninguna. Se entregó al barón, viejo libidinoso, con verdadera conciencia de lo que hacía. No te diré que su madre no la empujara, pero si ella no hubiera querido, si ella no hubiera tenido ambición de vestir buenos trajes y de lucir ricas joyas, por más que su madre, con su ejemplo y sus consejos hubiera pretendido lanzarla por aquel camino, se hubiera resistido. ¿Y qué pago dió al barón? Comprometerle en un lance con un empleado de mala muerte, que buscando notoriedad, le dejó mortalmente herido de una estocada. Se enredó con el empleado y con él gastó alegremente lo que le había sacado al muerto,

y cuando se hubo gastado hasta la última peseta, el otro la dió un puntapié y la abandonó.

—¿Y te parece que no sufriría con aquel abandono y la miseria en que había quedado?

—Pero si eso le duró muy poco, mujer. La baronesa no ha sido más que un vampiro con faldas, que ha ido arruinando a todos sus amantes y que si no arruina a mi hermano es porque éste se defenderá hasta el último momento.

—Pues no te creas, que no ha tenido que defenderse mucho, según ella ha referido a Carmen.

—Lo dudo.

—Yo no sé qué diablo de vínculo, compromiso, o misterio hay entre ellos, que según me ha dicho Carmen, Luisa tiene cogido a tu hermano de modo que no es fácil que se libre de ella.

—En fin, hija, no nos preocupemos por lo que no nos importa. Allá se las avengan Diego y la Baronesa, y pensemos en nosotros mismos nada más. Acuesta a los niños, que los pobrecitos se están cayendo de sueño y después hablaremos.

—Mira qué vestidito tan hermoso ha hecho Carmen para nuestra Lorencita. Tiene unas manos primorosas,

Y Lorenza mostró a su marido el traje de que le hablaba.

—¡Muy bonito!—dijo éste.—Lástima de muchacha. ¿Pero no has podido saber todavía quién fué el miserable que abusó de ella y la abandonó después?

—No. Varias veces he procurado por medios indirectos, saberlo; pero tanto le afectan esos recuerdos, que he desistido de hacerle otras indicaciones. La historia es verdaderamente terrible. ¡Y todavía habrá personas que digan si hay mujeres que se vengan, que cometen delitos y que llegan hasta el crimen! La pobre Carmen tenía motivos para hacer cualquier barbarasada.

—Creo que me dijiste que el novio que tenía le quitó lo poquito que había heredado de su madre. ¿No fué así?

—No, fué peor todavía. El le había dicho que una vez terminada su carrera se casaría con ella, pero para tomar el grado, necesitaba dinero, que no tenía, y Carmen le entregó unas cuantas obligaciones de Cuba, que constituían su pequeño dote. El bribón las tomó, se doctoró con aquel dinero, y una vez conseguido su objeto la abandonó, dejándola encinta.

—¿Y por qué no le denunció a los tribunales?

—Cómo había de hacerlo si se trataba del

padre de su hijo, y además no poseía documento alguno que justificase que aquellos papeles eran suyos. Lloró, fué a verle, le hizo presente la situación en que estaba, y el tunante la echó de su casa, y la infeliz se encontró en la miseria. Entonces se acordó de una antigua amiga de colegio, a quien había visto algunas veces muy elegantemente vestida en carretela y que parecía estar nadando en la abundancia.

—Sí, la Merceditas Gutiérrez—dijo Ricardo sonriendo.—Ya me lo dijiste. Y la tal Mercedes creo que la recomendó a la Baronesa, y entre las dos la obligaron a seguir la vida que ellas seguían. ¡Valiente par de bribonas tuvo la infeliz para que la ayudaran!

—Por esa razón fué por lo que ella, al comprender el abismo en que la había arrojado el abandono de aquel infame, hizo un esfuerzo y salió de él.

—Para ir al hospital, donde dió a luz una criatura a quien hizo Dios muy bien en llevarse consigo y donde tú la encontraste cuando fuiste a ver a aquella criada de tu casa, que estaba en la misma sala que ella.

—La pobrecita, de la cual me compadecí, por el relato que de su desgracia me hizo la hermana que la cuidaba, me inspiró un afecto tan grande, que cuando salió del hospital ya

sabes que te dije que vieras si podías responder en algunas tiendas de confección para que la diesen trabajo, y gracias a Dios no he tenido que arrepentirme de la confianza que puse en ella.

* * *

En tanto estuvo hablando el matrimonio, se acostaron los niños, que se quedaron dormidos, y después de haberles dado un beso, salieron de la estancia.

Largo rato estuvieron todavía hablando Lorenzo y Ricardo, consultándole éste su propósito de descubrirle a su tío la verdad y publicar su matrimonio, cuando de pronto exclamó Ricardo prestando atención:

—Cualquiera diría que sonaba la bocina de mi automóvil.

—Si no es más que la una de la noche—repuso Lorenza.—Ramón sabe demasiado a la hora que debe venir a buscarte.

—Te digo que es mi automóvil. Vaya si lo es.

Y se levantó de su asiento y se dirigió a una de las ventanas que daban al jardín.

En aquel momento se detuvo el automóvil y sonó el timbre que había en la verja.

—¿No te lo decía?—exclamó Ricardo dirigiéndose precipitadamente hacia la verja.—Alguna novedad ocurre en casa de mi tío.

Efectivamente, era Ramón, el criado de Ricardo, que apenas abrió su amo la verja, le dijo:

—No se alarme usted, señorito, pero el señor marqués se ha sentido malo de repente y ha venido su ayuda de cámara a buscarle a usted de su parte.

—Y ¿qué le has dicho?

—Que todavía no se había retirado usted y que en cuanto viniera se lo diría, para que fuera en seguida. He tomado el automóvil y he venido a buscarle.

—Muy malo debe estar mi tío para que me haya enviado a buscar a semejante hora. Pre-

párate, Ramón, que vamos a marchar en seguida.

Lorenza había llegado a reunirse con Ricardo, enterándose de lo que Ramón había dicho. El ingeniero volvió a entrar en la casa, fué a la habitación de sus hijos, les dió un beso y dijo a Lorenza:

Y abrazó a la joven y un momento después mañana, pero de todos modos te enviaré a Ramón a primera hora.

—Según como esté mi tío vendré o no vendré el automóvil, a toda velocidad, se dirigía a Madrid.

VII

Doble desgracia

Efectivamente, el marqués de Jaraicejo, al poco rato de haberse marchado aquella noche Ricardo, sintióse ligeramente indispueto.

Diego y su mujer, que le observaban atentamente, y como que estaban ya prevenidos por algunos ataques que había padecido, especialmente el primero, salió sin que su tío se percatara, y dió orden a uno de los criados para que se llegara inmediatamente en busca del doctor Menéndez González, que era el médico de la casa.

Cuando éste llegó, el ataque se había presentado con mayor violencia que nunca, y el doctor movió la cabeza con aire de contrariedad apenas le hubo reconocido.

Presa de un profundo desvanecimiento, procuró antes de todo hacerle volver en sí, y Diego le preguntó en voz baja:

—¿Qué opina usted, doctor?

—Que mi pobre amigo está muy grave.

—Pero usted le salvará como otras veces.

—Haré lo posible, pero no tengo confianza ninguna.

Diego cruzó una mirada con Elena y dijo después:

—¿Cree usted que verdaderamente hay peligro?

—Mucho.

En aquel momento abrió los ojos el marqués y al ver a su lado al doctor, a Diego y a Elena, murmuró débilmente:

—¿Y Ricardo?

—Ya sabe usted, tío—repuso Diego—que se marchó hace rato.

—Que vayan a buscarle en seguida—repuso el marqués.

—Sabe Dios dónde estará—dijo Elena.

—Que le busquen—dijo el marqués con impaciencia.—Necesito verle.

Después, volviéndose al doctor, añadió:

—Estoy muy grave, ¿es verdad, doctor?

—No; es uno de los tantos ataques que ha

sufrido. Podrá costarnos más o menos trabajo, pero...

—No... siento algo en mí... que no lo he sentido otras veces.

El méédico no contestó, y siguió escribiendo la receta de lo que necesitaba.

Poco después salían dos criados de casa del marqués, uno para ir en busca de Ricardo, y otro a buscar las medicinas.



El anciano volvió a caer en otro nuevo desvanecimiento, no sin haber dicho antes con voz trémula:

—Ricardo... quiero ver a Ricardo.

—Esto va más de prisa de lo que yo creía— dijo el médico a Diego.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntaron Elena y su marido al mismo tiempo.

—Que si no viene Ricardo muy pronto, es muy posible que no lo encuentre vivo.

—¡Dios mío!—dijo Elena con hipócrita sorpresa.

Poco después regresaban los criados, diciendo el que había ido en busca de Ricardo que éste no estaba en su casa, y el otro siendo portador de las medicinas recetadas por el doctor.

Pero a pesar de todos los esfuerzos y de emplear el médico cuantos recursos la ciencia tenía a su disposición, ninguno respondía al fin que deseaba.

Tres horas largas de lucha llevó el médico, hasta que finalmente dijo a Diego, que no se había movido de su lado:

—Esto se concluye.

—¡Será posible, doctor!—erclamó Diego.

—¡Si abre los ojos!—añadió Elena que estaba al otro lado de la cabecera.

—El último resplandor de luz—murmuró Menéndez González—que herirá sus pupilas.

El enfermo abrió efectivamente los ojos, y su mirada se dirigió a todos lados, como buscando a alguien que no estaba allí.

—¡Ricardo!—murmuró débilmente.

—No estaba en su casa, tío—se apresuró a decir Elena.

El anciano hizo un gesto de contrariedad, y volviéndose al doctor le dijo:

—Amigo mío, me siento morir...

—No tanto, marqués—dijo el médico.—Unos cuantos días de cama y nada más.

—Ya sabe usted que no. Si viene Ricardo después... que yo haya muerto...

—No piense usted de ese modo, tío—dijo Elena.

—¿Qué quiere usted para Ricardo?—preguntó Diego.

El marqués dirigió una mirada a uno y a otro, y la expresión que tuvo aquella mirada reveló al médico el concepto que a su tío merecían los dos que le estaban hablando.

—Doctor—prosiguió el moribundo—en mi *secrétaire* está... está mi testamento... que lo abra... Ricardo.

Y ya fueron muy pocas las palabras que pudo pronunciar el anciano.



Poco hacía que éste había expirado cuando, a pesar de lo avanzado de la hora, pues eran ya cerca de las dos de la madrugada, advirtiéndose gran movimiento en la casa, voces, lamentos, exclamaciones de sorpresa y de dolor, y el ayuda de cámara del marqués entró en la habitación mortuoria exclamando:

—¡Qué desgracia, señor, qué desgracia! Venga usted, señor doctor, venga usted al momento.

—¿Qué sucede?—preguntó Elena.

—¡El señorito Ricardo!... el señorito Ricardo que acaban de traerle medio muerto.

—¡Qué dices!—exclamaron todos, precipitándose fuera del aposento.

En la sala inmediata acababan de entrar el sereno y algunos agentes de la autoridad, conduciendo los inanimados cuerpos de Ricardo y de Ramón.

El automóvil en que el ingeniero había salido de Carabanchel, entró en Madrid a toda velocidad y, sin detener su desenfrenada carrera, bajó por la calle de Alcalá para dirigirse al paseo de Recoletos, donde estaba el palacio del marqués. Percisamente en el momento en que llegaba a la Cibeles, desembocaba el tranvía que iba a tomar la calle de Alcalá, para dirigirse a la Puerta del Sol. En el aturdimiento y en la impaciencia que Ricardo tenía por llegar a casa de su tío, tomó mal la dirección y fué a chocar contra el tranvía, saltando a gran distancia los cuerpos del ingeniero y del criado, quedando destrozado el automóvil y con grandes desperfectos el tranvía.

En los primeros momentos no pudieron precisarse las consecuencias de aquel desastroso encuentro; pero inmediatamente acudieron serenos, agentes de la autoridad y algunos trasnochadores atraídos por el siniestro, y como los pasajeros que iban en el tranvía también resultaron heridos más o menos por la violencia del choque, ellos atraieron los primeros cuidados.

Pero no tardaron en fijarse que otros dos individuos yacían inmóviles tendidos en el suelo, a bastante distancia.

Ricardo, al caer, fué a chocar con la cabeza

en uno de los asientos de piedra del paseo, y Ramón a no muy larga distancia de él.

—¡ Están muertos ! ¡ Están muertos !—dijeron algunos al reconocerlos.

—Es el sobrino del señor marqués de Jarai-
cejo—dijo uno de los serenos.

Los agentes de la autoridad, siguiendo sus indicaciones, cogieron en sus brazos los inertes cuerpos de los dos desgraciados, y como que la casa del marqués estaba a corta distancia, hacia ella se dirigieron llegando en el momento que han visto nuestros lectores.

VIII

¡Pobre madre!

Elena, su esposo y el médico rodearon el cuerpo de Ricardo, y Diego preguntó afanosamente al doctor, que no atendía más que al herido:

—¿Qué hay, doctor? ¿Qué opina usted?

Pero no obtuvo contestación alguna.

El anciano observaba atentamente a Ricardo y la expresión de su rostro era por momentos más pésima.

—¿Pero está muerto?—dijo Elena con un acento que no pudo menos de llamar la atención de la persona a quien se dirigía la pregunta.

El médico alzó la cabeza lentamente, dirigió la mirada a las dos personas que le contemplaban con ansiedad, y dijo después:

—Vive todavía. Pero dentro de media hora habrá dejado de existir.

Elena y su esposo cruzaron una mirada que no se escapó a la observación del médico.

Este, después de ordenar lo que de momento debía hacerse con Ricardo, fué a ocuparse del criado.

Este no le inspiró cuidado alguno.

Estaba magullado del golpe, y su desvanecimiento procedía solamente de la violencia de aquél.

Ricardo, tras de algunos ligeros estremecimientos, abrió los ojos y su atónita mirada se fijó en Elena y en su hermano.

—¡Diego!...—murmuró con voz débil.—
¡Elena!... Voy a morir...

—Calla—le interrumpió su hermano.—No diga eso... El doctor...

—Conozco mi estado...—repuso Ricardo.—
Es menester que aproveche... los momentos. Oídme los dos—prosiguió cada vez con más trabajo.—Acercaos. Elena... voy a morir y la súplica de un moribundo debe... ser doblemente sagrada... para ti.

—Yo no tengo nada que ver contigo—repuso secamente Elena.

—¡Oh!... ¡Eres implacable!...

Y volviéndose a Diego prosiguió:

—Diego... ¡Hermano mío!... Tengo... una esposa y dos hijos que...

—¿Qué dices?—exclamó Diego mirando a su mujer.

—Ya lo sabía—repuso ésta.—Una querida.

—No—contestó Ricardo agotando sus fuerzas para dar mayor expresión a sus palabras.

—Una esposa legítima... En mi casa... encontrarás la partida de casamiento... y mi testamento. ¡A tí te confío la pobre viuda y los huérfanos!

—Basta, hermano—replicó Diego.—No digas más... No te esfuerces... Y esa... esa mujer... tu esposa... ¿dónde está?

—¿Y qué nos importa?—dijo Elena.

Ricardo fijó una mirada suprema en aquella mujer tan rencorosa, y lanzando un grito y cerrando los ojos, murmuró:

—¡Pobre Lorenza!... ¡Pobres hijos!...

—¡Doctor!... ¡Doctor!—gritó Diego creyendo que su hermano iba a expirar.

Acudió el médico y moviendo la cabeza a uno y otro lado dijo:

—Esto va más de prisa de lo que yo creía.

Efectivamente, momentos después, Ricardo exhaló el último suspiro murmurando:

—¡Lorenza!... ¡Hijos míos!

* * *

Poco después y mientras el médico volvía a ocuparse de Ramón, que ya había recobrado el conocimiento, Diego y Elena hablaban misteriosamente en la habitación contigua a la en que estaban los cadáveres del marqués y de Ricardo.

—¿Te has enterado de lo que ha dicho tu hermano?—preguntó Elena.

—Sí—repuso Diego en voz baja.

—Es necesario obrar pronto.

—Así lo creo.

—Ese testamento y esa partida de casamiento deben desaparecer.

—¡Elena!

—Ramón está ahí. Nadie hay en la casa de tu hermano. Dentro de una hora será tarde.

—Aprovecha esa hora.

—Pero...

—Y Diego vacilaba.

Elena le miró indignada, diciéndole después desdenosamente:

—¡Cobarde!

—Pero esa mujer... Esos hijos...

—¿Qué te importan unos y otros? ¿Los conoces acaso?... recuerda bien lo que ha dicho tu tío: En el *secretaire* está el testamento.

—¿Qué quieres decir, Elena?—preguntó Diego en voz baja y mirando fijamente a su mujer.

—Que ese afán de tu tío de preguntar por Ricardo y de encargarle al doctor que en el *secretaire* está el testamento, quiere decir que a él se lo deja todo y que tú no tienes nada. ¿Comprendes?

—Pero Ricardo, ya lo has oído, tiene esposa, tiene hijos, tiene también hecho testamento.

—¡Necio! ¿Quién tiene noticia de ese testamento? Tú y yo. Ese testamento debe desaparecer.

—¡Elena!

—Digo que debe desaparecer, y eso te toca a ti el hacerlo.

—Pero queda el testamento de mi tío.

—Pero aun cuando en este testamento instituya por heredero a Ricardo, si éste ha muerto, ¿quién debe heredar?

—Sus hijos.

—¡Dale! Y si sus hijos no existen, ¿quién

se atreverá a disputarle la legitimidad de esta herencia?

Diego inclinó la cabeza, quizás para que no se viese la maligna expresión que experimentaba escuchando a su mujer.

Esta prosiguió después de un momento.

—Es preciso no perder la ocasión. El criado de tu hermano está imposibilitado por ahora de ir a su casa. Aprovecha esta circunstancia, coge los llaves que indudablemente las tendrá el criado en su poder, vete a casa de tu hermano y destruye ese testamento, lo mismo que la partida de casamiento, es decir, todo lo que convenga que desaparezca. Yo me encargo de lo de aquí.

—¡Pero tú no has pensado que si esa partida matrimonial existe, en el libro parroquial de la iglesia donde se haya verificado existirá el original?

—¿Y qué? Una vez conocida la parroquia, no será tan difícil hacer desaparecer aquella partida, mientras haya bastante dinero para pagarla.

—Para todo tienes contestación, Elena.

—Lo que debe demostrarte que valgo más que tú. Anda, no hay que perder un momento. Y empujaba a Diego fuera de la habitación.



Elena se dirigió resueltamente hacia las habitaciones del marqués.

No le fué difícil encontrar el *secretaire* a que había aludido el difunto, y con mano segura abrió los cajones hasta encontrar lo que buscaba.

Efectivamente, en virtud del testamento del marqués, era Ricardo su único heredero.

A Diego le dejaba un legado de cincuenta mil duros.

—Valiente cantidad—murmuró Elena desdeñosamente al leerlo.—Qué poco podía imaginarse el marqués Jaraicejo que sus disposiciones testamentarias habían de sufrir un cambio tan radical. Y en cuanto a esa mujer—prosiguió con implacable acento—que me robó su cariño, que le hizo inaccesible para mí, ha de sufrir todo el rigor de la desdicha. No he podido vengarme en Ricardo como le había prometido, pero me vengaré en esa mujer y en sus hijos.

Y volvió a dejar el testamento en donde estaba, y salió a dar las disposiciones necesarias para los dos entierros que se habían de verificar.

—¿Qué étal está ese hombre?—preguntó al doctor cuando le vió.

—Más feliz que su amo, ha salido bien librado del terrible choque. Como buen gallego, tiene los huesos muy duros, ha resistido la congestión, y mañana, aun cuando le duela el cuerpo, ya no tendrá nada que temer.

Ya era de día cuando regresó Diego de la casa de su hermano.

• * •

Precisamente en aquellos momentos, el juzgado, que por efecto del siniestro hubo de presentarse en casa del marqués, estaba tomando declaración al criado de Ricardo.

Elena cruzó con su marido una mirada, y en los ojos de Diego pudo apreciar su mujer que estaba hecho todo lo que le había encargado.

Más tarde, cuando la digna pareja tuvo un momento para hablar, preguntó Elena :

—¿Has destruído el testamento?

—No hay necesidad—repuso Diego.—No está hecho ante notario.

—De todas maneras es conveniente destruirlo ; los papeles suelen hablar más de lo que conviene.

—Bien, lo destruiré.

—¿Y la partida matrimonial?

—Existe. El casamiento es positivo.

¿Dónde se ha verificado?

—En un pueblecillo de mala muerte, en Cabezamala, en la provincia de Toledo.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión. Yo iré al pueblo, y veremos de hacer desaparecer ese registro. ¿Cuándo se verificó el matrimonio?

—Hace tres años.

—Está bien. Por ahora no necesitamos hacer nada más. Tu hermano era el heredero de tu tío, y ahora acabas de heredar a tu hermano. Por supuesto, que todo esto me lo debes a mí. Supongo que no lo olvidarás.

—Eres una gran mujer, Elena. No te lo he de negar.

—No somos más que dos bribones, Diego—repuso desdeñosamente la joven—porque lo que acabamos de hacer no puede ser más infame.

—¿Te arrepientes?—preguntó Diego con alguna inquietud.

—Yo no me arrepiento nunca de lo que hago. Juré a tu hermano que me vengaría de él, y me he vengado.

—¿Luego, era verdad que le amabas?

—Como que valía más que tú. ¿Cómo no he de aborrecerle si habiendo podido hacer de mí uno mujer honrada y buena me ha hecho unirme a tí...?

—Que te amaba—la interrumpió Diego.

—Que no—repuso Elena secamente.—No pronuncies esa palabra. Tú no puedes amar, de igual manera que yo no amo ya. La única diferencia es que mi corazón se ha secado por efecto de una esperanza perdida, y el tuyo ya estaba seco desde que naciste. En fin, lo hecho hecho está; ni me arrepiento ni te censuro. Tú sin mí no hubieras hecho nada. Yo sin ti no hubiese tenido medio de vengarme tan directamente como hoy lo puedo hacer, de los que me han ofendido.

IX

Buscando datos

Cuando Ramón, el fiel servidor del infortunado Ricardo, pudo darse cuenta de lo que había pasado, cuando supo que su amo había muerto, su primer pensamiento se dirigió a la casita de Carabanchel, donde la pobre Lorenza y sus hijos esperarían en vano el regreso del ingeniero.

Y cuanto antes deseó ir a su casa, para desde ella marchar a Carabonchel.

A pesar de lo dolorido que estaba su cuerpo y de la debilidad que experimentaba, cuando Diego entró a verle después de haber tenido lugar el entierro del marqués y de Ricardo, le pidió permiso para ir a su casa.

—¿Y qué es lo que piensas hacer ahora, Ramón?—le dijo Diego.

—No lo sé, señorito. Tan trastornado estoy con esta desgracia, que me parece necesitaré algún tiempo para acostumbrarme a ella.

—Ya sé lo mucho que querías a mi pobre hermano—repuso hipócritamente aquel miserable—y ese es un mérito más que tienes para mí. Por lo tanto hemos pensado Elena y yo que te quedas a nuestro servicio.

—Dispéñeme el señorito si de momento no le contesto, por más que mi reconocimiento es muy grande por la oferta que me hace. He de acabar de reponerme, he de recoger de la casa de mi pobre señorito, que en paz descanse, todos los objetos de mi pertenencia, y...

—Bien, bien, Ramón. Todo lo que quieras.

—He de acostumbrarme a la idea de que ya no he de volver a ver más a mi querido amo.

Y Ramón rompió a llorar como una criatura.

—Perdone usted, señorito Diego—dijo entre sollozos—¡pero le quería tanto!... ¡Era tan bueno!...

—Ya sé que le querías mucho—repuso Diego un tonto despechado.—También él te quería... Como que no tenía secreto alguno para ti.

—Es verdad. Me honraba con su confianza.

—Supongo que te hablaría alguna vez de...

de sus esperanzas respecto a mi tío... Vamos—
prosiguió Diego mirando fijamente al criado—
quiero decir si confiaba en su herencia.

• * •

Ramón, que como todos los criados, había tenido ocasión de apreciar la diferencia que existía entre los dos hermanos, que conocía la envidia que Diego tenía a Ricardo, no pudo menos de sorprenderse al oírle hablar de aquel modo, y comprendió que se trataba de hacerle hablar.

Así fué que se puso en guardia, y dijo con la mayor ingenuidad.

—No, señor, no me habló jamás de esas cosas. Se consideraba muy rico con la carrera que tenía, y estaba muy agradecido a su tío, que era quien se la había dado y quien le había colocado en el Ministerio.

—Y dime, Ramón, ¿sabes tú si mi hermano había hecho algún testamento?... Como él era

tan formal y tan serio en todas sus cosas... Además, como dicen si tenía o dejaba de tener algo que ver con una muchacha... Por supuesto, que eso nadie podía saberlo mejor que tú...

—Yo de esas cosas no he sabido nada nunca. El señorito Ricardo era muy reservado en ese particular.

Y Ramón, cada vez más alarmado, deseaba salir de allí cuanto antes, para marchar a Carabanchel.

—De modo—dijo Diego, después de un momento—que crees que nada de todo eso que se hablaba sea verdad.

—Yo, señorito, ni afirmo ni niego. Lo único que digo es que no sé nada.

—Mi pobre hermano ha sido bien desgraciado—exclamó Diego al cabo de un rato, sin perder de vista a Ramón.—¡Haber tenido esa desgracia, ahora que le sonreía lo suerte!... Ya ves, mi tío le nombra en su testamento su heredero universal!...

—¡De veras, señorito!—dijo Ramón vivamente y presa de la mayor agitación.

—Lo que oyes. Harto siento que sea yo quien tenga que tomar posesión de esa herencia por la muerte de mi hermano.

La agitación de Ramón era cada vez mayor, y fué necesario un gran esfuerzo de su voluntad

para poderse contener y no gritar que su señorito tenía herederos, que había una mujer y dos huérfanos que iban a quedar en la miseria.

Y podía habed añadido también, que alguna vez Ricardo le había dicho que en su *secrétaire* guardaba documentos muy importantes, que en el caso de que le ocurriese alguna desgracia hija de su misma carrera, los recogiese y se los llevase a Lorenza, a quien verdaderamente le interesaban.

Pero Ramón tenía sobrado buen criterio para no comprender que en aquellos momentos no le convenía hablar.

Que tal vez sirviera mejor a Lorenza callando, que no pronunciando alguna frase que quizás la perjudicara.

Además, necesitaba conocer el juego de Diego, pues ya presumía que aquella conversación tenía algún objeto.

En aquella circunstancia le importaba cuanto antes regresar a su casa, buscar en aquel *secrétaire* los papeles de que Ricardo le hablara y, según lo que fuere, obrar como mejor le conviniera.



Diego no estaba del todo satisfecho.

Había sostenido aquel interrogatorio con Ramón a fin de ver si conseguía saber algo más concreto a la vida íntima de su hermano.

Pero Ramón supo ser discreto, y nado dijo que pudiera comprometerle.

En cambio, él, a pesar de toda su inteligencia se vendió por completo al decir:

Recuerdo ahora que mi pobre hermano me habló alguna vez no sé qué cosa referente a disposiciones que tenía hechas para en el caso de que pudiera fallecer antes que yo... ¿Te había dicho algo a ti sobre este particular?

Ramón hizo un gesto negativo, y Diego continuó mirando fijamente al criado, cual si tratara de sorprender el efecto que le produjeran sus palabras y agregó:

—Yo, como tú comprenderás, no le dí importancia a esto... ¡Tenía mi pobre hermano tantas manías!... Si mal no recuerdo creo que me

habló de un *secretaire* que tenía en su habitación... No sé cómo tú no sabes nada de esto.

Ramón no contestó.

Había conseguido mantener impasible su rostro escuchando a su interlocutor; pero temía hablar, porque tal vez su agitación pudiera hacer temblar su acento.

Diego miró con cierta desconfianza al criado de su hermano.

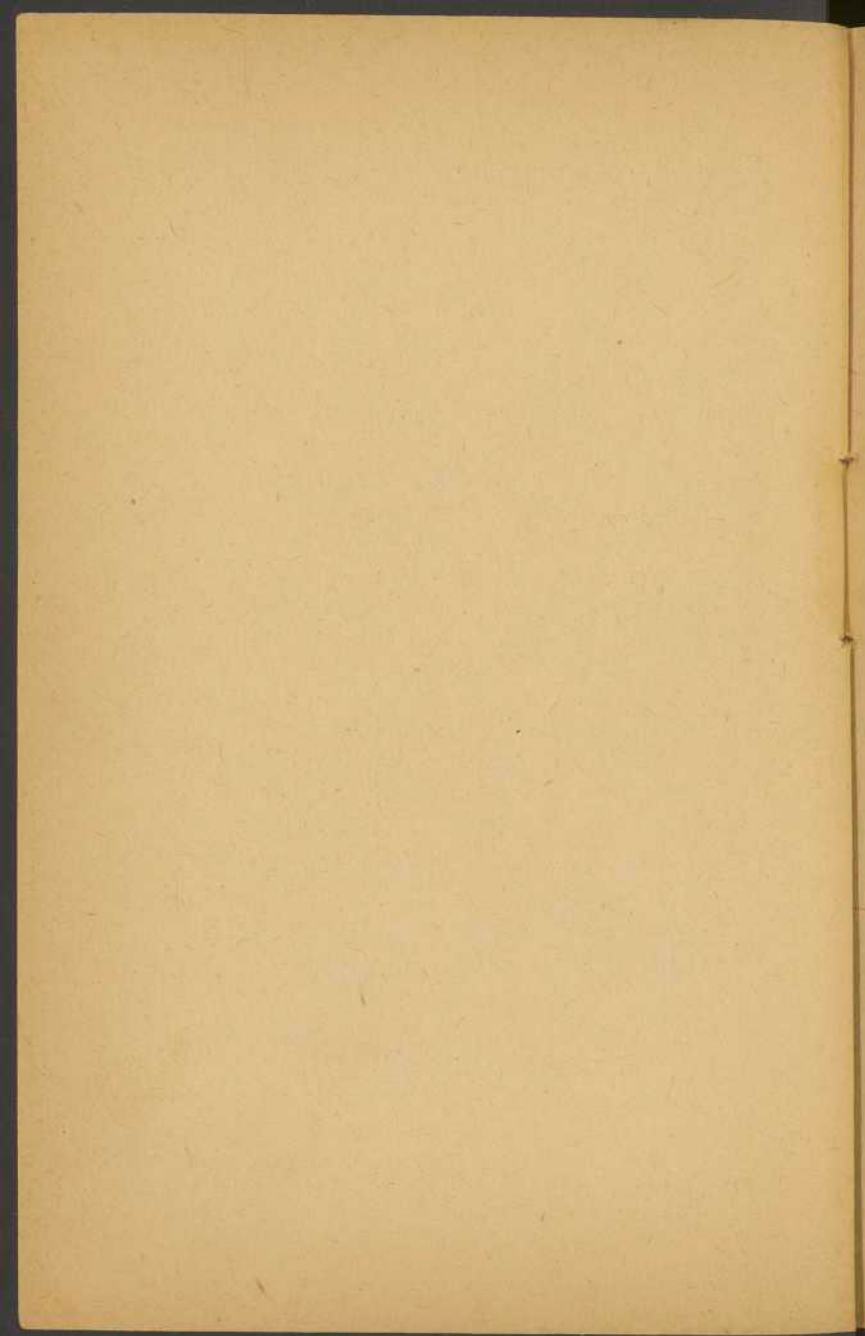
¿Presumió tal vez que Ramón estuviera engañándole?

Por el momento, al menos, no lo dió a entender, porque dijo:

—Vaya, vaya, no quiero mortificarte más hablando de este asunto. Vuelvo a repetirte lo que antes te dije. En mi casa tendrás siempre el mismo lugar que ocupaste en la de mi hermano. Procura reponerte pronto, que te esperamos con impaciencia, lo mismo Elena que yo.

—Mil gracias, señor—repuso Ramón con voz conmovida.—No olvidaré nunca su generoso ofrecimiento.

—Que debes aceptar, seguro de que con ello nos darás una verdadera satisfacción.



X

La viuda y los huérfanos

¿Qué había sido, entre tanto, de la pobre Lorenza?

La triste noticia que obligó a su marido a abandonarla tan repentinamente la afectó de tal manera, que no pudo ya descansar en toda la noche y pasó el siguiente día llena de impaciencia, esperando, o bien la llegada de Ricardo, o la de Ramón, si su esposo no podía ir, según la prometiera.

Pero llegó la noche y nadie pareció.

Su inquietud aumentó de un modo extraordinario, y deseó que llegase el nuevo día para obtener alguna noticia.

Pasó la mañana, y por la tarde, no pudiéndose dominar más, envió la camarera que tenía

a Madrid para que fuese a la casa que ocupaba Ricardo en el barrio de Salamanca y preguntase por él a Ramón.

Cuando regresó la camarera, la confusión y la zozobra de Lorenza aumentó mucho más.

Ni Ramón estaba en su casa, ni tampoco había parecido por ella Ricardo.

¿Pues dónde estaban entonces?

Si no estaban en su casa, ¿qué había sido de su esposo y del criado?

Si el marqués estaba tan grave que se hacía imprescindible la presencia de su sobrino, ¿por qué no había enviado a Ramón para tranquilizarla?

¿No había en casa del marqués criados suficientes para responder a todas las necesidades del servicio que también Ramón se hallaba detenido allí?

Según había dicho la portera, desde la noche que Ramón estuvo en Carabanchel a buscar a su amo no le habían vuelto a ver en su casa.

¿Qué misterio había envuelto en aquello?

Indudablemente, algo muy grave debía haber ocurrido para aquel silencio tan extraordinario.

¿Había ocurrido alguna novedad a Ricardo?

Al ocurrírsele esta idea a Lorenza, no pudo menos de estremecerse.

Los dos habían partido de Carabanchel en el automóvil.

¿Podría haberles ocurrido alguna desgracia?

Sin embargo, aquel mismo viaje, y de aquel modo, le habían hecho muchas veces y nunca les había ocurrido nada.

Mas como esto no era obstáculo para que entonces hubiese ocurrido algo, Lorenza, una vez que esta idea se ofreció a su imaginación, ya no pudo desecharla.

Y llena de ansiedad pasó también aquel día, reolviéndose finalmente por marchar a Madrid a averiguar lo que había sido de su esposo.



Aquella noche, tercera en que no había visto a Ricardo, sin que ella misma pudiera darse cuenta de ello, al oír que iban pregonando *La Correspondencia de España*, ella que tantas noches había oído el mismo pregón sin hacerle ca-

so, con gran extrañeza de sus criados, les mandó que fuesen a comprar el periódico.

Y cuando le tuvo en su mano, cual si tuviera el presentimiento de alguna desgracia, vacilaba en leerlo.

Por fin, haciendo un esfuerzo, 'desplegó el periódico y se puso a leer.

Pero de repente palideció intensamente, lanzó un grito y cayó al suelo sin sentido.

La infeliz acababa de leer el entierro del marqués de Jaraicejo y de su sobrino el ingeniero don Ricardo de Quirós.

Al grito lanzado por Lorenza acudieron los criados, y a pesar de los esfuerzos que hicieron, no pudieron conseguir que volviera en sí; entonces recogieron el periódico y comprendieron entonces la razón de aquel desmayo; fueron en busca de un médico y todavía, a pesar de los recursos que la ciencia le suministraba, no pudo éste conseguir que Lorenza recobrara el conocimiento.

Cuando pudo volver en sí, vió que Ramón estaba a su lado.



El fiel criado, al abandonar la casa del marqués, aun cuando trabajosamente, se dirigió a la en que había vivido su amo, y desde el primer momento comprendió que alguien había estado allí antes que él, y precipitadamente y lleno de inquietud se dirigió al secreter donde sabía que su amo guardaba aquellos documentos tan importantes, y al ver las señales que demostraban claramente que el mueble había sido violentado, exclamó:

—¡Oh! Los miserables han sabido bien lo que hacían.

Efectivamente, la partida de matrimonio, la declaración de Ricardo, la fe de bautismo de sus hijos y su testamento, todo había desaparecido.

—Pobre señora, pobres criaturas—exclamó Ramón, dejándose caer anonadado sobre una silla, llorando amargamente como un niño.

Calmada algún tanto aquella explosión de dolor, el fiel criado dióse a pensar en lo que debía hacer, dada la situación en que Lorenza y sus hijos habían quedado con la desaparición de aquellos documentos que realmente podían acreditar sus derechos. Desde luego comprendió, dados los antecedentes que conocía respecto a Diego y a su mujer, que aquella sustracción nadie más que él la había hecho; que aquella sustracción constituía la anulación de cuantos derechos pudiera alegar la viuda de Ricardo, y que era una de esas maldades contra las cuales no existía lucha posible.

Y no existía, porque sería necesario entablar un pleito, en el cual todas las ventajas estarían siempre de parte de Diego.

Y sin embargo, él no podía dejar abandonada a la viuda de su señor, de aquel señor a quien tanto había querido y que tanta confianza había tenido en él.

—Y el infame—murmuraba Ramón con acento que vibraba de cólera y de indignación—estaba pidiéndome antecedentes respecto a lo que él sabía quizás tan bien como yo. ¿Habrá creído lo que le he dicho?—añadió poco después.

Es posible que no, y de aquí sus proposiciones para que me quede a su servicio. ¿Será con-

veniente que lo haga así? ¡ Si yo supiera dónde se efectuó el casamiento de mi amo con la señora ! Unicamente me había hablado de la iglesia de un pueblo de Toledo. También creo que me dijo algo del Registro Civil, pero no sé dónde tuvo lugar todo esto. ¿ Y sus hijos dónde están bautizados ? Tampoco lo he sabido, porque pretextaba un viaje cuando se aproximaba la época del alumbramiento, y no creo que ni aun la señorita Lorenza sepa dónde éste ha tenido lugar. De todos modos es necesario obrar en estos momentos con una discreción extraordinaria. Esa gente, según comprendo ahora, es muy peligrosa, y bien hacía mi señor en desconfiar de ellos. Es necesario que yo marche a Carabanchel y allí resolveré lo que deba hacerse.

Todavía pasó Ramón algunas horas reflexionando, comprendiendo desde luego que la situación de Lorenza era doblemente triste, tanto por la pérdida de su marido como porque quedaba a merced de unos miserables como los nuevos marqueses de Jaraicejo.



Hemos dicho que al volver en sí Lorenza, vió o Ramón junto a su lecho.

—¡ Ah, Ramón !—exclamó la pobre mujer rompiendo a llorar.—¿ Qué has hecho de Ricardo ?

Ramón no supo qué contestar.

Profundamente conmovido ante aquel dolor tan inmenso, ni encontraba palabras para consolarla, ni se sentía con fuerzas para infundir alguna esperanza en aquella infeliz madre, que no tenía a nadie a su lado en aquellos momentos para defenderla y ampararla, sino él.

Tras de la explosión de llanto sobrevino una nueva crisis que obligó al médico a encargar a Ramón que saliera de la estancia, porque su presencia perjudicaba a la enferma más que la beneficiaba.

Por espacio de cuatro o cinco días, el estado de Lorenza inspiró al médico gran cuidado.

Al cabo de ellos pudo asegurar que el peligro había pasado, sin que por eso dejase de ser grave el estado de la joven.

XI

El consejo de Ramón

Ramón no volvió por la casa del marqués, aprovechando los días que éste le concediera para restablecerse, en pensar lo que convendría hacer para remediar la miseria que forzosamente había de sobrevenir a la viuda y a los hijos de su desgraciado amo.

En el estado en que se encontraba Lorenza, no pudo ésta en los primeros momentos apreciar todo lo horrible de su situación.

La noticia de la muerte de Ricardo la hirió tan profundamente, que no la dejó tiempo para pensar en las consecuencias de ella.

Pero cuando se dominó la crisis, cuando el médico dijo que respondía de su vida, cuando por

fin pudo hablar con Ramón algo referente a su situación, éste no pudo ya ocultarle la verdad.

Diego era dueño de todo.

Muerto su hermano, que era a quien su tío había legado su fortuna, él era el heredero, y como tal había tomado posesión de la herencia.

—Pero si Ricardo me había dicho que tenía hechas disposiciones en virtud de las cuales reconocía a mis hijos, daba validez a nuestro matrimonio y...

—Perfectamente, señora—interrumpió Ramón a la joven.—Supongo que esas disposiciones a que usted se refiere serían los documentos de que me había hablado y que guardaba en un mueble de su habitación.

—Eso mismo. En su *secretaire*. Allí han debido encontrarse.

—Y se han encontrado.

—¿Entonces?...

Y Lorenza miró ansiosamente a Ramón, que comprendió muy bien lo que aquella mirada quería decir.

—Ya he dicho a usted—repuso el fiel criado—que don Diego ha sido declarado heredero de mi desgraciado señor.

—¿Pero y mis hijos?

—Los papeles que podían acreditar su derecho han desaparecido.

—¿Pues no ha dicho usted...?

—Que estaban en el mueble que mi señor tenía en su habitación. Pero como yo permanecí tanto tiempo sin conocimiento, en ese espacio hubo quien me cogió del bolsillo las llaves de nuestro casa, quien penetró en ella, quien violentó el mueble donde aquellos papeles estaban y quien los hizo desaparecer.

—¡Oh! ¡Ahora lo comprendo todo!—exclamó Lorenza rompiendo a llorar amargamente.

Y abrazando a sus hijos, prosiguió:

—¡Pobres hijos de mi alma! ¡Que ni aun el nombre de vuestro padre podréis llevar!



Durante algunos minutos no se cruzó palabra alguna entre los dos interlocutores.

Ramón contemplaba tristemente el grupo formado por aquellos tres seres que pocos días antes tan felices eran y que en aquellos momentos eran tan desgraciados.

Lorenza secóse las lágrimas, y alzando altivamente la cabeza, dijo:

—¡Oh! Pero esa iniquidad no puede consentirse. Las leyes bien deben amparar a mis hijos. Yo soy la esposa legítima de Ricardo.

—Pues precisamente de eso quería hablarla—dijo Ramón.—Es necesario probarlo.

—Ricardo tenía la partida de nuestro casamiento.

—Partida que habrá sido sustraída o guardada por su hermano. Pero eso no importa. Puede socarse otra. ¿Dónde se verificó el casamiento?

Lorenza quedóse sorprendida al escuchar esta pregunta.

No lo recordaba. No lo había sabido nunca.

Un día le había dicho Ricardo que se dispusiera para hacer un viaje de recreo.

Obedeció, y salieron de Madrid con dirección a Valencia.

De allí, y a su regreso a Madrid, se detuvieron en una estación, tomaron otro tren, bajaron en otra estación, y en una tartana llegaron al cerrar la noche a un pueblo y la misma tartana les condujo a la casa del cura párroco.

—Nos vamos a casar—dijo Ricardo a la joven.

La alegría de ésta no conoció límites.

Era aquel su único deseo.

Pero por las razones que su amante la había expuesto respecto a su tío, el matrimonio debía permanecer secreto durante algunos años.

Esto importaba muy poco a Lorenza.

Para ella era lo principal estar unida para siempre al hombre que amaba.

Tal vez Ricardo habría pronunciado alguna vez el nombre del pueblo donde el matrimonio tuvo lugar, pero no lo recordaba. Lo único que sabía era que el juez municipal había también cumplido con su deber y que Ricardo poseía los documentos justificativos de aquel acto.



Ramón, al escuchar esto, no pudo menos de mover auno y otro lado la cabeza, expresando su disgusto.

—En este caso—dijo—no sé qué hacer.

—¡ Oh ! Yo me presentaré al marqués y le re-

clamaré esos documentos—repuso enérgicamente la joven.

—Y no conseguirá usted nada, señora—repuso tristemente Ramón.

—Pero si Ricardo tenía esos documentos.

—¿Y cómo lo prueba usted?— ¿Cómo puede asegurar que sea el señor marqués quien ha hecho desaparecer esos papeles?

—¿No sabia usted, según ha dicho, que estaban en el *secrétaire*?

—Sí, señora. Mi señor me había indicado que allí los tenía.

—Entonces, su declaración de usted podría servir...

—Para nada—contestó Ramón con triste acento. Entre mi declaración y la del señor marqués hay una distancia enorme. El tendrá razón y yo no.

—¿Es decir que debo perder toda esperanza?—exclamó Lorenza con desesperación.

—Si usted me permite, yo le daré una idea.

—Hable usted, Ramón, hable usted.

—Supongo, señora, que conservará usted algunas cartas de mi señor de las temporadas en que, a causa de su carrera, tenía que salir de Madrid.

—¡Oh, sí! Todas, todas las conservo. En

ellas se demuestra lo mucho que me amaba y el cariño que profesaba a sus hijos.

—¿Habla de ellos en esas cartas?—preguntó Ramón con voz anhelante.

—Pues ya lo creo. Si quería a sus hijos con delirio. Ya lo sabe usted.

—Cierto, cierto. Poseyendo esas cartas, yo, en lugar de usted, me iría con ellas a ver un abogado. Le expondría el caso y nadie mejor que él puede aconsejarla.



Lorenza no contestó.

Tal vez se sublevaba su pudor de mujer honrada a la idea de ir a exponer a las miradas de un extraño aquellas manifestaciones íntimas del cariño del esposo amado.

Ramón no se atrevía a hacerle pregunta alguna.

Adivinaba la lucha que la joven estaba sos-

teniendo, presumía su repugnancia, y por lo mismo no quería aumentarla.

Lorenza estuvo reflexionando sin duda, porque de pronto alzó la cabeza y dijo:

—Puesto que no hay más remedio, seguiré su consejo. ¿Conoce usted a algún abogado, Ramón?

—Como conocerle, no, señora. Pero alguna vez había oído nombrar al señor un amigo suyo que era abogado.

—¿Cómo se llama?

—No sé más que su apellido, Rodríguez. Vive en la calle de Fuencarral, número 22. Según oí decir a don Ricardo, tiene mucha fama.

—Está bien. Iré a verle. Continuaré recorriendo esta calle de amargura hasta el momento en que me falten las fuerzas. Bien sabe Dios que únicamente por mis hijos haré lo que usted me indica, Ramón. Si fuera yo sola, no habría tardado mucho en ir a reunirme con mi esposo.

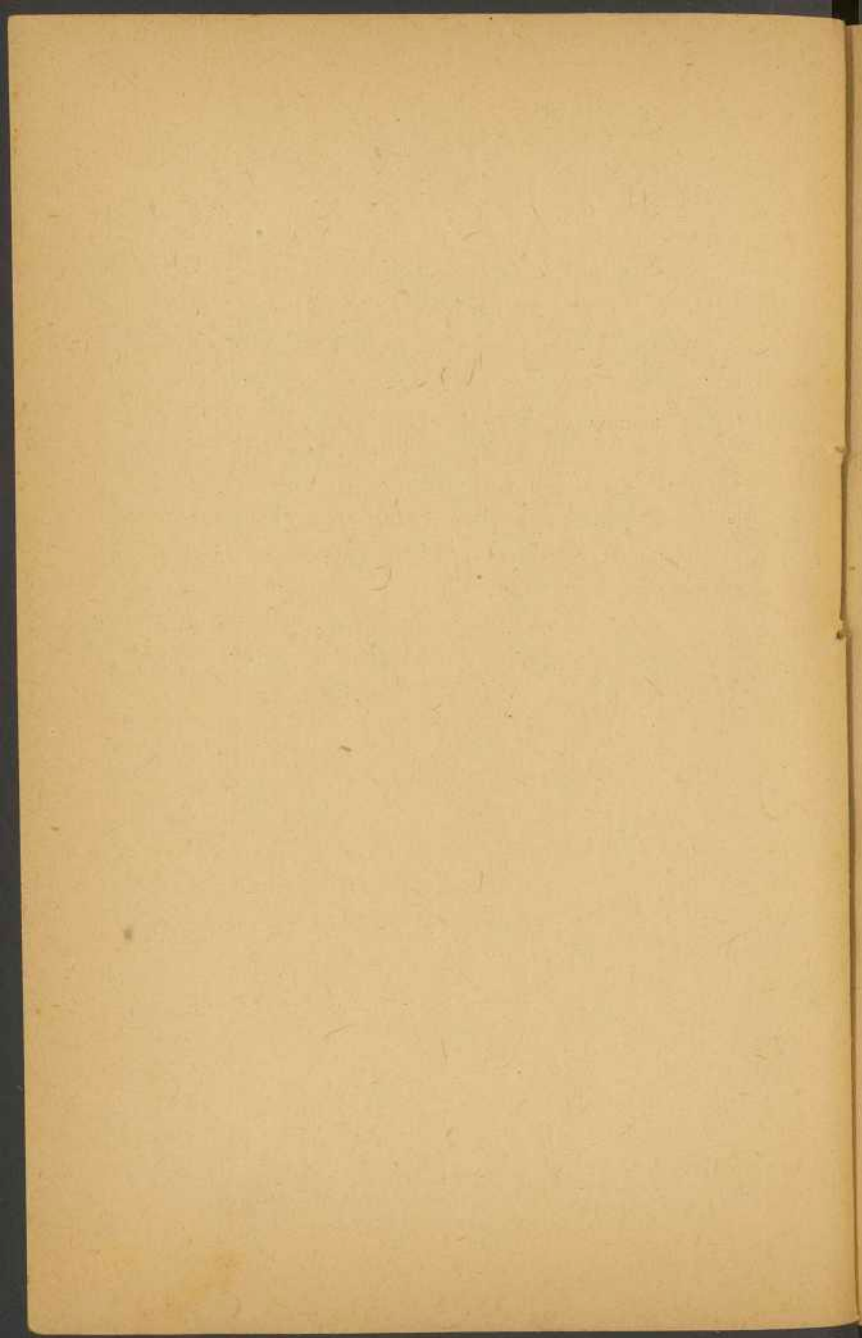
—No diga usted eso. Triste es la situación, yo soy el primero en reconocerlo, y más triste, por tratarse de personas como el señor marqués. Pero es menester no abatirse, señorita. Hemos de luchar hasta el último momento. Yo la ayudaré hasta donde pueda.

—Gracias, Ramón. Pero desgraciadamente somos pobres y el marqués es muy rico.

—Es que esa riqueza es a usted y a sus hijos a quien pertenece.

—Por eso han tratado de quitarme las armas que tenía para justificar el derecho de mis hijos.

—Han obrado con toda la maldad necesaria para conseguir su objeto ; pero una vez que nos han enseñado el camino, por ese mismo hemos de avanzar. El marqués, que comprende que yo sé algo más de lo que le he dicho, quiere tenerme a su lado pensando que le he de ayudar en todas sus infamias. Había vacilado en acceder a sus deseos, pero ahora ya no vacilo. Iré a su casa y de este modo podré vigilarle mejor. Usted vea al abogado y conozcamos su opinión. Después, Dios nos abrirá camino.



XII

Un cálculo infame

El abogado don Carlos Rodríguez era uno de esos hombres de ancha conciencia y pocos escrúpulos, que si durante su época de estudiante fué rujeriego, jugador y ambicioso, cuando terminó la carrera y merced al último sacrificio hecho por su madre, vendiendo algunas tierras que poseía en Aragón, pudo establecerse, aquellos vicios se sostuvieron con él, aun cuando ocultándolos bajo la capa de una hipocresía que le hacía doblemente repugnante.

No carecía de talento, era elegante, de apuesta figura, sabía hacerse interesante, y algunos triunfos que obtuvo en el foro le facilitaron el camino para llegar al fin que se proponía.

Osado, pretendiendo parecer modesto; liber-

tino, ocultando hipócritamente su libertinaje; ambicioso, alardeando de desinterés, Rodríguez había conseguido introducirse en algunas casas de la nobleza, esperando conseguir con su figura, su manera de expresarse y sus éxitos forenses, ganar de un modo o de otro la mano de alguna linajuda y rica heredera.

Entretanto, había encontrado en su camino una pobre joven llamada Carmen Rovira, que se presentó en su casa para que se encargase de un pequeño pleito que sostenía con unos parientes que indebidamente la retenían unos bienes que la correspondían por parte de su padre, y la desgraciada, seducida por el abogado, no pudo resistir a su apasionado lenguaje, y huérfana y sola, sucumbió.

Rodríguez no había podido tomar el título de doctor por falta de dinero, y Carmen que poseía una pequeña cantidad en papel del Estado, resto de la herencia de sus padres, se lo entregó; con aquel dinero se doctoró, prometiendo a Carmen que sería su esposa.

Ganó el pleito en favor de ésta y se comió el producto de aquella herencia, y cuando hubo consumido todo, como que ya no podía servirle sino de estorbo, para su ambición, la abandonó dejándola en cinta y en la miseria.

La infeliz recurrió varias veces a él, le re-

cordó sus promesas, le hizo presente su situación, pero nada fué suficiente para conmover el corazón de aquel hombre, que concluyó por cerrarle la puerta de su casa.

Recordará el lector que en uno de los capítulos anteriores, en la escena que tuvo lugar entre Lorenza y Ricardo, la misma noche en que éste abandonó la casita de Carabanchel, para no regresar más a ella, Lorenza dijo a su esposo, cómo y en qué circunstancias había encontrado a Carmen y lo simpática que le había sido.

Esta le refirió su desdichada aventura, pero jamás pronunció el nombre de aquel que de un modo tan inicuo se portó con ella.

De haberlo sabido, al indicarle Ramón la persona a quien poder confiar su pretensión tan justa, hubiera desistido de hacerlo.

* * *

El abogado no hizo solamente a Carmen víctima de su desordenado apetito y de su necesidad de dinero.

Hubo también alguna otra desgraciada que

pagó con su honra y su miseria el haber creído a semejante hombre.

Conseguido su objeto, de penetrar en algunos salones de la aristocracia, fué presentado al marqués de Jaraicejo, y cómo éste era uno de los prohombres de su partido y tenía gran influencia en el gobierno, trató de intimar con él, con mayor motivo siendo su pupila Elena, una heredera sumamente rica.

De aquí había nacido el conocimiento de Ricardo con el abogado.

Pero si bien éste trató de intimar con el esposo de Lorenza, no consiguió su propósito porque Ricardo no se mostró propicio.

Parecía como que su propio instinto le había hecho conocer todo el cieno que se encerraba en el alma de aquel hombre, y sus relaciones fueron siempre frías y poco expresivas.

En cambio, con Diego fué diferente.

Ambos se comprendieron y simpatizaron.

Rodríguez creyó con esta influencia poder aventurarse más y empezó a hacer la corte a Elena.

Y tal vez hubiera conseguido su propósito a no haber estado la pupila del marqués enamorada de Ricardo.

Hemos dicho que Rodríguez reunía todas las

condiciones exteriores que tanto seducen a las mujeres.

Elegante, apuesto, insinuante, enamorado, y rodeado de la aureola del sagrado ministerio que ejercía de amparador de la inocencia y defensor de la justicia, Elena no pudo menos de interesarse un poco por él.

Mas cuando la habió de su amor, la joven le dijo resueltamente.

—Amigo mío, siento tener que rechazar la demanda ; pero hace tiempo que tengo ocupado mi corazón con otro afecto, que ignoro si es o no correspondido. A no ser así, puede usted abrigar la seguridad de que hubiese aceptado con reconocimiento su oferta.

—¿ Pero, no dice usted que ignora si es o no correspondida ?—repuso Rodríguez.

—Sí, señor. Esa es la verdad. Pero yo soy demasiado franca y no he tratado ni trataré nunca de entregar a nadie lo que no poseo. Hoy mi corazón no me pertenece, pero si algún día, entiéndalo bien, si algún día yo volviera a poseer lo que hoy no poseo, usted sería la persona a quien juzgaría digno de concederlo.

Rodríguez trató de inquirir quién sería la persona a quien amaba Elena, pero todas sus diligencias resultaron inútiles.

Cuando supo su casamiento con Diego, su sorpresa no conoció límites.

Conociendo como conocía al hermano de Ricardo, no se explicaba que una mujer tan bella y tan discreta como Elena, hubiera podido amar a aquel hombre.

Y como en todo ello encontró algo extraño, como era perspicaz y presumía de conocer algo el mundo, empezó a observar, inquirió diestramente y pudo adquirir la seguridad, ya que no de otra cosa, que Elena no amaba a su marido.

Y cuando adquirió este convencimiento y llegaron a su oído frases confusas respecto a si Ricardo tenía una querida y algún hijo, y como sabía que el marqués profesaba a Diego gran antipatía, mientras que a Ricardo le quería mucho y tanto había influido para su adelantamiento, sorprendióle que el marqués en su testamento no hablase de Ricardo y sus herederos, sino que solamente nombrase a Diego y por lo mismo, la herencia había recaído en él, heredero único.

Mucho pensó sobre esto, pero por fin puso término a sus reflexiones, diciendo:

—De todas maneras esa mujer ha de ser mía. ¿Cómo? Lo ignoro, pero estoy cierto que sucederá.

Tal era el hombre a quien la pobre Lorenza iba a confiar la defensa de los intereses de sus hijos.



Poco más de una hora hacía que el abogado don Carlos Rodríguez estaba en su despacho, cuando misteriosamente entró el criado, que era un digno servidor de tal amo, y acercándose a la mesa, dijo:

—Ahí fuera hay una señora que desea celebrar una consulta con usted.

—¿Qué trazas tiene?—preguntó Rodríguez.

—Viste de negro, modestamente, pero es una mujer preciosa.

—¡De veras!

—Ya lo creo. Y parece muy triste.

—Que pase, Juan, que pase. Que entre por el corredor. No hay necesidad de que nadie se entere. ¿Comprendes?

—Ya lo creo—repuso el criado sonriendo.



Momentos después, Lorenza aparecía en la puerta del despacho.

El abogado salió a su encuentro admirando la belleza de aquella mujer, belleza que todavía se hacía más simpática por la nube de tristeza que la cubría.

—Pase usted, señora—la dijo aablemente Rodríguez, ofreciéndole una marquesina.—Tome usted asiento.

—Mil gracias—repuso la joven.—Usted me dispensará si he venido a molestarle, pero recordando que alguna vez había oído a mi esposo pronunciar su nombre, no he vacilado en venir a implorar su ayuda.

—Para ponerme a disposición de usted en todo y para todo cuanto de mí dependa, me basta solamente que sea usted una señora y que necesite mi pobre esfuerzo, sin que para ello haya de invocar el nombre de su esposo, que ignoro ...

Y Rodríguez se detuvo esperando que la dama pronunciase el nombre de su marido.

—Mi esposo—dijo Lorenza—era don Ricardo de Quirós.

Al escuchar este nombre fué tan grande la sorpresa que experimentó el abogado, que se quedó mirando a Lorenza sin decir una palabra.

La joven comprendió lo que aquella mirada significaba, y con el semblante enrojecido, se apresuró a decir:

—Comprendo su sorpresa, porque mi matrimonio, verificado lejos de aquí, y siguiendo el propósito de mi esposo, había quedado oculto.

—Es verdad. Confieso que me ha sorprendido mucho... Pero... ¿qué razones tuvo Ricardo para dejarnos ignorar su matrimonio?—preguntó el abogado mirando fijamente a Lorenza.

—Temía disgustar a su tío y...

—Y su hermano, ¿ignoraba también...?

—Sí, señor.

—De modo que si Ricardo hubiese vivido, hoy sería el heredero de su señor tío.

—Justamente. Y ese es el objeto de mi visita, caballero. Yo por mí, nada querría, ningún paso hubiera dado, porque faltándome mi esposo nada me importa todo lo demás. Pero tengo hijos, y por ellos es por quienes he venido a consultarle.

1875

1. The first part of the book is devoted to a general history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

2. The second part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

3. The third part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

4. The fourth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

5. The fifth part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

6. The sixth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

7. The seventh part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

8. The eighth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

9. The ninth part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

10. The tenth part of the book is devoted to a history of the United States, from the first settlement to the present day. It is written in a simple and easy style, and is intended for the use of schools and families.

XIII

Preparando la emboscada

El abogado permaneció silencioso algunos segundos.

Si aquella señora estaba casada con Ricardo, fuese público o secreto su matrimonio, fuerza legal tenía siempre.

Si existían hijos de aquel matrimonio, ¿no eran éstos legítimos herederos de su padre?

¿Por qué entonces decía la viuda que por sus hijos iba a verle?

Indudablemente, en ello había envuelto algún misterio. Pero, ¿qué importancia podría tener?

Muy grande, desde el momento que la herencia de Ricardo la estaba disfrutando su hermano Diego.

Era preciso que obrase con mucha cautela a fin de ver todo el partido que podía sacar de una situación que presumía desde luego que debía serle muy lucrativa.

Así fué que al cabo de un momento, dijo:

—Si no he comprendido mal, me parece que ha dicho usted que es por sus hijos por quién viene a consultarme.

—Sí, señor. Por ellos solamente.

—¿Tiene conocimiento el señor marqués de Jaraicejo de la existencia de... de los hijos de su hermano?

—Hoy creo que la tiene—repuso Lorenza.

—Y supongo—dijo Rodríguez mirando fijamente a la joven—que les dará lo que les corresponde.

—Por el contrario, caballero—contestó la viuda con violencia.—Presumo que me ha privado de los medios de probar nuestros derechos.

Rodríguez alzó la cabeza vivamente.

Fijó una mirada escrutadora en Lorenza, y dijo después:

—Permítame que le haga presente que es muy grave lo que parece desprenderse de sus palabras.

—Y efectivamente, caballero, es muy grave, y de aquí la razón por que he venido a consultarle. Es un verdadero despojo el que se ha he-

cho a mis hijos, y como madre, estoy en el deber de impedir que semejante estado de cosas continúe.

El abogado empezó a vislumbrar un negocio que podría ser de gran importancia para él, y contestó:

—Tiene usted razón, y si de mí depende ayudarla enérgicamente en la obra de justicia que trata de emprender, cuente usted conmigo.

* * *

Lorenza, alentada por estas palabras, pronunciadas con admirable naturalidad, empezó a referir a Rodríguez todo lo ocurrido desde que conoció a Ricardo, hasta el momento de su muerte.

Tampoco le ocultó sus temores de la sustracción de los documentos que guardaba Ricardo en el *secrétaire* de la casa de Madrid, omitien-

do solamente nombrar para nada a Ramón, según éste la encargara.

Con profunda atención estuvo escuchando el abogado todo el relato de Lorenza, sin que en su semblante se advirtiesen las diversas impresiones que recibía.

Una vez que la viuda terminó, dijo Rodríguez:

—Realmente, señora, es muy extraña la desaparición de esos documentos, pero no es tan grave, o mejor dicho, no lesiona en lo más mínimo los intereses de sus hijos, toda vez que en los libros parroquiales del lugar donde se verificó el matrimonio, lo mismo que en el Registro Civil, existen las correspondientes actas. Todo es cuestión de reclamar inmediatamente copias de aquellos documentos.

—Pues aquí está el caso—contestó Lorenza; —que como yo tenía tanta confianza en Ricardo, como no tenía otro deseo que el verme unida legalmente y para siempre al hombre que tanto amaba, sólo sé que me llevó a un pueblo lejos de aquí, y a cuyo cura párroco sin duda había hablado previamente, porque todo estaba prevenido para nuestra llegada.

—¿Y ese pueblo?...

—No recuerdo cuál es; mejor dicho, me parece que ni aun me lo dijo Ricardo.

—Descuido imperdonable, que puede perjudicar notablemente nuestra acción. Y nos prohíbe documentarnos debidamente para reclamar nuestro derecho.

—Pero si todos esos papeles los guardaba Ricardo. Si yo misma he visto que había sido violentado el mueble donde los guardaba.

—¿Sabe usted acaso o puede probar que el actual marqués de Jaraicejo estuviese en casa de su hermano después de su muerte?

—No, señor. ¿Pero qué otro sino él, ha podido ser quien los sustrajera toda vez que la desaparición de esos documentos es la que le ha permitido apoderarse de la herencia de mi esposo?

—Pero eso no pasa de ser una suposición, y en derecho, las suposiciones carecen de valor. Se necesitan pruebas que las justifiquen. Vámonos a otra cosa.

—Usted dirá.

—A falta de esas pruebas tan importantes, ¿no tiene usted cartas que pudiesen facilitar algún dato justificativo de la unión de ustedes, que se refieran a sus hijos... en fin, algo en que poder fundamentar nuestra petición?

—¡Oh! En cuanto a eso, sí, señor. Ricardo, cuando por causa de sus trabajos tenía que salir fuera de Madrid, no dejaba un solo día de es-

cribirme, pidiéndome noticias de nuestros hijos, hablándome de ellos.

—Muy bien. Además, he de hacer a usted otra pregunta. ¿Sabe usted en qué forma están inscritos sus hijos?

—Como Ricardo estaba siempre temeroso de que su tío, que por lo visto sospechaba algo, tratase de descubrir la verdad, no quiso que se les pusiera su nombre, sino que se pusiera de padre desconocido.

—¡Válgame Dios! ¡Qué serie de imprudencias!

—Siempre me decía que tendría tiempo de reconocerlos el día que se hiciera público nuestro matrimonio. ¡Cómo había de presumir el desgraciado que la muerte le sobrevendría de ese modo!

Y Lorenza rompió a llorar.

—Vamos, señora—le dijo Rodríguez.—¿Qué adelanta usted ya con afligirse de ese modo? Ahora tiene usted el deber de conservarse para sus hijos, y ya veremos si podemos conseguir que se les dé lo que realmente es suyo. Confieso a usted que algún trabajo nos ha de costar, por esa falta de pruebas que tenemos. Veamos esas cartas, y quién sabe si tendrán algún valor para convencer al tribunal, a falta de otros documentos de más fuerza.

—Aquí he traído algunas para que vea usted si pueden servirle.

—Veamos.

* * *

Lorenza sacó del bolso de mano ocho o diez cartas, que entregó al abogado.

La lectura de estas cartas sin duda descubrió nuevos horizontes a la ambición de Rodríguez, porque a pesar del dominio que sobre sí tenía, no fué dueño de evitar se reflejara su rostro la impresión que recibía.

La pobre viuda lo advirtió, y dijo:

—¿Le parece a usted que esas cartas pueden servir como prueba de la justicia con que puedo reclamar?

—Alguna fuerza tienen—dijo por fin—y estoy pensando que antes de entablar la demanda ante los tribunales, no estaría de más dar algún paso en sentido conciliatorio.

—No comprendo...

—Verá usted, señora. Careciendo como carecemos de las pruebas irrefutables, como son la partida de casamiento y la legalización de los hijos, aun cuando estas cartas y algunas otras que sin duda tendrá usted demuestran la verdad de lo que digamos, no son bastantes para el caso de que se trata y quizás nos expusiéramos a un fracaso. Si a usted le parece, podremos intentar una transacción, procurando en ella sacar el mejor partido posible. Para esto, son suficientes las cartas que me ha entregado, y de las cuales haré uso, si usted me autoriza para ello.

—Pero esa transacción no sería más que una especie de limosna que se hacía a mis hijos, cuando lo que éstos tienen es un derecho perfecto.

—Lo creo, pero carecemos de las pruebas necesarias para justificarlo.

—Eso quiere decir que habremos de resignarnos a consentir el injusto despojo de lo que a mis hijos corresponde—repuso Lorenza con violencia.

—Nada de eso. Al contrario, podemos seguir practicando todas las diligencias, haciendo todas las pesquisas posibles para ver si encontramos el pueblo donde tuvo lugar su matrimonio. Yo estudiaré detenidamente el asunto.

Daré algún paso preliminar, es decir, veré en nombre de usted, si lo cree conveniente, a los marqueses de Jaraicejo, y según la disposición en que los encuentre, se lo participaré para que me dé instrucciones.

—¿De modo que no cree usted prudente entablar la acción desde ahora?

—Lo juzgo aventurado, por las razones que le he dado. Prometo a usted y le empeño mi palabra de hombre honrado que haré cuanto de mi parte esté para sacar el mejor partido posible.

Con tal sinceridad parecía hablar el abogado, que Lorenza, comprendiendo la justicia de sus observaciones, accedió a lo que la propuso, quedando definitivamente en que Rodríguez vería a Diego y a su esposa el siguiente día, y después iría a participarle el resultado de su entrevista.

XIV

Convenio infame

--Por fin--dijo el abogado apenas se quedó solo--la altiva, la orgullosa Elena, convertida en marquesa de Jaraicejo por obra y gracia del demonio, se encuentra en mi poder. Necio y archinecio fuera si no supiera aprovechar esta oportunidad. Ya tiene razón esta pobre mujer, que nadie más que Diego ha podido ser el autor de esa sustracción de documentos. Y ha tenido suerte que Ricardo no hubiera dicho a su esposa la iglesia donde tuvo lugar su matrimonio. Está visto que la fortuna protege a los bribones. Sin embargo, estas cartas que esa infeliz me ha confiado, ya podrían haberle dado mucho que hacer de haber caído en otras manos. Por su suerte y por la mía, están en mi poder,

y lo que es a mí, me han de valer mucho. Hubo un tiempo en que Elena me desdeñó porque era pobre, pero ahora... ahora no tendrá más remedio que ceder y pagar, si no quiere exponerse a perderlo todo. Sí, todo—prosiguió volviendo a repasar las cartas que Lorenza le había entregado.—Aquí se habla de la felicidad que disfrutaban desde el día en que se celebró su matrimonio. En esta otra—continuó, separando una y leyéndola detenidamente—habla bien claro de su hijo Ricardo y de su hija Magdalena, manifestando su resolución de reconocerlos muy pronto, aun cuando esto pudiera proporcionarle algún disgusto con su tío. En mis manos estas cartas pueden derribar en un momento ese trono en que se ha encumbrado, merced a... a un crimen, ¿por qué no decirlo?... En fin, veremos cómo se presenta.

Y durante todo aquel día estuvo pensando en la forma bajo la cual se presentaría en casa del marqués de Jaraicejo.

Hacía ya tiempo, desde que su amor había sido rechazado por Elena, que sus relaciones con la familia, si no se habían roto en absoluto, se enfriaron bastante, y cuando en sociedad, en el paseo o en el teatro, veía a la joven, la saludaba gravemente y nada más.

Por esta razón, su presencia en casa del marqués debía producir mayor efecto.



Rodríguez abandonó su despacho a la hora que juzgó oportuna para su visita, tomó un carruaje, y dió al cochero las señas de la casa de Diego de Quirós.

Una vez en ella, entregó la tarjeta a un criado, el cual regresó a poco diciendo que el señor marqués había salido, pero que la señora le recibiría.

El abogado siguió al criado, cruzando algunos salones, hasta llegar a un gabinete cuyo mobiliario, rico y severo, imponía más bien que agradaba.

Tras un momento de espera, alzóse el portier que cubría el hueco de una puerta, y Elena adelantóse hacia Rodríguez tendiéndole la mano y diciendo:

—No podía eperar yo semejante sorpresa.

—¿Sorpresa agradable, marquesa?—preguntó Rodríguez con intencionado acento.

—¿Por qué no ha de serlo?

—¿Es decir que ha olvidado usted que tuve el atrevimiento en otro tiempo de ofrecerla mi amor?

—¡Como que en ello no existía ofensa alguna!

—Mil gracias, marquesa.

Estas palabras se habían pronunciado estando de pie los dos interlocutores.

Pero Elena tomó asiento, invitando a Rodríguez para que le imitase, y después dijo:

—Diego ha salido hace un momento y...

—Así me lo ha dicho el criado. Precisamente mi visita era para el marqués.

—¿Visita de amistad?

—No, señora; de negocios. En este momento no es el amigo quien tiene la honra de estar en esta casa, sino el abogado.

—Entonces mayor es mi sorpresa todavía—repuso la joven expresando el mayor asombro.

—Y esos negocios, ¿son... graves?

—Mucho, marquesa, muy graves.

斷 續 集

Desde luego, lo mismo Elena que su marido, suponían que tarde o temprano se presentaría alguna persona en nombre de la viuda y de los hijos de Ricardo, reclamando lo que tan justamente les pertenecía, y por lo mismo, ya estaban prevenidos.

Nada tenían que temer, puesto que habían hecho desaparecer todos los documentos que acreditaban los derechos de aquéllos.

Así fué que Elena se puso en guardia inmediatamente, y dijo sonriendo:

—Pues confieso francamente que más hubiera querido recibir la visita del antiguo amigo.

—Es que éste—replicó Rodríguez con amargo acento—no ha podido olvidar la derrota que obtuvo, mientras que el abogado cree poder alcanzar hoy el desquite.

—¿Otra vez alude usted a lo pasado?

—Como que hay heridas que no se cicatrizan nunca, señora.

—Vamos, Rodríguez—repuso Elena con firmeza—me parece que esas alusiones son indignas de los dos. Puesto que mi esposo no está aquí, hablemos del asunto que ha motivado su visita, porque para venir, como acaba de indicar, como abogado, supongo que existirá alguna razón...

—¿Puedo saberla?

Rodríguez miró apasionadamente a la joven y con aceno conmovido repuso:

—Probar a usted, una vez más, lo sincero y leal de mi afecto.

—Eso me prueba que no me ha olvidado usted.

Y Elena, al decir estas palabras, sonreía graciosamente.

Rodríguez se apoderó de una mano de la joven, y repuso con voz conmovida:

—¡Olvidarla! ¿Y acaso puede olvidarse una mujer como usted?

Elena contestó a esta especie de declaración con una mirada que parecía llena de seductoras promesas, y dijo después:

—Ahora, hablemos como si mi esposo estuviese aquí. Dígame el objeto de la visita del abogado.

* * *

Rodríguez comprendió que había ganado bastante terreno, y no le convenía por lo tanto exponerse a perderlo por querer avanzar demasiado.

Por otra parte, era sobradamente listo para no comprender que Elena estaba ya muy preparada para aquella entrevista, sino con él precisamente, con cualquier otro que se hubiera presentado en nombre de la viuda de Ricardo y de sus hijos, y por lo mismo debía abordar de frente la cuestión.

Así fué que, sin preámbulo alguno, la dijo que Ricardo de Quirós se había casado, que tenía dos hijos, y que su viuda estaba dispuesta a reclamar la herencia de sus hijos, para cuyo efecto había ido a verle.

Elena escuchó todo esto sin que su semblante revelara absolutamente nada que indicara la impresión que recibía.

Cuando concluyó Rodríguez aquella primera parte de su relato, le dijo:

—Verdaderamente es muy extraño todo lo que acaba usted de mencionar, y supongo que cuando se ha encargado de semejante misión tendrá usted pruebas que justifiquen lo que ha dicho.

—Debía tenerlas, porque Ricardo había manifestado en diversas ocasiones que obraban en su poder.

—¡Oh! Pues entonces deben existir en su casa.

—Su esposo de usted ha tomado ya posesión tanto de la casa del difunto señor marqués de Jaraicejo, como de la habitación particular que ocupaba Ricardo. ¿No es así?

—¿Y qué quiere usted suponer con eso?

—Ya puede usted comprenderlo sin que me explique más. El caso es que esas pruebas existen y que han desaparecido, lo cual después de todo no tiene tanta importancia como parece, toda vez que existen cartas que yo he visto y...

Esta vez el tiro hizo blanco.

Elena no pudo contenerse e interrumpió a Rodríguez; se incorporó vivamente, exclamando:

—¿Que ha visto usted cartas?

—Sí, señora, y cartas que no dejan lugar a duda alguna.

Elena inclinó la cabeza, permaneciendo en aquella actitud algunos segundos.

Después, aproximando su asiento al de Rodríguez, le dijo con un acento ligeramente tembloroso:

—Hablemos francamente, Rodríguez. ¿Ha venido usted a verme como adversario o como amigo?

—Seré lo que usted quiera.

—¿Es verdad eso?—volvió a preguntar Elena, cuyo acento casi era acariciador, y cuyos ojos expresaban más todavía que su acento.

—Tan cierto, que a pesar de haber llegado aquí con el propósito de tomar el desquite del desdén con que usted me trató en otro tiempo, al verla, todos mis propósitos vengativos se han desvanecido.

—Pues bien, quiero creer lo que usted me dice. Yo, a mi vez, puedo ofrecerle todo el valimiento, todo el valor que mi posición actual me permite.

—¿Y nada más?—preguntó Rodríguez mirando ansiosamente a aquella mujer que, al pronunciar las últimas palabras, se había aproximado tanto que su aliento llegaba hasta sus mejillas.

—Todo cuanto usted pueda desear trataré de concederle—repuso Elena fijando en su interlocutor una mirada impregnada de las más dulces promesas.

• • •

Transcurrieron algunos segundos sin que se cruzara una palabra entre los dos personajes.

Uno y otro reflexionaban respecto a la nueva situación que para ellos se había creado.

Rodríguez, estrechando entre la suya la mano de Elena, que esta vez no trató de retirar, le dijo con acento cariñoso:

—¿Qué exige usted de mí, en cambio de esa promesa que acaba de hacerme?

—Ha dicho usted que esa mujer tiene cartas de Ricardo que...

—La viuda de Ricardo posee cartas, que yo he visto, en las cuales hay párrafos que no pueden dejar lugar a duda, respecto al lazo que les unía, y a la existencia de esos hijos.

—Ya. ¿Y esos hijos...?

—Carecen de recursos, y por lo tanto están dispuestos a reclamar lo que es suyo.

—Y yo no les negaré mi apoyo—repuso Elena con acento afectuoso.

El abogado la miró sorprendido.

—¿No preguntó usted antes qué era lo que podría hacer en mi obsequio?

—Sí, señora.

—Pues bien; haga usted que esa pobre mujer venga a verme y que me traiga... que me traiga las cartas. Aquí las repasaremos juntas y fácil será que nos podamos entender.

—Eso sería lo mejor—repuso Rodríguez, cada vez más asombrado por el cambio tan notable que parecía haberse operado en aquella mujer.

—A veces las mujeres y las madres sobre todo nos entendemos mucho mejor que los hombres. ¿Hará usted lo que le he dicho?

—¿Cómo no he de hacerlo, cuando ha sido el objeto principal de mi visita buscar una fórmula de arreglo que beneficiase a esa desgraciada familia, evitando un escándalo que pudiera perjudicar a usted?

—Pues vea usted con qué facilidad nos hemos puesto de acuerdo.

—De lo cual me felicito, pues a mi vez creo

haber encontrado la dicha que juzgaba haber perdido para siempre.

— ¡Desconfiado!... —repuso Elena envolviendo, por decirlo así, a Rodríguez en una mirada llena de voluptuosidad.

— ¡Oh, Elena! —exclamó el abogado aproximando a sus labios la mano de la marquesa. —Ahora comprendo que nunca he dejado de adorarla.

—Pues siga usted haciéndolo así; continúe usted dándome pruebas de ese mismo amor, y después... después trataremos de reconstituir el pasado desde el momento que le dejamos en suspenso.

Poco después Rodríguez abandonaba el palacio de los marqueses de Jaraicejo, completamente satisfecho.

La infamia estaba realizada.

XV

El postrer golpe

Impaciente esperaba Lorenza conocer el resultado de la gestión de Rodríguez cerca de los marqueses de Jaraicejo.

El abogado llegó a su casa una vez que abandonó el palacio de aquéllos, y en su semblante se reflejaba el innoble gozo producido por lo que consideraba un gran negocio.

Y efectivamente, dado lo indigno de aquel corazón, y la ambición que lo devoraba, los horizontes que a su vista acababa de descubrirle Elena no podían menos de ofrecerle pingües beneficios.

La marquesa no tenía más remedio que concederle su amor, y Diego prestarle su protec-

ción, protección que la misma Elena le interesaría.

Pero de todas maneras, Rodríguez quería reservarse un arma, para en caso necesario, obligar a la joven al cumplimiento de su oferta.

Para esto, una vez en su despacho, sacó las cartas que Lorenza le entregara el día anterior y estuvo repasándolas atentamente.

De entre ellas escogió cuatro o cinco, que eran las más importantes, las guardó cuidadosamente, y murmuró:

—Con esto tengo suficiente para obligar a Elena a que haga lo que yo quiera.

Una vez seguras las cartas, volvió al carruaje y se hizo conducir a Carabanchel.

Difícil era conseguir que Lorenza se decidiera por presentarse en casa de los que con justicia consideraba como sus enemigos, pero confiaba en su habilidad para alcanzarlo, y no quedaron defraudadas sus esperanzas.

De tal modo supo pintar las dificultades con que tropezarían por la carencia de documentos justificativos, llegando hasta el extremo de que se pudiera considerar como una farsa su pretendido derecho, que finalmente pudo obtener que consintiera en tener una entrevista con el marqués, mostrándole las cartas de su esposo en

que más claro pudiera verse el parentesco que le unía.

Siguiendo las instrucciones que Elena le había dado, la indicó la hora más conveniente para aquella entrevista, acordando definitivamente el día en que se presentaría en el palacio de Jaraicejo.

Ramón, el fiel criado de Ricardo, había entrado definitivamente al servicio de Diego, con el único objeto, como dijo a Lorenza, de descubrir el sitio donde su amo guardaba los papeles que había sustraído de la habitación de su hermano.

Como recordaremos, por indicación suya, fué a ver al abogado, y como aprovechaba todas las ocasiones en que salía del palacio para hacer una escapada a Carabanchel, supo por Lorenza la proyectada visita a los marqueses.

Comprendía que, efectivamente, la falta de documentos impedía entablar la acción contra los usurpadores, pero también le dolía que Lorenza y sus hijos hubieran de aceptar como limosna lo que aquéllos quisieran darles, cuando tenían derecho a todo.

—Ahora más que nunca—dijo a Lorenza,—aun cuando tenga que violentar los cajones de la mesa de D. Diego, yo he de buscar hasta que los encuentre, los papeles de mi señor.

—Desengáñese usted, Ramón—le contestó la viuda.—Esos papeles no los conservará en su poder. Los habrá destruído.

—Puede que no. Tengo confianza, no sé por qué, en encontrarlos.



El día convenido, Lorenza, llevando consigo muchas de las cartas que conservaba de Ricardo, se presentó en el palacio de Elena.

Hizo acopio de todo su valor, y preguntó por el marqués.

La misma contestación que dió el criado a Rodriguez cuando estuvo allí por primera vez, recibió Lorenza.

—El señor marqués acaba de salir, pero la señora está en casa.

La viuda creyó que más fácilmente podría entenderse con una persona de su mismo sexo que con Diego, y llegó a las habitaciones de Elena con alguna confianza.

Al ver ésta la persona que entraba en su aposento, la mujer que le había robado el cariño de Ricardo, aquella rival a quien tantas veces había maldecido y de la cual tan cruelmente se estaba vengando, no pudo apagar la amenazadora expresión de su mirada tan pronto como hubiera deseado.

Y para aumentar más su terrible irritación contra la pobre Lorenza, conoció que, a pesar de las huellas que el dolor había impreso en su semblante, era hermosa, más hermosa que ella.

La viuda se detuvo en el umbral de la puerta, algo sobrecogida por la actitud de Elena.

Esta consiguió dominarse, y se adelantó hacia ella diciéndola:

—Pase usted, señora, pase usted y tome asiento.

—Dispense usted el paso que doy—repuso Lorenza—paso que no por mí, sino por mis hijos, me ha indicado que lo diese el señor de Rodríguez.

—Como que yo se lo dije, a fin de que buscáramos entre las dos, si el parentesco de que me habló es cierto, un medio conciliatorio para bien de todos.

Y Elena tomó asiento, indicando a Lorenza que hiciera lo mismo.

—Según me dijo Rodríguez, carece usted de

pruebas legales que justifiquen sus pretendidos derechos a la herencia de mi difunto cuñado.

—Es verdad, señora. Esos documentos obraban en poder de mi esposo según me había dicho muchas veces. Esperaba una ocasión oportuna para hacerlos públicos y... desgraciadamente le sorprendió la muerte sin haberlo realizado.

—Y si esos documentos existían como usted dice, ¿dónde han ido a parar? Comprenda usted que es muy raro que hayan desaparecido precisamente cuando tan necesarios le eran.

Lorenza fijó una mirada tan expresiva en su interlocutora, que ésta se vió obligada a hacer un esfuerzo de audacia para poderla sostener.

—Verdaderamente—repuso la viuda—es muy extraña semejante desaparición. Quizás no se habrán perdido para todos.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Elena con altivez.

—Nada, señora. ¿Para qué hablar de lo que ya no tiene remedio? Según me indicó el señor de Rodríguez, las cartas que de mi esposo conservo pueden demostrar la verdad del vínculo que nos unía.

—Cierto. Creo que me habló de ello su abogado. ¿Y ha traído esas cartas? Advierta usted que no es que yo dude de lo que dice; pero

faltando aquellas otras pruebas verdaderamente legales...

—Estas pueden sustituirlas.

Y Lorenza sacó de la bolsa de mano algunas cartas, que entregó a la marquesa.

Una especie de gozo horrible, cruel, pasó rápido por el rostro de Elena, que cogió las cartas estrechándolas entre su mano.

Ya tenía en su poder la última prueba con que podía contar en su favor Lorenza.

—Con su permiso, voy a pasar por ellas la vista.

—Con ese objeto las he traído.

* * *

Elena se apresuró a desplegar algunas, recorriéndolas rápidamente.

La duda no podía existir.

Aquellas cartas constituían una prueba irrecusable, así del matrimonio de Ricardo con Lorenza, como de la legitimidad de sus hijos.

En ellas se veía claro y patente el amor que profesaba a su mujer y a los tiernos seres que le debían la vida, y al leer Elena aquellas frases ardientes, apasionadas, sentía que el venenoso áspid de los celos la destrozaba el corazón.

Lorenza esperaba llena de angustiosa ansiedad la resolución de la marquesa.

—Sí, sí—dijo ésta, oprimiendo entre su nerviosa mano aquellos papeles—ya se comprende que Ricardo estaba muy enamorado de usted. Por supuesto que no tiene nada de particular, porque su belleza de usted ...

—Por Dios, señora. No se trata ahora de mi belleza.

Juzgando por estas cartas—prosiguió Elena, levantándose de la butaca,—se comprende que Ricardo no habría vacilado en darla su nombre.

—Como que así lo hizo.

—Bien, bien ; eso lo dice usted.

—Pero esas cartas lo corroboran. Me dió su nombre y reconoció a sus hijos. Bien lo debe usted haber visto ahí, porque no una, sino muchas veces hace alusión a ello.

—Mi marido no se convencerá con estas cartas, ni... ni yo tampoco. Se lo confieso ingenuamente.

—Lo siento—repuso secamente Lorenza.—En ese caso permítame que las recoja.

Y al decir esto, se levantó también de su asiento y tendió la mano para recibir las.

Pero, más rápida que ella, y cambiando súbitamente la expresión de su rostro, Elena se aproximó a la chimenea, donde ardía un buen fuego, y arrojó las cartas, que inmediatamente empezaron a arder.

Lorenza se quedó inmóvil un momento, sorprendida ante aquella inesperada infamia.

Hubo un momento en que fué a lanzarse sobre aquella mujer infame, para apartarla de la chimenea y ver si podía salvar las cartas, pero el fuego había hecho tan rápida presa en ellas, que no existía salvación posible.

Entonces, alzando fieramente la cabeza y abrumando bajo el peso de su mirada a aquella miserable mujer, la dijo:

—Ahora tengo la seguridad de que quien acaba de hacer la abominable acción que usted ha hecho ha sido quien ha robado y destruído los documentos que mi esposo guardaba con tanto afán.

—Miente usted—repuso Elena.

—Demasiado sabe usted que no miento. La que de un modo tan ruín no ha vacilado en convertir en cenizas lo único que podía asegurar un pedazo de pan a unos niños inocentes, no habrá retrocedido ante un crimen mayor to-

davía para privarles de su patrimonio. Pero créame usted, señora; si para la justicia de los hombres este crimen permanecerá oculto, para la de Dios no lo quedará. Compadezco a usted por lo que ha hecho única y exclusivamente por el afán del dinero.

—No, por el afán de dinero—repuso Elena con exaltación—no lo hice. Ha sido por odio, por venganza, por celos, sí, por celos, porque aborrezco a usted de un modo tal, que a pesar de lo que acabo de hacer no estoy satisfecha todavía.

—¿Pues qué más puede usted desear todavía?

—Yo no había nacido para ser mala—prosiguió Elena hablando precipitadamente cual si las palabras que estaba pronunciando abrasaran sus labios. Yo me había criado con Ricardo; nadie más que yo podía apreciar todo lo noble, honrado, leal y digno que había en él, en contraposición con su hermano, que es bajo, cobarde y miserable. Amaba a Ricardo y me consideraba la mujer más feliz del mundo con la posesión de su cariño, si me hubiese correspondido. Pero me despreció. Ricardo encontró a usted en su camino, se prendó de su hermosura y usted me lo robó como yo le he robado también todas las pruebas que podían justificar su

derecho a la herencia de su tío. Me despreció por usted, y herida en mis sentimientos, en mi orgullo, en mi amor propio, juré vengarme, y para conseguirlo me he impuesto el sacrificio de casarme con su hermano, a quien desprecio, a quien odio, porque para él no hay otro Dios que el dinero. Pero le necesitaba para mi venganza, y ésta ha sido y será tan grande como la ofensa recibida. Ricardo ha muerto sabiendo que de mí no habían de esperar piedad ni su mujer ni sus hijos, y mi aborrecimiento implacable perseguirá a usted y a sus hijos hasta que haya conseguido destruirles como he aniquilado esos papeles, última prueba de los derechos que ustedes podían reclamar. No espere usted piedad ni gracia de mi parte. Sufrirá usted todas las vergüenzas de la miseria, y para dar de comer a sus hijos se verá obligada a vender su cuerpo al que lo quiera comprar. Ya lo sabe usted. Lo que aquí ha pasado entre las dos nadie lo sabe y por lo mismo nadie podrá dar crédito a lo que usted quiera decir. Puede usted marcharse.

Lorenza devoró toda aquella serie de insultos sin saber qué contestar, porque su noble y generoso corazón se sublevaba contra tanta infamia.

Pero al ver que la marquesa le señalaba con

la mano la puerta por donde debía salir, la dijo:

—Ya me marchó, señora. Entré en esta casa abrigando alguna esperanza, y salgo de ella con el corazón destrozado. Mas por dolorosa y desesperada que sea mi situación, tengo tranquila la conciencia, lo que usted no puede decir. Dios es justo, señora y el daño que hace usted a mis hijos refluirá con creces sobre los suyos. Usted dice que me aborrece y sin embargo, yo la compadezco. Adiós, señora.

Y Lorenza, pudiéndose sostener apenas, agobiada bajo el peso de las infamias de que era víctima, abandonó el aposento de Elena.

Pero una vez en la calle, todo el valor, toda la energía que la sostuviera hasta entonces, se desvaneció.

Comprendió que la sería imposible llegar hasta Carabanchel, y apresuró el paso para llegar hasta la calle inmediata, donde había una parada de coches.

Mas no pudo conseguirlo.

Un velo obscureció su vista, parecía que el suelo falaba bajo sus pies, extendió los brazos como buscando instintivamente un punto en que sostenerse, y cayó en tierra lanzando un grito.

Algunos transeuntes acudieron a socorrerla

y en un momento se formó un grupo, resolviéndose entre algunos de los que le formaban, conducir a la paciente a la farmacia más próxima.

Cuando así lo iban a practicar, una joven que csualmente pasaba por allí, atraída por la curiosidad, se aproximó, y al ver a la señora desmayada, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Si es la señorita Lorenza!

Inmediatamente le abrieron paso, haciéndole toda clase de preguntas, a las que contestó:

—Ya lo creo que la conozco. Como que voy a coser a su casa todas las semanas. ¡Pobre señora! Desde la muerte de su esposo no disfruta un momento de tranquilidad.

Y Lorenza, de quien ya no quiso separarse aquella joven, fué conducida a la farmacia, y merced a los auxilios que se la prestaron, pudo volver en sí al poco tiempo.

—Pero señorita Lorenza. ¿Cómo ha sido esto?—dijo la costurera.

—¡Carmen!—exclamó Lorenza al reconocer a la que acababa de hablarle.—Usted me hará el favor de acompañarme a casa.

—Ya lo creo. Pues no faltaba más.

Y cuando Lorenza se pudo levantar y trató de pagar el pequeño gasto que había ocasionado en la farmacia, exclamó:

—¡Ay! Sin duda al caer habré perdido la bolsa de mano.

Carmen Rovira, pues ya sabemos que la costurera era aquella misma joven de quien hablaron la misma noche en que ocurrió la muerte de Ricardo, éste y su esposa como vimos en el capítulo sexto, salió inmediatamente para ver si podía encontrar el objeto perdido, pero nadie supo darle razón de él.

Y no tenía nada de particular.

Al coger en brazos a Lorenza algunos de los transeuntes, no se fijaron en la bolsita de piel que había caído al suelo.

Y como en estos casos sucede, el grupo formado alrededor de la joven fué siguiéndola hasta la farmacia.

Al mismo tiempo, una joven pobremente vestida pasaba por aquel sitio y sus pies tropezaron con un objeto que llamó su atención.

Era la bolsa de mano de Lorenza.

Bajóse, la recogió, y como nadie se presentó a reclamarla, se la guardó y siguió adelante su camino.

XVI

Medidas radicales

Una vez Lorenza en su casa, permaneció un buen rato teniendo abrazados a sus hijos cual si de ese modo pretendiera infundirse valor para sobrellevar el infortunio que sobre ella se había desplomado, y después, alzando valerosamente la cabeza, dijo a Carmen que la contemplaba en silencio :

—Ahora que ya tengo perdidas todas las esperanzas de recobrar lo que legítimamente pertenece a mis hijos, soy yo sola, yo únicamente la que ha de subvenir a sus necesidades. Ruda ha de ser mi tarea, pero Dios me prestará fuerzas. Carmencita, amiga mía, usted me ayudará, porque es menester que hoy mismo tome una de-

terminación. ¿Tiene usted que ir a coser a alguna casa?

—Pasado mañana he de ir a casa de la Baronesa, ya sabe usted quién es.

—Procuraremos dejarlo todo corriente mañana.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Por de pronto, despedir la camarera y la cocinera, vender todos los muebles menos los más indispensables, trasladarme a Madrid a una habitación que me cueste poco, deshacerme de todas las alhajas, que dada mi situación, me son superfluas, y con el producto de todo eso formar una pequeña reserva para cualquier cosa que pudiera ocurrir a mis hijos. Después buscaré trabajo y utilizaré todas las habilidades que aprendí en mejores tiempos.

—¡Válgame Dios! señorita. Parece mentira que haya en el mundo personas que tengan tan mal corazón.

—¡Cómo ha de ser! Dios no se queda con nada de nadie. Ya tendrán su pago.

Adoptada por Lorenza aquella resolución, empezó a ponerla en práctica inmediatamente.

Ramón, ansioso de saber lo que había pasado en la entrevista de Lorenza con la marquesa, fué a Carabanchel, y su indignación fué grande al referirle la viuda lo ocurrido.

—No tenga usted cuidado, señorita—la dijo el fiel criado.—Cuanto yo tengo se lo debo a mi señorito, por lo misma razón, todo es de usted y de sus hijos, señorita. Yo continuaré al servicio del señor marqués con la esperanza de que mi permanencia en aquella casa pueda ser beneficiosa para ustedes. El día en que pierda esa esperanza y la fe en que Dios nos proteja, la abandonaré para consagrarme exclusivamente al servicio de la esposa y de los hijos de mi señor.

Con los ojos llenos de lágrimas escuchó Lorenza las nobles frases del criado que tan marcado contraste formaban con el proceder de Elena.

Después estuvieron hablando de los propósitos que tenía y que iba a realizar la viuda.

—Pero, señora—la dijo Ramón—si usted no está acostumbrada a cierta clase de trabajos, puede usted caer enferma y entonces, ¿quién cuidará de sus hijos?

—Dios me prestará fuerzas, Ramón. Sola ya como me encuentro no me queda más recurso que obrar como he dicho. Si usted conoce o sabe de alguna mujer, que por poco dinero, pues ya sabe lo escasos que son mis recursos, quiera venir algunas horas para ocuparse en esas mecá-

nicas de la casa, mientras yo me ocupo en otras labores, me hará un gran favor.

—No conozco a nadie, señora, pero haré algunas diligencias y no será difícil encontrar lo que desa. Sé que por Madrid anda una muchacha, paisana mía, muy buena y desgraciada, según me dijo la última vez que me la encontré hace... más de dos años. Esa podía servirle muy bien. La pobre parece que entró a servir en casa de la dueña de una tienda de comestibles de la calle de Atocha.

—¿Y no le darían a usted razón de dónde ha ido a parar?—preguntó Lorenza.

—Ese es el caso. Teresa, que así se llama la chica, inocentona y pobre, fué seducida por el hijo de la tendera, que la prometió casarse con ella cuando muriese su madre, que estaba muy enferma.

—Vamos, sí. La historia eterna—repuso Lorenza tristemente—el hombre que seduce a la mujer y después la abandona. ¿No es eso?

—Precisamente eso pasó. Teresa estuvo sacrificada dos o tres años llevando el peso de la casa, ganándole parroquianos con su afabilidad y buen trato mientras el hijo de la tendera se iba a divertir, y cuando murió la madre y él quedó en posesión de todo, cansado ya de la po-

bre Teresa, la echó a la calle sin consideración alguna.

—El tunante, cuando Teresa quiso ponerse a servir en otra parte y fueron a pedir informes a la tienda, los dió de tal modo, que nadie quiso tomarla a su servicio. Entonces fué cuando yo me la encontré un día y me contó sus trabajos, diciéndome que no tenía más remedio que andar ambulante como asistenta en algunas casas, para lo cual no necesitaba informes tan precisos. La infeliz, arrepentida de su único tropiezo, se avergonzaba con el propósito de no reincidir.

—Lástima que no sepa usted dónde poder encontrar a esa muchacha, porque una cosa así es lo que yo necesito.

—¡Quién sabe dónde habrá ido a parar!

Tal vez no esté en Madrid. En fin, yo procuraré encontrar alguna otra.

Con esto, se despidió Ramón de Loranza, quedando en que ésta le escribiría por el correo interior, diciéndole la casa donde se había mudado.

田 本 子

Conforme lo había pensado la pobre Lorenza, del mismo modo lo hizo .

Más enérgica, más fuerte, más vigorosa, cuanto su corazón estaba más destrozado, impulsada por el santo amor de sus hijos, no experimentaba fatiga ni encontraba dificultades.

En el barrio de Pozas encontró una modesta casa donde hizo trasladar la parte de mobiliario más indispensable ; el siguiente día empezó la venta del resto y se instaló en la nueva casa con sus hijos que, cual si comprendieran el inmenso infortunio que sobre ellos pesaba, reflexivos y con una seriedad impropia de sus años, procuraban con sus caricias indemnizar a su madre del cariño del esposo que había perdido.

Conforme Carmen le prometiero, permaneció a su lado aquellos dos días, y cuando supo quién era el abogado al que fué a pedir consejo la desdichada viuda de Ricardo, exclamó :

—¡ Ay, señorita Lorenza ! Si yo lo hubiera

sabido antes, ¿cómo era posible que le hubiera ido usted a ver?

Lorenza miró sorprendida a Carmen, diciéndole:

—¿Pues acaso le conoce usted?

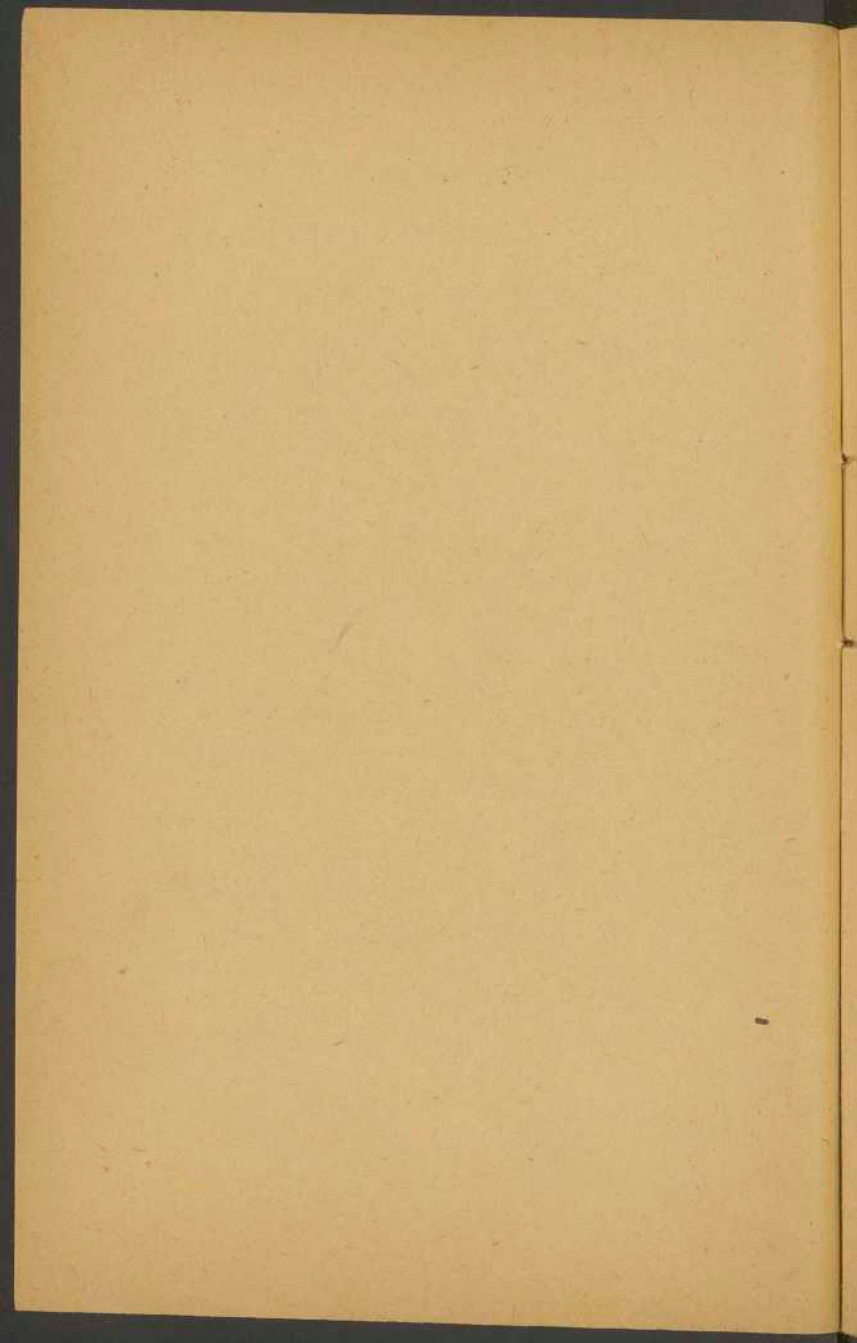
—Por mi desgracia, señorita.

Entonces Lorenza recordó la historia de la pobre costurera y dijo:

—¿De modo que este Rodríguez es aquel...?

—Sí, señora. Es aquel miserable que de una manera tan villana me engañó. Puede usted estar segura que vendió las cartas y con ellas la razón y el derecho que usted y sus hijos tenían, por algunos millares de pesetas que le dieran sus cuñados de usted.

—Ni a unos ni a otros les envidio la suerte—repuso Lorenza. Más tranquila estoy yo en medio de mi pobreza que el marqués de Jaraicejo con su mal ganada riqueza. No pienso hacer nada. Educaré a mis hijos como Dios me dé a entender y que ellos, el día de mañana, si pueden, hagan valer su derecho. Yo hice lo que pude, que ha sido bien poco.



XVII

Rayo de luz

La Baronesa, la querida de Diego Quirós, hacía tres días que no había visto a su amante. Este se excusó enviándole un lacónico billete diciéndole que negocios importantes le entretenían, acompañando esta carta con una preciosa pulsera de brillantes.

La pecadora miró con indiferencia una y otra cosa, y murmuró:

—Alguna nueva infamia que estará meditando. Si yo no hubiera sabido tenerlo sujeto habría hecho conmigo lo mismo que con las demás.

Cuando llegó Carmen, que como ya sabemos iba a coser a su casa una o dos veces a la semana, la preguntó como de costumbre:

—¿Qué has oído, Teresa? ¿Qué se dice por Madrid?

—¡Ay, señora Baronesa! ¿Qué quiere usted que yo sepa, ocupada siempre en ver cómo puedo ganarme un pedazo de pan?

—Pero bien, esto es porque tú quieres, según dijo Mercedes. Ella te ofreció...

—Lo que no podía aceptar—repuso con tristeza Carmen.—Tropecé una vez por ignorancia y no quería ni he querido tropezar segunda vez por vicio. Cada una tiene su modo de ver las cosas. Yo las he visto de esta manera y no estoy arrepentida.

—Pues has sido una tonta. Porque todavía eres guapa, no careces de instrucción y los hombres, si cada día son más malos, cada día son más tontos también. La cuestión está en saber el *primo* que se elige.

—Sí, pero hay caracteres que no sirven para esto.

—Mira, Carmen; no trato de reprenderte porque sigas este u otro camino, pero después de todo, en lo íntimo de mi conciencia, si alguna me queda, porque he procurado derrocharla tanto, que dudo si algo conservo, aplaudo lo que haces. Si yo pudiera reconstruir el edificio de mi virginidad, reuniendo todos los girones de honra que he ido esparciendo por el mundo,

créeme que lo haría, como lo haríamos muchas de las que obran como yo. Pero esto ya no puede ser. Ese mismo mundo que nos vitupera, mañana se burlaría de nuestro arrepentimiento y de nuestros pujos de virtud. Hoy somos Magdalenas espléndidas y hermosas, cuyos encantos se pagan a peso de oro. Abandonando esta vida, seríamos Magdalenas también, pero arrepentidas, humilladas, despreciadas, pobres y miserables. En el primer caso, podremos morir todavía en suntuoso lecho y en medio del lujo. ¿Y todo por qué? porque algún infame se prendió de nuestros encantos en la primera alborada de nuestra vida y quiso recoger las primicias de nuestro amor, encontrando madres complacientes e interesadas o amigas corruptoras y nos vimos de repente lanzadas a un mundo desconocido, envueltas en un torbellino de seducciones, de placeres y desvergüenzas, y como ya no podíamos volver atrás, temerosas de avergonzarnos, no hemos tenido más remedio que seguir por este camino para concluir sabe Dios cómo.

—Pues precisamente por eso—repuso Carmen con tristeza—he querido detenerme; ya que no puedo purificarme del primer pecado, al menos que no tenga que avergonzarme con nuevas manchas.

—Por supuesto, que maldito si la sociedad

te agradece esa fuerza de voluntad de que vienes dando tan repetidas muestras.

—Pero me lo agradezco yo misma.

—Nada, nada, Carmen; aun cuando no participe, como te he dicho, de tus ideas, las aplaudo y no me burlo de ti como Mercedes y alguna otra hacen. Yo he querido vengarme en los hombres, del mismo daño que los hombres me hicieron, y te aseguro que no llegaré a verme como algunas otras de mi clase. Esa misma Mercedes, el día en que su tendero haya gastado la última peseta y la abandone, es muy posible que no encuentre otro que quiera gastar con ella lo que han gastado los demás, o bien que tropiece con un truhán que se le coma lo que ella sacó a los otros, y entonces ya puedes comprender la suerte que le espera. ¿Y para eso hemos perdido la honra y hemos sido juguetes de la lubricidad y del orgullo de los hombres? No, la cuestión es, ya que como juguetes nos han tratado, que paguen lo más caro posible este juguete.

Carmen contemplaba tristemente a la Baronesa, y como la conocía y sabía muy bien la fama de que disfrutaba y el daño que había causado a muchas familias, la compadecía aun cuando no ignoraba que había sabido precaverse muy bien para evitarse la miseria.



Durante aquel día la Baronesa y Carmen hablaron distintas veces, ya para ocuparse del trabajo que la segunda estaba haciendo para la primera, ya de otros asuntos indiferentes, cuando recordando Carmen que tal vez la Baronesa quisiera comprar alguno de los ricos muebles de Lorenza, la dijo:

—Por cierto que no le había dicho a usted una cosa, que tal vez le pueda convenir.

—¿Qué?

—Esa señora de quien he hablado a usted muchas veces, que fué quien me sacó del hospital y me ha estado sosteniendo en mi heroica resolución, se ve obligada a deshacerse de la mayoría de su mobiliario porque la infamia de unas personas la obligan a hacerlo así.

—¿No era la que me dijiste que estaba casada con Ricardo de Quirós, aquel ingeniero que murió tan desgraciadamente?

—Sí, señora.

—Pero si estaba casada como dices, me parece que el hermano, o sea el actual marqués, obligado estaba a favorecerla.

—No solamente obligado, sino que los hijos de esa señora debían ser los verdaderos marqueses. No se ofenda usted por lo que voy a decir, puesto que don Diego es tan íntimo amigo de usted; pero lo mismo él que su esposa, han cometido con la pobre familia de su hermano la mayor de las iniquidades.

—¿Qué me he de ofender yo—repuso la Baronesa sonriendo—por esas indignidades de Diego, cuando soy la primera en despreciarle? Cuéntame esa historia, porque con eso tendré nueva ocasión para fustigarle cuando le vea.

Carmen entonces refirió a la Baronesa todo lo que ella sabía respecto a Lorenza y a su esposo; la situación en que ésta quedó a la muerte de Ricardo, la ignorancia en que estaba del pueblo donde se había verificado su casamiento, la desaparición inmediata a la muerte de Ricardo de todos los documentos que justificaban el estado legal de Lorenza, el consejo que ella le había dado de que consultase con un abogado respecto a la situación en que se hallaba, que la desgracia había hecho que este abogado fuese el miserable que a ella la había perdido.

—Si usted quiere, diré a doña Lorenza que

la indicación que éste la hizo para que llevase las cartas que tenía a la marquesa de Jaraicejo y la infamia de ésta, destruyendo aquellas cartas única prueba con que habría podido tal vez justificar su derecho, era una añagaza fraguada entre la marquesa y Rodríguez, que nada han de echarse en cara, sondos canallas.



Con profunda atención estuvo escuchando la Baronesa todo aquel relato, y más de una vez el fruncimiento de sus cejas demostró el mal efecto que le producía lo que estaba escuchando.

Cuando la costurera terminó, la dijo:

—Lo que parece imposible es, que esa joven no se enterase del pueblo donde se casó, porque si realmente se verificó su matrimonio, con haber pedido una nueva partida todo estaba listo.

—La pobre tenía tanta confianza en su esposo y tanto deseo de que su unión fuese sancionada

por la Iglesia, que no se fijó más que en el acto, no en el sitio donde tuvo lugar.

—De modo que tú crees que Diego se apoderó de los papeles de su hermano aprovechándose del aturdimiento que produjo al criado el golpe que recibió.

—No tiene duda, desde el momento que Ramón cuando fué a su casa encontró el cajón de la papelera abierto y faltó de todos los papeles que su señor le había dicho que guardaba en aquel sitio. Además, hay la circunstancia de que ya el hermano de don Ricardo debía saber que el señor marqués, su tío, dejaba su herencia y título a don Ricardo.

—Lo que observo en todo eso que me has contado, es que la esposa de Diego se encuentra en cuanto a maldad, a la misma altura que su marido o tal vez más.

—Mucha más, señora. Oír a doña Lorenza referir la escena que tuvo con ella, crea usted que hay para cogerla y ahogarla.

—No podía ser otra cosa—murmuró la Baronesa paseándose por el aposento. De otro modo no se hubiese casado con él.

Y después, alzando la cabeza y deteniéndose, preguntó:

—Me dijiste que esa Elena, la mujer de Die-

go, ¿manifestó a Lorenza que lo que había hecho era por venganza?

—Sí, señora. Porque estaba enamorada de don Ricardo y éste se enamoró de doña Lorenza.

—¡ Infame !... ¡ Infame !—murmuró la Baronesa volviendo a pasearse.

* * *

Durante el resto del día, la Baronesa no habló nada más sobre aquel particular.

Sin embargo, se comprendía que estaba preocupada, nerviosa.

Cuando se iba a marchar Carmen, la dijo:

—¿ Dónde están esos muebles que trata de vender esa viuda ?

Carmen se lo indicó, añadiendo:

Procuraré ver antes a la señora a fin de que

esté en la casa de Carabanchel a la hora que usted vaya.

—Será lo mejor. Puede usted decirle que irá mañana, a los once.

Aquella noche, la pecadora y su amiga Mercedes se reunieron en el teatro de Apolo.

Mercedes entró en el palco, y al ver a su amiga que permanecía sentada en segundo término, la dijo:

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Te ha hecho ese alguna de las suyas?

—No. Y aunque las haga, maldito si le hago caso.

—Mientras le saques...

—En cuanto a eso, no me falta, y si me faltase ya sé lo que debería hacer.

—Dichosa tú que has encontrado el medio de tenerle sujeto. También tengo yo al mío, pero me temo que el día menos pensado voy a tener que darle pasaporte.

—¿Y eso?

—Me parece que está arruinado, chica.

—Te has dado tanta prisa a gastar...

—Mira, mira, siempre estás con lo mismo. Sin duda que tú no le gastas a tu... marqués la mitad de su fortuna.

—Pero es que él sabe que debe de gastarla

o mejor dicho, que debe dármele. Yo sé guardar.

—¡Valiente tonta! El hombre para nosotras no es más que una esponja que debe exprimirse mientras le quede una gota de agua. El día que nos la hemos tragado toda, se busca otra.

—Sigue con ese sistema y verás dónde vas a parar.

—Vaya donde quiera. La cuestión es que no quiero privarme de nada. Tengo un capricho, quiero satisfacerlo cueste lo que quiera.

—Pero tienes deudas.

—Ya las pagará alguno.

—¿Y el día en que no encuentres ese alguno que te las pague?

—Vamos, chica. ¿Qué mala hierba has pisado hoy que te ha puesto moralizadora?

—Ninguna. Pero estoy nerviosa, lo confieso. Hay infamias que sublevan aun cuando si a mano viene, sea una bastante mala, y yo he tenido conocimiento de una que me ha indignado.

—Cuando yo decía que a ti te sucede algo... Vamos a ver. ¿Qué te ha pasado?

—A mí nada. Es a otra pobre mujer a quien unos bribones le han robado los papeles que justifican su derecho a una herencia considerable y la han dejado en la miseria con dos criaturas pequeñas,

—¡Toma! ¡toma! ¿Y por eso te preocupas? Vamos, Lucía, que no creí que fueses tan sensible. Lo nuestro, lo nuestro es lo que nos ha de preocupar. Las demás que se arreglen como puedan. A que esa señora de quien hablas, si oyera decir algo de ti o de mí, nos pondría como sopa de pascua sin pensar que para ser lo que somos ellas mismas nos han impulsado, con sus intolerancias y sus hipocresías. Lo que es a mí maldita la compasión que me inspiran ninguna de ellas. Tanto las aborrezco como a los hombres les saco todo el dinero que puedo, me divierto, gasto, disfruto, y si alguno se arruina otro le sustituye.

—Dices bien. Para eso es para lo único que servimos—repuso la Baronesa.

Pero a pesar de decir esto, a pesar de los esfuerzos que hizo mientras estuvo en el teatro para mostrarse como era siempre, los que fueron a visitarlas al palco no dejaron de advertir su preocupación.

* * *

El siguiente día fué a la hora que había indicado, a la casa de Carabanchel.

Lorenza la estaba esperando acompañada de sus hijos.

Fué tan grande y de tal naturaleza la impresión que recibió la Baronesa, al ver aquella mujer tan hermosa, tan digna, tan resignada, entre aquellas dos preciosas criaturas, vestidas de negro como ella, formando un grupo de dolor y resignación, cuya delicadeza si no pudo apreciar en todo su detalle, no dejó de conmoverla, que apenas si pareció fijarse en el precio de algunos muebles, que compró sin regatear, diciendo al despedirse de Lorenza:

—No pierda usted la esperanza de recobrar algún día lo que hoy considera perdido para siempre.

—No tengo más esperanza—repuso tristemente la viuda—que en Dios, señora.

—Dichosa usted que todavía cree en El—repuso la Baronesa con escéptica expresión.

—Pues si no creyera—contestó Lorenza—a estas horas ¿quién podría cuidar de mis hijos?

—Tiene usted razón.

Y después de estas palabras, la Baronesa, profundamente emocionada, sin que ella misma pudiera darse cuenta de lo que sentía, abandonó la casa de Carabanchel.

Lorenza acabó de completar la liquidación de todo su mobiliario, y siguiendo el plan que se había trazado, empezó a buscar trabajo en algunas tiendas para poder ir atendiendo al mantenimiento de sus hijos.

En cuanto a Elena y su dignísimo esposo, no se preocuparon en lo más mínimo de la suerte que podía caber a la viuda y a los hijos de su hermano. ¡Qué les importaba, teniendo en su poder y disfrutando de la fortuna que a ellos les correspondía!

XVIII

Armonías conyugales

Como hemos dicho, Ramón aceptó el cargo de ayuda de cámara de Diego, con el firme propósito, según indicó a Lorenza, de ganarse su confianza y ver si por este medio podía descubrir algo que le permitiera obrar de un modo más desembarazado en favor de la viuda y de los hijos de su antiguo y querido señor.

Parecía, como algunas veces dijo a Lorenza, que tenía el presentimiento de que los documentos de que Ricardo había hablado, documentos tan importantes según le decía, no se habían destruído. Tal vez, bien Diego o bien Elena, uno u otro los conservaban como arma para imponerse recíprocamente en el caso de que entre ellos estallase alguna cuestión.

Porque Ramón, bajo aquella corteza un tanto áspera e indiferente con la cual se encubría, ocultaba una sagacidad y un espíritu de observación extraordinarios, merced al cual creía conocer y así era, el miserable barro de que estaban formados los corazones de aquellos dos seres a quienes servía.

Y partiendo de este conocimiento, supuso que no eran más que dos consocios unidos tal vez para realizar una especulación vergonzosa e infame, y como sucede en contubernios de esta especie, podría llegar el día que se desaviniesen, que pretendieran el uno salir mejorado a costa del otro y en este caso el que se considerase poseedor de la clave de aquella fortuna, se impondría a su compañero y entonces habría llegado el momento en que Ramón se encontrara en condiciones de hacerse valer, puesto que el más débil pretendería su apoyo.

Y como comprenderemos inmediatamente, no le faltaba razón pensando así.



Precisamente, el mismo día que Lorenza empezó su peregrinación por las tiendas buscando labor para trabajar en su casa, Elena dijo a su marido:

—Puesto que se aproxima la primavera, creo conveniente hacer una excursión a Cabezamezada. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—No la juzgo necesaria—repuso Diego.

—Yo la creo, por el contrario, muy conveniente toda vez que, si sacrificando algunos billetes de banco, se consigue hacer que desaparezca del registro parroquial la partida de matrimonio de tu hermano, entonces podremos abrigar la completa seguridad de...

—Esa seguridad podemos tenerla ya, desde el momento que me apoderé de los papeles de Ricardo.

—¿Pero los destruístes de veras?—preguntó Elena, mirando fijamente a su marido.

—Ya te dije—repuso éste, eludiendo mirar frente a frente a su mujer—que respecto a este particular nada había que temer.

—Mira, Diego—repuso secamente Elena—aquí debemos hablar sin careta. Esos papeles tengo la seguridad que no los has destruido, y no lo has hecho con el objeto de tener un arma que esgrimir contra mí el día que te se antoje.

—Semejante suposición...

—Al casarnos, como que entre nosotros no existía, porque no podía existir, cariño alguno, fué un pacto en virtud del cual nos uníamos para realizar una infamia.

—Por Dios, Elena, semejante calificación...

—Es la exacta. Ninguno de los dos tenemos nada que echarnos en cara. Acordamos prestarnos mutuo apoyo, tener confianza el uno en el otro, y que cuantos actos realizáramos particularmente, habían de ser bajo la base, del beneficio social.

—Y me parece que hasta ahora...

—Hasta ahora, la verdad, la sinceridad, ha estado de mi parte.

—Y de la mía.

—De la tuya no, porque todavía eres más

malvado que yo porque ocultas tus ruines propósitos bajo una máscara de hipocresía, doblemente repugnante. Esta es la verdad—prosiguió la joven, viendo el movimiento negativo hecho por Diego.—Yo no te he ocultado nada; te marqué la línea que debías seguir, y el resultado correspondió a lo que esperaba. El otro día tuve en mi poder pruebas que todavía hubiesen podido hacer algo discutible nuestro derecho a la herencia de tu hermano. Hubiera podido retenerlas en mi mano como arma, para imponerme a ti, y, sin embargo, delante de la misma Lorenza quemé las cartas y la arrojé de mi casa después de haberla desarmado por completo. Te lo dije con entera franqueza. No puedes formular respecto al particular queja alguna.

—Sin embargo—dijo Diego con cierta inseguridad—ha sido necesario reconocer a Rodríguez una renta de cinco mil duros y ciertas intimidades contigo que...

—¿No tolero yo tus intimidades con esa baronesa que se burla de ti?—dijo desdeñosamente Elena.—No descendamos a ese terreno, porque en ese, como en otros, siempre quedarás derrotado. Todo cuanto yo hago, tenlo bien presente, Diego, todo ha sido en beneficio de

ambos. En cambio, tú no has procedido de igual manera.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo la seguridad de que hayas destruído los papeles de tu hermano. Yo pude enseñarte los fragmentos de las cartas de Ricardo dirigidas a aquella mujer, entre las cenizas de la chimenea; tú, en cambio, no has podido mostrarme absolutamente nada que compruebe la desaparición de aquellos documentos.

—No creí que llegase tu desconfianza...

—Desconfianza muy justa, y que aún ahora mismo la estás justificando con tu misma actitud. En fin, Diego, ten presente lo que te digo; no pretendas imponerme tu voluntad apoyándote en ese o en el otro documento, porque para que yo caiga habría de arrastrarte en mi caída, y creo que ya me conoces lo suficiente para saber que tengo elementos para hacerlo. Desconfío de ti, ¿por qué te lo he de negar? Por esa razón quiero ir a Cabezamesada, y de un modo o de otro anular esa partida matrimonial.

—Mas...

—Es inútil cuanto me digas, porque tengo la seguridad que conservas aquellos documentos, y como no puedo inutilizarlos sino destru-

yendo el origen, voy a destruirle a costa de todo.



No dejó de impresionar a Diego esta actitud en que Elena se había colocado.

Y como que sabía que tenía razón, que no había destruído aquellos documentos, sino que los conservaba, como su mujer había adivinado muy bien, como arma para imponérsele cuando lo creyera conveniente, era necesario que obrase con gran cautela sino quería, en un plazo más o menos lejano, quedar completamente a la disposición de Elena.

Hubo momentos en que pensó decirle la verdad, mostrarle aquella documentación, destruirla a presencia suya y evitar de esa manera aquel viaje al pueblo y la enorme cantidad que podía

representar alcanzar el objeto que ella se proponía.

Perodespués reflexionó mejor, y con su maquiavélica inteligencia concibió algún plan que debió satisfacerle, porque sonriendo de aquella manera falsa que le caracterizaba, murmuró:

—Que vaya a Cabezamesada, y allí sabrá lo que es bueno.

Después encerróse en su despacho, guardó bajo cinco o seis sobres perfectamente sellados y lacrados buen número de papeles, en algunos de los cuales pasó escribiendo largo rato, y hecho esto salió de su casa llevándose consigo aquel misterioso paquete.

Se detuvo delante de la joyería donde acostumbraba a surtirse, adquirió sin regatear un precioso aderezo de brillantes, y se dirigió a casa de la Baronesa.



La querida de Diego le recibió con su indiferencia habitual, lo cual le exasperaba, puesto que aquel miserable experimentaba por aquella mujer no el puro sentimiento del verdadero amor, sino la furiosa excitación de los sentidos, la pasión carnal en toda su inconstable impureza, y como es consiguiente, la frialdad y el desdén con que aquella mujer le trataba, le hacía que con mayor violencia la deseara.

Cada uno de sus desdenes, cada una de aquellas sarcásticas frases que le dirigía, era algo así como un latigazo que levantaba ampolla en aquel cuerpo vicioso y corrompido y que sin embargo, para su horrible condenación, le unía más con aquella mujer.

—Mira, Luisa—le dijo Diego después de haber estado luchando un rato contra la frialdad de su querida.—No he podido venir a ver-

te sin recordar que me hablaste días pasados de cierta preciosa *riviere* de brillanes que tanto te había agradado en casa de Anzorena, y aquí la tienes. De este modo te convencerás de que aun cuando no esté a tu lado, siempre te llevo conmigo en mi pensamiento.

La Baronesa contempló un momento con brillante mirada la preciosa alhaja que le mostraba Diego, y después cerró el estuche, le arrojó con indiferencia sobre un mueble, y dijo, mirando fijamente a su amante:

—Vamos a ver, ¿qué es lo que quieres a cambio de esto?

—Ya lo sabes, Luisa—repuso Diego pretendiendo pasar su brazo por la cintura de la pecadora;—tu amor es lo único que yo deseo.

—Bien, bien, dejemos eso por ahora, y no equivoquemos los términos, marqués. Ni tú me amas ni yo te correspondo. Te seduce mi cuerpo, le compras, te lo vendo y basta. Me necesitas para algo y te sirvo. ¿Qué es lo que quieres ahora?

—Lo principal, como te he dicho, y por más que lo dudes, es tu cariño. Lo secundario es un servicio que sólo tú puedes prestarme, por la confianza que tengo en ti.

—Entonces empieza por lo secundario, que

de sobras comprendo que es para ti lo principal.

—Pues bien—repuso Diego, sacando del bolsillo el paquete que había lacrado y sellado tan cuidadosamente en su casa. Necesito que este paquete lo deposites en casa de tu abogado, bajo la condición de que, únicamente en el caso de que me ocurriese alguna desgracia, porque en el mundo a todo estamos expuestos, únicamente entonces rompa los sellos, se entere de su contenido y obre en consecuencia.

La Baronesa se le quedó mirando, cogió el paquete que le entregaba y dijo:

—¿Sabes que el encargo que me das parece sospechoso? ¿Tanto interés encierra lo que está contenido aquí?

—Como que es mi venganza—contestó sonriendo Diego.

—¡Tu venganza! ¿Contra quién?

—A ti te lo puedo decir, Luisa, porque tú y yo estamos unidos de un modo que no podemos hacernos traición. Esto va contra Elena.

—¡Contra tu mujer!

—Esto es la ruina, la deshonra para ella.

—¿Pero te ha amenazado acaso?

—Puede hacerlo. De modo que harás lo que te he dicho.

—¿Acaso no tienes tú abogado?

—No importa. Me conviene más el tuyo porque a ese no le conoce Elena.

La Baronesa cogió aquel extraño depósito, y más tarde, cuando Diego se marchó de su casa, empezó a darle vueltas entre sus manos, diciendo:

—¿Qué será lo que habrá aquí dentro? ¿Qué cúmulo de infamias se encerrarán aquí? ¿Cumpliré la voluntad de ese hombre, o qué haré? Y el caso es que tengo que darle el recibo que me dé mi abogado de este depósito. En fin, ya veremos lo que resuelvo.

XIX

Teresa

Ramón fué un día a ver a Lorenza.

El ayuda de cámara de Diego aprovechó para esto el que su amo le dió el encargo de que fuese a certificar una carta, dirigida al cura parroco de Cabezamesada, certificado que no debía ser puesto en nombre de Diego, sino bajo otro supuesto, que le indicó.

El ayuda de cámara no dió importancia a esto, y como estaba ya en la calle, se dirigió a la casa de Lorenza. Preocupado iba, no precisamente por la carta que como hemos dicho acababa de certificar, sino por la inutilidad de sus esfuerzos para descubrir el uso que había hecho Diego de los papeles que había encontrado en el *secrétaire* de su señor.

De pronto sintió que le tocaban en el hombro y que una voz de mujer decía :

—¡ Caramba, señor Ramón, qué preocupado va usted que ya no repara en sus antiguos paisanos !

—¡ Calla ! Teresa. Tienes razón, mujer, iba tan distraído... Precisamente me alegro de haberte encontrado.

—Yo también tengo mucho gusto en verle, con mayor motivo, cuando usted ha sabido hacerse cargo más que otras personas, de mi desgracia.

—No hablemos de eso, mujer. ¿ Quién no tiene algún tropezón en el mundo, mucho más tratándose de mujeres, que no siempre tienen quien las aconseje y las defienda ? Y qué, ¿ has sabido algo de aquel tunante que te engañó ?

—Sin preguntarlo, a veces, se sabe, señor Ramón. Creo que tiene una querida que le está arruinando, en términos que los dos o tres establecimientos de ultramarinos que había llegado a poseer, ha tenido que venderlos, y vamos, creo que está muy mal.

—Castigo de Dios, Teresa. Dios no se queda con nada de nadie. Déjale, déjale, que esa misma querida que ahora tiene puede muy bien que te venga.

—Mucho daño me ha hecho, pero que Dios

le perdone, que yo por mi parte ni puedo hacerle ningún mal, y aunque pudiera no se lo haría.

—Es decir, que todavía le tienes afecto a ese tunante—dijo Ramón mirando el agraciado rostro de su interlocutora.

—¡Oh, no! Eso sí que no, señor Ramón—contestó la joven vivamente, y con un acento de sinceridad tan grande, que no dejaba lugar a duda alguna.—Si mi corazón fuera capaz de aborrecer, le aborrecería; pero ya que así no sea, le desprecio lo bastante para no recordarle siquiera.

—Haces bien. ¡Quién sabe todavía lo que el mundo te podrá tener reservado!

—Ya lo sé, señor Ramón Para mí no puede haber más que desgracia. Equivoqué el camino y nada más.

—¡Oh! Desengáñate, que si uno tiene buena voluntad es fácil volver a encontrar el buen camino. Y a propósito de esto. ¿Cómo estás de trabajo? ¿Sirves en alguna casa?

—No, señor, ya le dije a usted las razones. A mí no me gusta engañar a los amos. Cuando me dicen que dónde han de tomar mis informes, como que no puedo citar casa ninguna, he de confesar la verdad y... el caso es que cuando vuelvo al día siguiente siempre hay alguna dis-

culpa para no ser admitida. Así es que no tengo más remedio que dedicarme a ser asistenta. Tengo dos o tres casas donde voy a fregar los platos, a la compra y de este modo voy pasando.

—Pues mira, yo puedo proporcionarte una casa donde creo que estarás bien. No podrán darte mucho, porque la pobre señora, que hace poco tiempo estaba nadando en la abundancia, hoy, por efecto de un cúmulo de circunstancias, que no son para el caso referir, se encuentra obligada a trabajar y necesita una persona así como tú, para ciertas mecánicas de la casa mientras ella se ocupa en otras labores.

—¿Y cree usted que me admitirá?

—Ya lo creo. Si soy yo quien te recomienda, ya puedes estar segura que serás admitida. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—No, señor. Precisamente he salido de una de las casas, después de terminada mi faena.

—¿Quieres venirte conmigo?

—Sí, señor.

—Pues andando. Con eso podré darle una gran alegría a doña Lorenza.

—¿Cómo ha dicho usted, señor Ramón, que se llama esa señora?—preguntó vivamente Teresa.

—Lorenza. ¿La conoces acaso?

—No, señor, pero verá usted por qué me ha

llamado la atención. ¿Ve usted esta bolsa?—prosiguió la joven mostrando la que llevaba en la mano.

—Sí, ¿y qué?—dijo Ramón, sorprendido.—Es muy bonita.

—Pues ésta me la encontré hace unos cuantos días con algunas monedas de plata, un pañuelo que lo conservo también, y dos o tres cartas, que se conoce que el esposo dirigía a su esposa, que se llamaba Lorenza, por lo visto.

—¿Y dónde te encontraste eso?—preguntó Ramón, sorprendido.

—En el Paseo de Recoletos.

—¡Sí que es extraño! ¿Y dices que esas cartas están dirigidas a una señora que se llamaba Lorenza?

—Sí, señor, y se conoce que el marido quería mucho a su esposa y a sus hijos, según parece.

—¿También habla de hijos?

—Sí, señor.

—¿Y esas cartas, están firmadas?

—Toma. Ya lo creo.

—¿Quién las firma?

—Eso es lo que yo no he podido comprender muy bien. Parece que hay una R. No sé si es Romualdo...

—¿Ricardo, tal vez?—exclamó lleno de ansiedad y vivamente Ramón.

—No sé... podría ser. Como a mí no me interesaban aquellas cartas...

—¿Las has roto, acaso

—Eso no; no, señor. Las tengo en mi casa.

—Ya me las enseñarás. ¡Ay, Teresa! Si fuesen esas cartas algo que me figuro...

—¿Qué, señor Ramón

—Nada ...no puede ser—prosiguió el criado, moviendo con expresión negativa la cabeza; las cartas de doña Lorenza las quemó aquella mujer.

—Pues cuando usted quiera ya se las enseñaré—repuso Teresa.



La pobre viuda estaba comiendo en compañía de sus hijos, cuando llegaron el ayuda de cámara de Diego y su paisana.

Hizo Ramón la presentación de ésta, y desde luego fué simpática a Lorenza, con mayor mo-

tivo conociendo su desgracia, como ya recordará el lector.

De pronto, la hija de Lorenza, fijándose en Teresa, exclamó con esa sincera sorpresa de los niños:

—¡Ay, mamá! ¡Esa es tu bolsa!

Y señaló la que aquélla tenía en la mano.

—Calla, niña—le dijo su madre.—¿Acaso no había otra más que la mía?

—¿De veras, señora?—dijo Ramón.—¿Cree usted que esta bolsa es la suya?

—No hablemos de eso—contestó Lorenza.—Son cosas de criaturas.

—Es que esta bolsa—añadió Teresa—no es mía. Me la encontré en la calle.

—Eso me decía no hace mucho—añadió Ramón.

—¿Qué llevaba usted en ella?—preguntó su paisana.

—Ni lo recuerdo. Llevaba—continuó Lorenza dirigiéndose a Ramón, las cartas que mi cuñada arrojó a la chimenea.

—Pues no debió arrojarlas todas, puesto que según ha dicho Teresa, en la bolsa encontró dos o tres cartas, algunas monedas y un pañuelo; cartas dirigidas a usted, sin duda, por mi señor.

—¿Pero cómo puede ser eso?—dijo Lorenza

—si yo creo que saqué todas las cartas que llevaba para mostrárselas a aquella mujer?

—Se lo imaginaría usted, señora. Tal vez en su mismo deseo de mostrar la verdad con que hablaba, cogió las cartas y creyó que estaban todas. Y no puede dudarse de que son cartas de mi señor, por lo que Teresa me ha dicho. Lo extraño es que no advirtiese usted que había perdido la bolsa de mano.

—Sí que la eché de menos cuando estuve en casa y algo más tranquila, pero como lo que suponía que llevaba ya en ella era de poco valor, no me preocupé por su pérdida.

—¡Quién sabe si esas cartas podrán compensar las que la señora marquesa arrojó a la chimenea!

—Si usted quiere—dijo Teresa—en un momento voy a casa por ellas y se las traeré.

—Sí, mujer—contestó Ramón.—Anda, que aquí te espero.



No andó perezosa Teresa en cumplir lo que había prometido.

Poco después, agitada y sudorosa, se dirigió a la casa de Lorenza, llevando las cartas y el pañuelo que había encontrado en la bolsa.

Con temblorosa mano cogió la viuda las cartas y se puso a leerlas, llenándosele los ojos de lágrimas al repasar aquellas frases de cariño trazadas por la mano del hombre a quien tanto había querido.

—Si como dijo aquel abogado, las cartas podrían justificar algo respecto a los derechos de mis hijos, me parece que aquí bien claro demuestra mi pobre esposo así el lazo que nos une como la legitimidad de los niños. Precisamente una de estas cartas me la escribió el aniversario de nuestro matrimonio desde Zaragoza, donde

había tenido que ir para unos trabajos que estaba realizando.

Y la pobre viuda llevóse aquellas cartas a los labios, tiernas reliquias que le quedaban del amor de su marido.

—Pues ánimo, señora—dijo Ramón profundamente conmovido.—No hay que desmayarse. Dios, sin duda, ha hecho que se olvidase de esas cartas al sacar las otras, y que haya sido Teresa quien se las haya encontrado. Ahora lo que hemos de hacer es buscar un abogado que no sea un bribón como el señor Rodríguez.

—¿Y si esto no fuera suficiente todavía?

—Ya lo veremos. Procuraré informarme de algún abogado, porque no conozco ninguno, y yo mismo la acompañaré cuando vaya a verle.

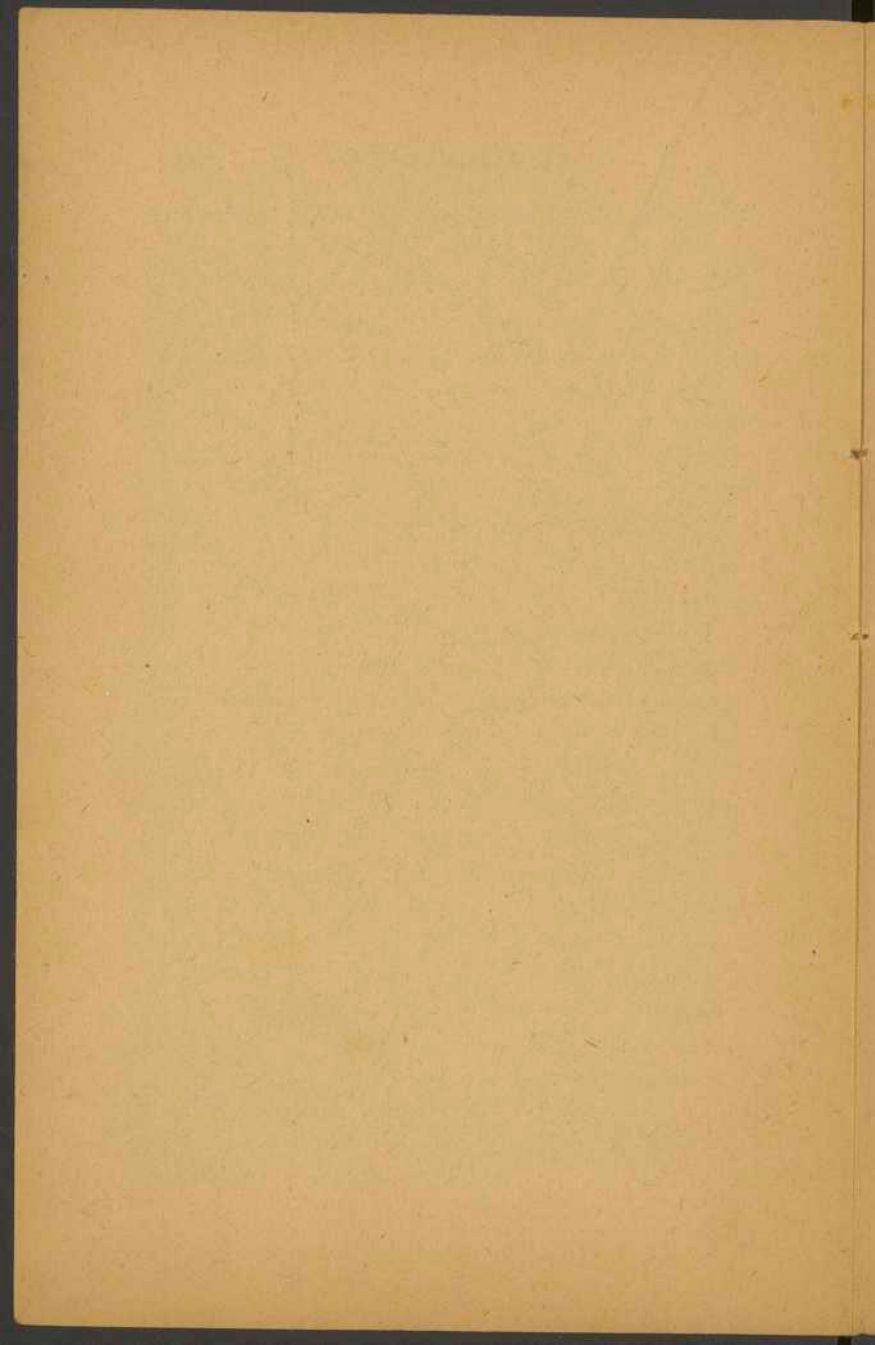
El extraño encuentro de estas cartas y las palabras de Ramón infundieron alguna esperanza en la pobre Lorenza, que esperó con impaciencia indicase el fiel criado un abogado a quien dirigirse.

Teresa, como se comprenderá muy bien, quedóse admitida en casa de Lorenza, no como asistente sino para todo^o servicio, contentándose con lo que la viuda pudiese darle.

Ramón pudo saber dónde vivía un abogado, y acompañando a Lorenza, fué a verle.

Larga fué la consulta, y después de haber

examinado atentamente las cartas y escuchado cuanto la viuda y el criado le manifestaron, les dijo, que efectivamente, aquellas cartas parecían demostrar la existencia de un matrimonio y de unos hijos procedentes de él, pero esto no constituía prueba legal y le parecía muy difícil que los tribunales lo aceptaran, y que si no existían otros documentos más justificativos era de parecer que no se intentase nada.



XX

Lo inesperado

La momentánea esperanza concebida por Lorenza se desvaneció bien pronto con gran desesperación por parte de Ramón, siendo necesario que la pobre viuda, con su resignación, le diera ejemplo para que se calmase y contuviera, pues quiso en los primeros momentos del desengaño increpar duramente a Diego y a su esposa, acusándoles por la infamia que habían cometido.

Carmen supo por Lorenza lo del encuentro que Teresa había tenido, la esperanza que la infundió y el desengaño que sobrevino después.

Y cuando fué a su vez, a coser a casa de la Baronesa, y ésta le preguntó por Lorenza, le refirió lo que había sucedido.

—Mala suerte tiene esa pobre—dijo.

Y contra su costumbre apenas si habló nada más con la costurera, permaneciendo preocupada como bajo la presión de alguna idea que no supiese realizar.

Diego no había vuelto a verla desde el día que la entregó el pliego misterioso, para que lo depositase en poder de su notario.

Varias veces, recordando sin duda a Lorenza ya que ella, como recordará el lector, fué quien reveló a Diego la existencia de aquella que ella suponía querida de Ricardo, y de aquellos hijos, murmuraba:

—Si esa pobre mujer supiera que yo, aun cuando inconscientemente, fuí quien puso a ese miserable en antecedentes de lo que él ignoraba, ¡cuánto me aborrecería!...

Y después, volvía a dar vueltas entre sus manos a aquel pliego sellado, que no había entregado a su notario, murmurando:

—¡Cuánto daría por saber lo que aquí se encierra!...

Y había momentos en que estaba tentada por abrirle y enterarse de su contenido.

Pero si bien vencía a la tentación, no se resolvía a entregar el pliego conforme Diego la encargó.



Así pasaron algunos días.

Diego había estado a verla, pero no quiso recibirle pretextando que estaba indispuesta.

Y la misma excusa dió a Mercedes y a otras amigas que iban a visitarla.

No tenía ganas de ver ni de hablar con nadie.

No sabía definir lo que tenía, pero no se encontraba bien.

Le parecía que la amenazaba algún peligro sin que pudiera definir cuál era ni de dónde provenía, pero se encontraba inquieta, nerviosa, sobreexcitada de un modo extraordinario.

Por fin, llegó un día en que no pudo seguir cerrando su puerta a Diego.

Este entró en su habitación, y después de expresarle su ansiedad y sus deseos de estar a su lado y de estrecharla entre sus brazos, la dijo;

—¿Sabes que Elena no está en Madrid?

—¿Cómo he de saberlo si no he ido a ninguna parte ni te he visto hace días? ¿Dónde ha ido tu mujer?

—No te lo podrás imaginar, porque ignoras el último negocio que hemos realizado para asegurar nuestra fortuna.

—¿Alguna infamia nueva, ¿no es así?—dijo desdenosamente Luisa.

—No, hija. Un negocio y nada más—repuso Diego sonriendo.—Por supuesto, que Elena cree que me engaña y se va a llevar un solemne chasco.

—Vamos, empiezo a comprender. Os habéis desavenido por cuestión de interés y vais a ver quién engaña a quién.

—Pero la ventaja está de mi parte. Y a propósito, Luisa. ¿Llevaste a tu abogado el depósito que te encargué.

—Sí,—contestó la Baronesa sin vacilar.

Después añadió como si le fuera indiferente:

—¿Qué tiene que ver ese depósito con el viaje de tu mujer y con esa cuestión de intereses que decías?

—Cuestión en que también estás tú interesada.

—¡Yo!

—Ya lo creo, Como que si yo no hubiese

sido tan previsor, ya nos hubiéramos separado tal vez Elena y yo, y por lo tanto no sé si habría podido cumplirte con la renta que te señalé al casarme.

—No te entiendo una sola palabra—dijo la Baronesa.

—Muy sencillo, mujer. Mi casamiento con Elena, según te dije, fué una cuestión de conveniencia. Elena se casó conmigo por vengarse de Ricardo, a quien ella quería, y yo me casé con ella porque era rica y yo ya sabes lo que tenía.

—Demasiado lo sé. Por eso te exigí la renta que no tuviste más remedio que concederme. ¿Y por qué quería vengarse tu mujer de Ricardo?

—Porque éste, como tú me dijiste, tenía una querida y unos hijos.

—¡Ah! De modo que mis noticias te sirvieron para excitar a Elena y... vamos, ahora conozco que yo ayudé sin saberlo a tu maldad.

—No sólo fuiste tú quien me ayudó; fué la casualidad también. Ahora podemos hablar los dos con entera franqueza, puesto que al defender mis intereses, defiendes también los tuyos.

—No, hijo, los míos están bien seguros hasta ahora.

—No lo creas, porque si Elena hubiera podido apoderarse de un documento que ha ido a

yo he sabido llamar la atención de quien tal buscar lejos de aquí y que no encontrará porque vez hubiera sido sorprendido, con él en la mano me habría obligado a hacer lo que ella hubiese querido, y en tal caso yo podía haber quedado en muy mala situación y tú no habrías salido muy bien librada.

—Vaya, vaya, déjame de historias, que nada me importan y que no entiendo.

—Sí que entiendes, puesto que has entregado a tu abogado el depósito de esos papeles que constituyen mi verdadera fuerza.

—¿Pero qué demonio encierran esos papeles? —repuso Luisa incomodada.

—Esos papeles—repuso Diego abrazando estrechamente a Luisa y pronunciando las palabras junto a su oído, son los que me han dado la herencia de mi hermano Ricardo.

Y los cínicos labios del miserable se posaron de una manera avara en las mejillas de la pecadora.

* * *

Pero ésta, cual si hubiera sentido el choque de una chispa eléctrica, separóse violentamente de Diego, pasándose las manos por el rostro, cual si quisiese borrar la huella de aquellos labios criminales, exclamando:

—¡Oh! Ahora empiezo a comprender.

Diego se la quedó mirando sorprendido, por aquella acción y más todavía por la expresión que tomó el semblante de su querida.

—¿Qué es eso?—dijo.—¿Qué te pasa?

Luisa, por medio de un poderoso esfuerzo de voluntad, dominó la furiosa tempestad que acababa de estallar en su corazón, y repuso con voz algo más tranquila.

—¿De modo que aquellos papeles?...

—Ya te lo he dicho. Son los que me aseguran la herencia de Ricardo, a quien nuestro tío

dejaba por heredero en todo. ¿Comprendes, Luisa? De todo.

—Pero... pero tu hermano—dijo la Baronesa pronunciando lentamente las palabras—no tenía unos hijos y... y una esposa...

—Todo lo que quieras. Pero su muerte inesperada me hizo dueño de los papeles en que constaba su casamiento y el reconocimiento de sus hijos y... y como por mi suerte, la mujer de Ricardo ignora el nombre del pueblo donde mi hermano la llevó para casarse, ahí tienes por dónde puedo disfrutar tranquilamente la herencia, de la cual buena parte te corresponde también.

—¡A mí!—exclamó Luisa con una expresión de horror que hizo sonreír escépticamente a Diego.

—No te hagas la remilgada ahora—dijo.—Ya sabes que entre nosotros no hay para qué andar con repulgos.

—Es verdad—repuso con voz sorda Luisa.

—La cuestión es tener dinero, sea como sea.

—Y... ¿y por qué has querido depositar esos papeles en casa de... de mi abogado?—preguntó Luisa cada vez más agitada.

—Porque Elena presume que yo no he destruído esos documentos comprometedores, y es muy posible que pretenda apoderarse de ellos

para obligarme a quedar sujeto a su voluntad. El viaje que ha emprendido ahora no ha tenido más objeto que ver si puede conseguir hacer desaparecer la partida de casamiento en el registro parroquial de Cabezamesada a fin de que los documentos que yo tengo quedaran sin valor, toda vez que la matriz, por decirlo así, no existía. ¿Comprendes ahora por qué tengo yo interés en ponerlos en lugar seguro? Por supuesto, que Elena va a encontrarse con lo que ella no espera.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Luisa casi maquinalmente.

—Que yo me he prevenido oportunamente, y con nombre supuesto he dirigido una carta al párroco y al juez municipal del pueblo, para que no se dejen sorprender. ¿Eh? ¿Qué tal, querida Luisa? ¿Ha estado bien trabajado todo esto?

Y Diego pretendió atraer hacia sí aquella mujer, a quien en su ceguedad había hecho tan importantes revelaciones.

Pero Luisa le rechazó, preguntándole:

—¿Y qué ha sido de la mujer y de los hijos de tu hermano?

—¡Yo qué sé! Elena se ha encargado creo de arrancarles los últimos dientes que le que-

daban a la viuda, con unas cartas cuya existencia la reveló Rodríguez.

—¿Ese abogado que dicen es el querido de tu mujer?

—¡Valiente punto está el tal Rodríguez! Un poco caro se ha hecho pagar el servicio que me ha prestado, pero no tengas cuidado, que no lo disfrutará mucho.

Y el acento con que Diego pronunció estas palabras vibró de un modo tal, que Luisa no pudo menos de estremecerse.

—Supongo—dijo éste después de un momento—que tu abogado te habrá entregado recibo del depósito que le hiciste. ¿Has oído?—prosiguió viendo que la Baronesa parecía reflexionar y no le contestaba.

—¡Ah, sí!—repuso alzando la cabeza.—¿Qué decías?

—Pero, mujer, ¿qué te sucede? Parece que no estás en lo que te hablo. ¿Tienes el recibo de tu abogado?

—Sí... sí—contestó con extraña entonación la Baronesa.—Voy a buscarlo.



Cual si una resolución rápida la dominara, echó a correr, salió de la estancia, llegó a su tocador, escribió rápidamente algunas líneas en un papel, que cerró bajo un sobre, y uniéndole al paquete que Diego le entregara días antes llamó a su criado y le dijo:

—Inmediatamente tome usted un coche para llegar más pronto, y entregue usted esta carta y este paquete a la persona cuyas señas tiene el sobre. Pero esto ha de ser a escape.

El criado cogió los papeles, y un momento después abandonaba el hotel de su señora.

Esta se miró al espejo, y murmuró con una expresión indefinible:

—Vamos a sostener la última parte de la lucha.

Cuando volvió a la habitación donde estaba Diego, le encontró mirando una preciosa pis-

tola de salón con incrustaciones de oro, que estaba sobre un mueble.

—Mal hecho dijo a Luisa al verla.—Mal hecho tener cargada esta pistola. Una imprudencia cualquiera podría producir una desgracia.

—Ayer estuve un rato tirando, y sin duda se debió de quedar cargada—repuso con indiferencia la Baronesa.

—¿Traes el recibo?—preguntó Diego.

Lucía, cual si esperase ya esta pregunta, alzó fieramente la cabeza.

—No, no le traigo—dijo con energía y no le traigo porque los papeles que me entregaste no están en poder del abogado.

—¿Qué quieres edcir?—preguntó el esposo de Elena frunciendo el entrecejo.—¿Dónde están entonces?

—Donde deben estar.

—¡Ah, vamos!—repuso Diego sonriendo forzadamente.—¿Quieres ser tú la guardadora de ellos? Haces bien, porque también a ti te importa mucho la conservación.

—Estás en un error—contestó friamente la Baronesa.—No se encuentran en mi poder.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Diego un tanto alarmado.

Que no quiero ser ya más cómplice en tus

infamias; que ya estoy sobradamente manchada con el cieno de todas tus acciones, y aun cuando no pueda borrarlo, he resuelto que no se aumente.

—¡Luisa!... ¿Qué quieres significar con esas palabras? Habla, habla, te lo exijo.

—Sin necesidad de que lo exijas te lo diré todo. Desde hoy quedan cerradas para ti las puertas de esta casa.

—¡Luisa!

—Es inútil cuanto digas. Creo que debes conocerme lo suficiente para saber que mis resoluciones son inmutables.

—Pero esos papeles...

—Ya te he dicho que están en poder de quien deben estar.

—¿En el tuyo?...

—No—contestó resueltamente la pecadora.

—¡Luisa!... ¡Luisa! Mira lo que dices, porque... Vamos, vamos, si no quieres confiar ese depósito a u abogado, devuélmelo y yo los guardaré.

—Te he dicho que no están en mi poder.

—Pues, ¿dónde, dónde están?—preguntó Diego con voz temblorosa y dando un paso hacia Luisa.

—En poder de quien no debían haberse quitado.

—¡Luisa!... ¿Qué estás diciendo? Repara que juegas un juego muy peligroso... ¿Dónde están esos papeles?

—En poder de Lorenza Ardieta.

—¡Oh!...—gritó Diego palideciendo intensamente.—¡Desgraciada de ti, si eso es verdad!

—¿No has oído que no quería mancharme más con tus infamias? ¿No has comprendido que por mucha que fuera mi indignidad, por espeso que sea el cieno en que estoy hundida podía llegar un día en que estuviera a punto de ahogarme e hiciera un esfuerzo para evitarlo?...

—Pero, ¿esos papeles?...—gritó cada vez más exasperado Diego, cogiendo violentamente por un brazo a Luisa.—¡Yo los necesito... Yo los quiero!... Dámelos.

—Ve a buscarlos a casa de Lorenza. Y suéltame, porque ya sabes que no me asusto fácilmente.

Y con la mano que le quedaba libre, fué a coger la pistola que estaba sobre la mesa.

* * *

Pero Diego, ciego de cólera, tiró violentamente del brazo a Luisa, diciéndola en el paroxismo de su cólera :

—¡ Los papeles !... ¡ Luisa !... ¡ Los papeles !

—Lorenza te los entregará—repuso Luisa debatiéndose entre los brazos de Diego.

Pero éste, ciego de ira y de temor, comprendido sin duda lo que le esperaba si era verdad, como ya no podía dudarlo, que aquella mujer había hecho entrega a Lorenza de todos los documentos que le ponían en posesión de su herencia, antes que Luisa pudiera ni preverlo ni evitarlo, sacó el revólver que siempre llevaba en el bolsillo, y disparó a boca de jarro sobre aquella mujer.

—¡ Asesino !—exclamó Luisa al caer con el corazón atravesado.

Al verla Diego y al escuchar los gritos de la servidumbre, alarmada por el disparo, volvió el arma homicida contra sí y disparó.

Su cuerpo fué a parar cerca del de Luisa.

... ..

CONCLUSION

La carta que recibió Lorenza de parte de la Baronesa decía así:

«Señora: Una pecadora a quien los hombres acusan de no tener corazón, puesto que ellos mismos se lo agostaron con sus infamias, la devuelve la fortuna y el nombre de sus hijos, que uno de aquellos mismos hombres le había robado.

«Si algún día oye usted denigrar y censurar alguna de las muchas mujeres que en mi caso se encuentran, defiéndalas usted, porque ni todas son malas, ni tal vez lo hubiesen sido a ser mejores los que en tal caso las pusieron.

»Sea usted dichosa en compañía de sus hijos,
es lo que desea,

»LUISA.»

Inútil es decir la alegría de Lorenza, alegría amargada sin embargo por la noticia que rápidamente circuló por Madrid, referente a la catástrofe del hotel de la Baronesa.

Elena no tuvo noticia hasta que no regresó de su inútil expedición a Cabezamesada.

La carta que Diego había escrito al párroco le previno, y la presencia de Elena en el pueblo fué notada en seguida, y el mismo párroco la invitó cortésmente a que se marchara, pues ya se sabía en el pueblo el verdadero objeto de su visita.

Elena comprendió que aquello había sido obra de su marido, y regresó a Madrid llena de ira, encontrándose no sólo con la muerte de Diego, sino con el despojo de su título y de la herencia de Ricardo.

Ramón se había instalado desde la muerte de Diego en casa de Lorenza, y cuando ésta fué puesta por los tribunales en posesión de los bienes y título que le correspondían, el fiel criado, elevado a la dignidad de mayordomo, se casó con Teresa, su paisana, que había continuado también al servicio de Lorenza.

El día en que Elena se vió obligada a abandonar el palacio del marqués de Jaraicejo para que fuesen a ocuparle sus legítimos poseedores, fué tal la impresión que recibió, que se alteró su razón, haciendo necesario su ingreso en una casa de salud.

FIN

CASA EDITORIAL LEZCANO

Extracto del Catálogo

J. FERNANDEZ GRADOS

El dolor de vivir ::::: Un tomo 3 pesetas

Hermosa colección de cuentos trágicos, pasionales y románticos, en los que su autor manifiesta una vez más su reputación de buen cuentista.

T. ORTS RAMOS

La alegría de amar ::::: Un tomo 2 pesetas

Un libro moderno, en el que palpita la vida; páginas sinceras, en las que el interés se desprende de la realidad con que están escritas y la pasión que su autor ha puesto en ellas.

ANGEL REQUENA

Más allá del amor ::::: Un tomo 2 pesetas

Nadie mejor que el autor de «Más allá del amor», ha descrito los espasmos de la carne, ni salvado mejor los escollos de lenguaje dado lo escabroso del asunto.

A. CHOPENHAUER

La vida, el amor y la muerte : Un tomo 2 ptas.

La fama mundial del gran filósofo pesimista alemán nos excusa de todo elogio. La obra que ofrecemos al público, es una recopilación de los aforismos más salientes de tan célebre pensador.

GABRIEL R. MIRABEAU

Cartas de amor ::::: Un tomo 2 pesetas

Si no se tratase del que fué cuerpo y alma

de la revolución francesa, sus méritos propios harían de este libro uno de los documentos más interesantes del espíritu humano. El amor del genio potente y viril, esclavizado por una mujer, sus hechos sus ambiciones, su ternura, su abnegación, todo se manifiesta en esta hermosa colección de cartas, en que vierte el grande hombre su alma entera.

OVIDIO

Arte de amar ::::: Un tomo 0'75 pesetas

Omitimos todo juicio sobre las obras del inmortal Ovidio, por ser universalmente conocidas.

ALEJANDRO SAWAS

La mujer de todo el mundo : Un tomo 2 ptas.

El nombre de su autor, es una garantía del buen gusto y corrección en libro tan escabroso.

JACOBO CASANOVA

Lances de amor ::::: Un tomo 2 pesetas

Aunque de estilo libre y atrevido, constituye esta obra un relato interesantísimo y escabroso, extratado de las memorias del célebre galanteador veneciano «Casanova» escritas por él mismo y traducidas al castellano con cuidadosa atención.

CREBILLON (Hijo)

El Sofá ::::::::::: Un tomo 2 pesetas

Crebillón, uno de los grandes escritores del siglo XV, ha llegado a la posteridad por la presente obra, que él tituló «Cuento moral».

El Sofá es uno de los libros a la vez más cultos y más célebres que ha producido el in-

genio galo. Crebillón es considerado por unos como el precursor del divino marqués de Sade y por otros como el Petronio de la corte de Luis XV.

H. DE COK

Ladrona de Amor :::: Un tomo 2 pesetas

Pocas obras como ésta revelan tan terminantemente el coquetismo femenino y las argucias que emplea la mujer para humillar a las de su sexo y arrebatárles el amor de un hombre.

J. SOREL

Cortesanías célebres ::: Un tomo 2 pesetas

Crónica escandalosa; anécdotas, aventuras y biografías de las más célebres cortesanías del gran mundo. Esta obra, aun dado lo escabroso del asunto, no es de dudosa moralidad; su autor, con exquisita delicadeza y refinamiento de lenguaje, ha sabido salvar todos los escollos en materia tan resbaladiza.

J. F. LUJAN

El Bazar del Adulterio : Un tomo 2 pesetas

Es una relación exacta de la infinidad de causas que motivan el adulterio. Su autor, escritor concienzudo y literato, castizo, auna en esta obra sus dotes de observador con sus galas de estilista, haciendo del libro una interesante y sugestiva narración de episodios reales. Revela su importancia el haber sido traducida a varios idiomas.

J. SOREL

Las alcobas reales :: Un tomo 0'75 pesetas

La corte de Enrique IV

Una obrita de amena lectura en la que se relata los galanteos del Rey «Caballero».

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El Celoso Extremeño : Un tomo 0'75 pesetas

Como todo lo que brotó de la pluma del manco de Lepanto, esta novelita merece ser releída por todos los amantes de nuestra literatura clásica.

C. COSTI LASSO DE LA VEGA

El último Jesuita ::::: Un tomo 2 pesetas

Novela histórica basada en la expulsión de los jesuitas en la época de Carlos III, llena de episodios reales e interesantes.

RAMON SARMIENTO

La gran Araña ::::: Un tomo 2 pesetas

Es la historia íntima y escabrosa del jesuitismo contada por uno de sus miembros.

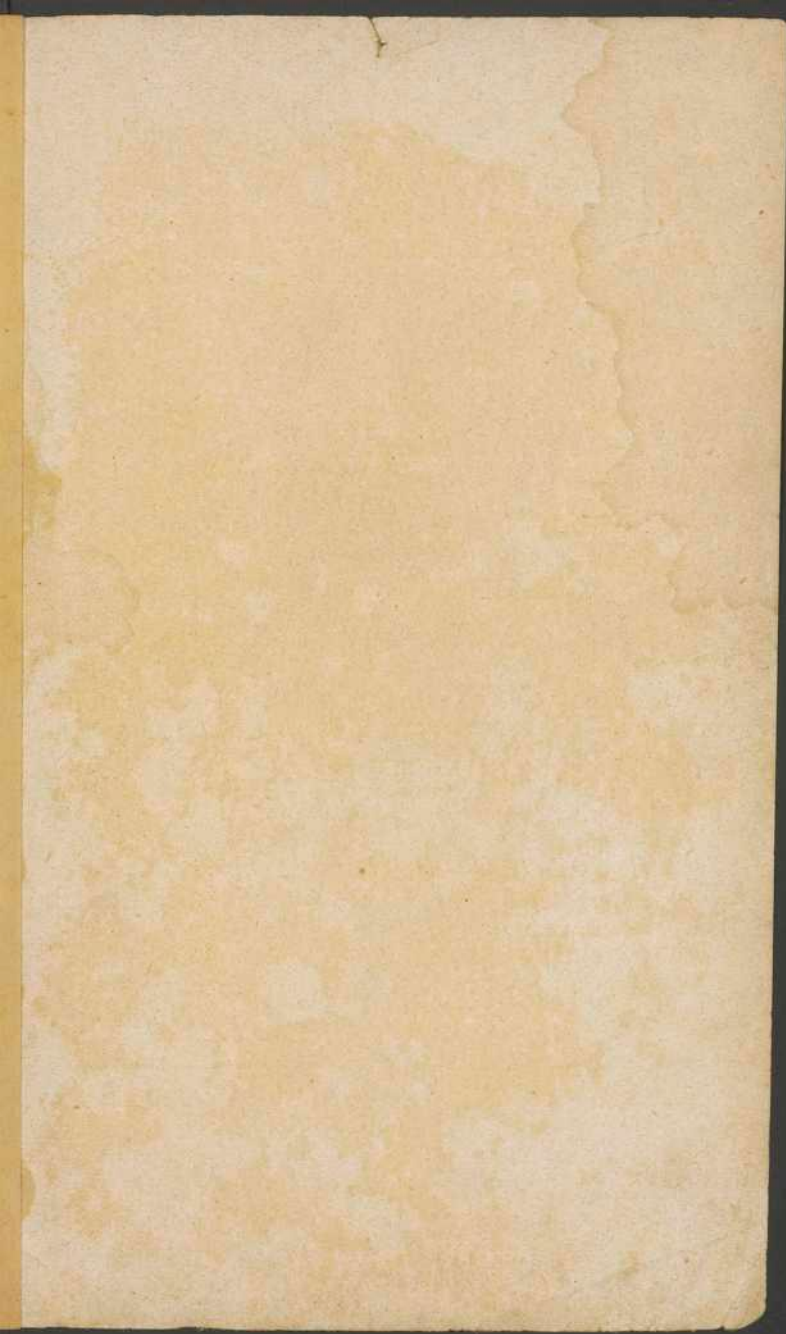
SEBASTIAN GOMILA

Trátase de una hermosa producción literaria que como todo lo brotado de la pluma de tan eximio publicista y literato, cautiva por su donaire y buen decir.

R. CAMPOACOR

Los pequeños poemas : Un tomo 0'75 pesetas

Dada la fama mundial del autor de «Las Doloras» omitimos todo juicio sobre el libro que ofrecemos al público.



Biblioteca Tragi - Romántica

- IBO ALFARO.—El paraíso de las mujeres
I. A. El infierno de los hombres
» El purgatorio de las solteras
» Su Majestad el Amor
» Por qué se casan los hombres
» Por qué se casan las mujeres
» Por qué reinciden las viudas
» Por qué pecan las mujeres
» Por qué murmuran las viejas
» Las hijas del champagne
» ¡Viva mi novia!!
» Amor y martirio
» Pasionarias de Amor
» Arte de buscar marido
» El novio prestado
» La corte del amor
» Las Evas modernas
» La princesa del dollar
» Malditos sean los celos
» El alma en un beso
» Calvario de amor
» La hiel en los labios

CONCESIONARIO DE VENTA:

FILMS SELECTOS Y PROYECTOR

Vergara, 3.—BARCELONA

LAS

EWAS

MOD

FER

NAS

IS